TUS LIBROS

Canción de Navidad

CHARLES DICKENS

Las buenas intenciones suelen producir mala literatura, decía Flaubert, pensando sin duda en las obras moralizantes. *Canción de Navidad* es una gloriosa excepción al aforismo. Escrito bajo el peso de las ideas sociales de Dickens, concebido tal vez como una fábula moral para una época, una sociedad y un país determinados, este «villancico en prosa» ha trascendido sus límites para conmover y entusiasmar a los lectores más exigentes de todos los tiempos. Uno de ellos fue Robert Louis Stevenson, que, en un arrebato de entusiasmo, escribió estas palabras: «¡Qué hermoso es para un hombre haber escrito libros como ésos y llenar de piedad los corazones de las gentes!».

Charles Dickens

Canción de Navidad

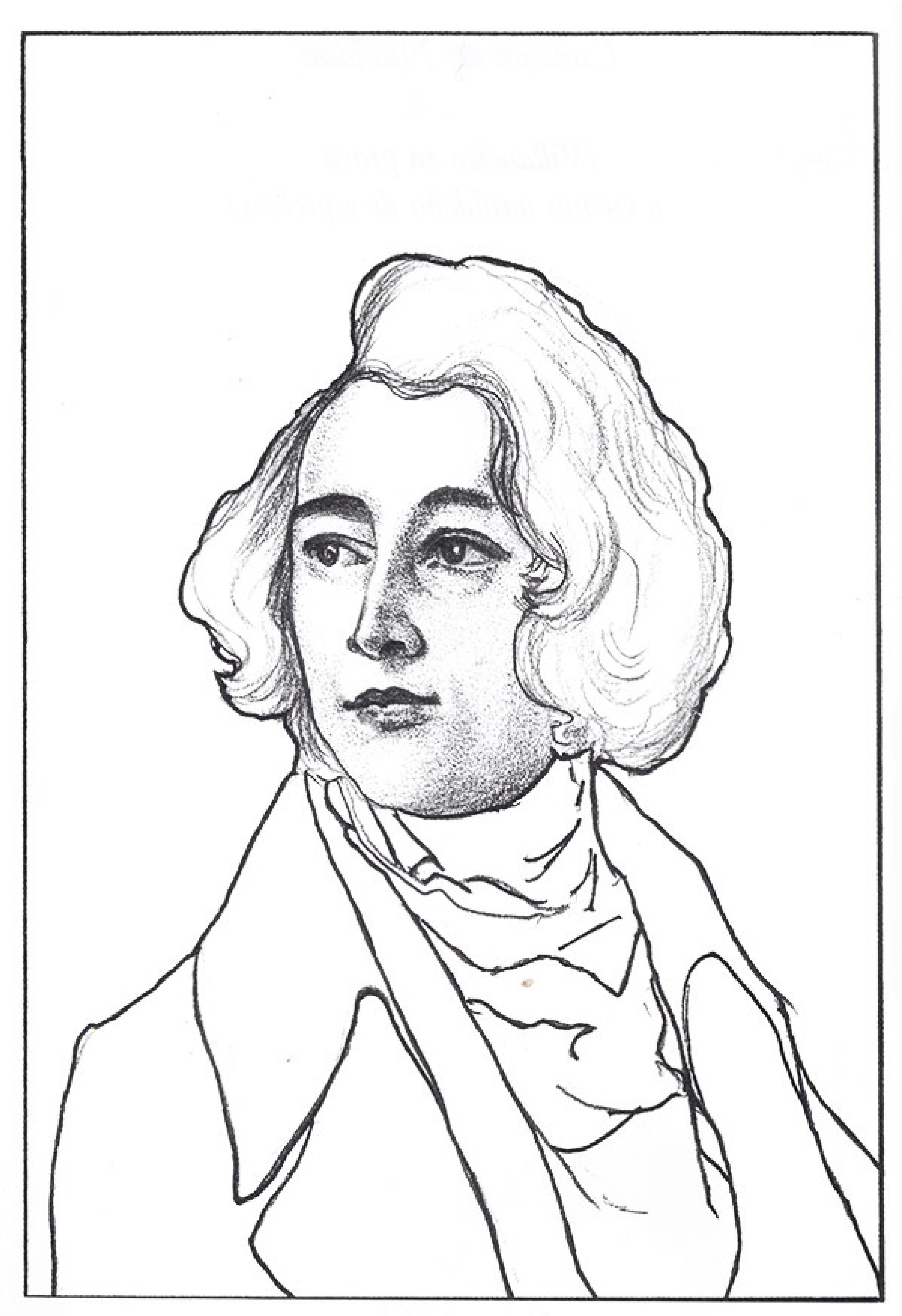
Tus libros - 71

ePub r1.0
Karras 12.10.2019

Título original: *A Christmas Carol*
Charles Dickens, 1843
Traducción: Santiago R. Santerbás
Ilustraciones: Arthur Rackham & John Leech & Harry Furniss

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

Índice de contenido



Charles Dickens (1812-1870)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, publicada por Chapman y Hall, Londres, 1843, según la edición de Michael Slater, Penguin English Library, Londres, 1971.

Las cuatro ilustraciones de John Leech acompañaron a la primera edición.

Las de Arthur Rackham fueron publicadas por William Heinemann Ltd., Londres, 1915.

Introducción

Mejor en Navidad

De Dickens se puede hablar cualquier día, a cualquier hora, con cualquier pretexto. Pero más en Navidad.

Con Dickens se encuentra uno sin haberlo pensado, porque sí, de pronto. Pero mucho más en Navidad.

Quienes hemos estado recordando a Dickens —y leyéndole— toda nuestra vida; los que somos —como Julio Cortázar— «fieles a Oliver Twist», no necesitamos excusas para acercarnos a Dickens e invitar a los demás a que lo hagan. Consejo de amigo. (Aunque no es necesario llegar a la obsesión terrorífica del cuento de Evelyn Waugh[1], en el que alguien obliga a otro a leer, releer y a aprender de memoria los personajes, los sucesos, de toda la amplia y complicada obra del autor. Relato verdaderamente terrorífico, como algunos del propio Dickens, que cultivó brillantemente ese género). Pero todo resulta muchísimo más adecuado en Navidad.

¿Es navideño Dickens, o es ya la Navidad dickensiana? Tal ha llegado a ser la fuerza de este autor, sus colores, palabras, geografías y rostros han adquirido tal personalidad propia, que Londres, los niños desgraciados, las fiestas navideñas, parecen hoy *cosas de Dickens*, no realidades previas a él, en las que el autor empapara su pluma. Sobre todo el «inexplicable, misterioso, secreto de la niñez» —como de Dickens decía G. K. Chesterton, tan dickensiano él— y las navidades, son cosas que parecen habernos sido reveladas por Dickens, y ser él su dueño en exclusiva. Pascuas tan supergozosas, vitales, hogareñas, perfectas, como las que, por ejemplo, se disponían a celebrar los personajes de *Los papeles póstumos del club Pickwick* en 1836, esas fiestas posiblemente tan irreales en la vida, son tan auténticas en Dickens, que diríase que las ha inventado él.

Sobre la verdadera influencia de Charles Dickens en los ritos y costumbres navideñas que hoy observamos casi todos, ya habla Santiago R. Santerbás en el apéndice que sigue a esta versión —suya— de *A Christmas Carol*, una de las pequeñas obras maestras más maestras de su autor. Relato genial e inolvidable. Que también podría publicarse porque sí, porque nos da

la gana. Pero que justifica su nueva aparición en el mercado editorial por diferentes y estupendas razones. Una de ellas, por supuesto, la Navidad.

Esta edición

La edición que ofrecemos en 1986 del extraordinario cuento que escribió Dickens en 1843, presenta algunas características que nos parece merecen destacarse:

Creemos que se trata de la primera edición española que incorpora las cuatro ilustraciones que hizo John Leech para la primera edición inglesa junto a las personales y excelentes de Arthur Rackham, dando así dos visiones plásticas interesantes del cuento, y una cierta perspectiva histórica de los ilustradores de Dickens (en el caso de Rackham, ilustrador, además, como detallaremos, de muchos más autores célebres, casi todos cultivadores de lo que podríamos llamar *Literatura Fantástica*).

Los dibujos de Leech, que aparecieron en la primera edición de Chapman y Hall, Navidad de 1843, se reprodujeron —aunque no todos— en la edición de las *Obras Completas* de Aguilar, tomo I, Madrid 1951. Como aquí puede verse, recuperados para esta edición, son interpretaciones mitad fúnebres y cordiales (como el relato, en realidad, «pesadilla gozosa» según Chesterton), habiendo elegido, para equilibrar, escalofríos como el fantasma de Marley y Scrooge ante su propia tumba, compensados por ingenuas dichas hogareñas como la del señor Fezziwig con su familia, ilustración en la que —como Santerbás anota— Leech pone sobre la cabeza del amable patrono Fezziwig (bastante más amable que la mayoría de los patronos dickensianos, tanto en su obra como en los comienzos de su vida) una peluca que no debía, pues la llamada *peluca galesa* no es tal, sino una gorra. Rackham hace lo mismo en la entrañable viñeta del señor Fezziwig como galante bailarín. (El traductor, que también redactó notas y apéndice en la presente edición, ha sido más meticuloso, parece, que los dos ilustradores, aunque no sea ésa su única ni mejor virtud, ni una *peluca galesa* más o menos pueda desacreditar a tan excelentes artistas).



Dickens, su mujer y su hermana. Grabado de C. H. Jeens, según dibujo de Maclise.

Arthur Rackham

Arthur Rackham (1867-1939) fue uno de los más justamente célebres ilustradores de este siglo. Hace pocos años se organizó en Londres —Museo de Victoria y Alberto— una exhaustiva exposición sobre su mundo plástico. Fue también pintor a la acuarela, pero indudablemente sus ilustraciones de *Alicia en el país de las Maravillas*, *Peter Pan en los jardines de Kensington*, los cuentos de Andersen, los de Grimm, y los recopilados bajo el título *El libro de hadas de Arthur Rackham*, son las obras que le hicieron justamente célebre. Aquí tenemos su personal contribución a la iconografía dickensiana, inédita hasta ahora en edición española. En este relato que —como sus otras especialidades— ha llegado a convertirse en un clásico de la literatura infantil adorado por los mayores, Rackham parte de los tradicionales motivos navideños, el pavo, las hojas de acebo, como detalles ornamentales, en blanco y negro, hasta las ilustraciones en color de las escenas importantes del texto. No deja Rackham de ser él mismo, por más que haga el amoroso esfuerzo de empaparse de Dickens: Quien conduce el pavo navideño atado con salchichas es un duende que podría haberse escapado de cualquiera de sus otros dibujos. Y los arrugados mapas de los diferentes rostros de Scrooge y demás almas en pena, ¿no son parientes próximos de esas curiosas hadas con cara de viejo que cambiaban el horario en el cartel de los jardines de Kensington?

Santiago R. Santerbás

Esta edición tiene otro autor, Santiago R. Santerbás, ya citado varias veces, que ha vuelto a traducir el cuento inmortal con el cuidado y respeto que merecía y con el amor que le inspira un relato que —según él confiesa— le ha hecho siempre llorar, tanto como determinada escena cinematográfica de *Capitanes intrépidos*[2].

Santerbás ha anotado minuciosamente el relato y su propio apéndice. La suficiente información, no exenta de opinión, de este último, nos libera de excedernos en datos sobre época, autor y texto. Pero nos deja, en cambio, espacio para explicar aquí que S. R. Santerbás, novelista y crítico, melómano y dibujante[3], ya se había acercado a Dickens escribiendo un supuesto relato inédito de las aventuras de Pickwick, *The last journey of Mr. Pickwick*, traducido por el autor, obviamente, como *El último viaje de Mr. Pickwick*. A su lado, otros «pastiches» simulaban ser textos desconocidos de autores ilustres: *Aventuras de Alicia en la cámara oscura* y *La aventura del quinteto inacabado*, «excluida en su momento» de las aventuras ya publicadas de Sherlock Holmes.

Por todas las razones ya explicadas, creemos que esta nueva aparición de *A Christmas Carol* en castellano, constituye una verdadera edición *de lujo* para el amante de Dickens, el sentimental impenitente, el victoriano vocacional o el simple —y quizá raro— aficionado al libro bien hecho.



Dickens a los 27 años. Grabado de C. H. Jeens, según el célebre cuadro de Maclise (1939).

El grabado del autor, realizado por Antonio Hernández para esta edición, procede del rostro del retrato de cuerpo entero que le hizo Daniel Maclise cuando Dickens tenía veintisiete años. Publicaba entonces *Nicholas Nickleby*, empezaba a ser muy famoso, y sólo faltaban cuatro años para que diera al público una gran obra maestra y otra pequeña obra genial: *Martin Chuzzlewitt* y *A Christmas Carol*.

Dickens en otras voces

Todos han leído a Dickens. Casi todos han disfrutado con sus dramas, sus risas, sus tinieblas, su nobleza y su valor, su sentimentalismo y su ironía desmesurados. Algunos —incluso de los que disfrutaron con su lectura— se han sentido obligados

a criticarle porque ha puesto demasiado al descubierto lo más blando de su corazón. Otros han reaccionado defendiéndole a sangre y fuego porque en él convivieron con sus más íntimos dolores. Raramente ha cosechado indiferencias. El mundo sigue lleno de sus incondicionales. La literatura rebosa de sus huellas: Angus Wilson, Evelyn Waugh, John Irving, Kafka (sí, nadie se extrañe), H. G. Wells, no pueden negar sus influencias. El cine ha bebido en sus fuentes magistrales: Griffith, John Ford, Eisenstein (tampoco se extrañen), y por supuesto los Cukor, David Lean, Ronald Neame, Jack Conway, Carol Reed, que adaptaron sus obras, generalmente muy por debajo de los originales. La pervivencia de Dickens a lo largo de los ciento dieciséis años transcurridos desde su muerte, es fácil constatarla en las voces ilustres que han manifestado sus posturas respecto a quien fue uno de los novelistas más poderosos de todos los tiempos. Y no todas las que transcribimos son opiniones laudatorias, pero todas demuestran la atención que Dickens les mereció, incluso la atracción de los que no podían perdonarle del todo:



Grabado de Dickens por R. Graves, según el retrato de Maclise, cuatro años antes de escribir su *Canción de Navidad*.

E. A. Poe

«Entre los mil ejemplos de las desventajas que tanto para el autor como para sus lectores ofrece el actual y absurdo sistema de novelas por entregas, se cuenta el de que nuestro autor no pudo considerar y precisar suficientemente los detalles particulares de la trama cuando comenzó el relato que nos ocupa…».[4]

pero…

«Los *dramatis personae* confirman la alta fama de Mr. Dickens como delineador de caracteres… El viejo Willett sobrepasa a todos los restantes personajes de su género, incluso a los de Dickens… Es uno de los rasgos más exquisitos de la pintura humorística…

… Por supuesto que ha cumplido bien su tarea —haría bien cualquier cosa, por comparación con la multitud vulgar de sus contemporáneos…».[5]

Pasemos a otro:

E. M. Foster

«… Wells y Dickens tienen el mismo punto de vista y utilizan los mismos trucos estilísticos. Ambos son humoristas y autores capaces de imaginar visualmente las situaciones, que logran su efecto inventariando detalles y pasan de una página a otra impacientes.

Tienen un espíritu generoso, detestan a los impostores y disfrutan indignándose con ellos; son valiosos reformadores sociales: ni se les ocurre confinar los libros en los estantes de una librería. A veces, la animada superficie de su prosa chirría como un disco rayado; en la factura de su obra se advierte cierta pobreza, y el rostro del novelista se acerca tal vez demasiado al del lector. Dicho de otro modo, ninguno de los dos tiene excesivo buen gusto: el mundo de lo bello se hallaba en gran medida cerrado para Dickens y lo estaba por completo para Wells».[6]

Y sin embargo:

«Los personajes de Dickens son casi todos planos (Pip y David Copperfield intentan ser redondos, pero de una manera tan tímida que más que cuerpos sólidos parecen pompas). Casi todos ellos pueden resumirse en una frase, y, sin embargo, existe una maravillosa sensación de profundidad humana. Probablemente, la inmensa vitalidad de Dickens hace que sus personajes vibren; así que toman prestada de él la vida y parecen tener una existencia propia. Es un ejercicio de prestidigitación; tan pronto como miremos al señor Pickwick de perfil descubriremos que no tiene más relieve que un disco de gramófono. Pero nunca se nos ofrece esta visión lateral. Mr. Pickwick es demasiado hábil y experimentado. Da siempre la impresión de tener algún peso, y cuando le ponen encima del armario en la escuela de jovencitas, parece tan pesado como Falstaff en la cesta de emergencia de Windsor. Parte de la genialidad de Dickens consiste en utilizar estereotipos y caricaturas, gente que reconocemos en el mismo instante en que vuelven a entrar, con lo que el novelista logra al mismo tiempo efectos que no son mecánicos y una visión de la humanidad que no es superficial. Quienes no gustan de Dickens tienen excelentes argumentos. *Debería ser un mal escritor. En*

realidad, es uno de los más grandes. Y su enorme éxito en la creación de tipos sugiere que los personajes planos pueden tener más relevancia de la que admiten los críticos más intransigentes».[7]

O sea, que aquellos mismos autores que reconocen las imperfecciones de Dickens, se rinden ante su fuerza. La misma que el hombre y el autor irradiaran sobre sus contemporáneos, y que continúa hoy:

J. B. Priestley

«La noticia de su muerte conmocionó y entristeció al mundo entero. Era como si una inmensa luz se hubiera extinguido. Sin embargo, incluso en aquellos momentos seguía persiguiéndole la ironía. Él había expresado el deseo de ser enterrado sin ningún aparato en un pequeño cementerio de la localidad; jamás le habían importado el pasado histórico ni la tradición; había estado siempre en desacuerdo con el *establishment* inglés. Pero *The Times,* que en tantas ocasiones había censurado sus escritos, declaró que debía ser enterrado en la abadía de Westminster, y así fue. Su tumba permaneció abierta varios días, y miles de personas desfilaron ante ella. Durante muchos meses después, su lápida aparecía rodeada siempre de montones de flores frescas. Inglaterra estaba de luto, pues acababa de perder al genio creador más fecundo que había conocido su literatura desde Shakespeare. *Pero no tenemos más que abrir uno de los libros que ostentan su nombre, libros que han sido reeditados numerosas veces a lo largo de los últimos cien años, para comprobar que Charles Dickens todavía sigue vivo*».[8]

Y ahora, repasemos otras voces que sólo quieren declarar su amor por Dickens —como le ocurre a quien escribe esta introducción a sus fantasmas navideños—, voces que afirman ese futuro vivo que declaraba el dramaturgo J. B. Priestley:

«Dickens fue más un mitólogo que un novelista: quizá el último y más excelso estudioso de los mitos. Sus personajes no siempre se transforman en personas de carne y hueso, pero siempre se convierten en una especie de dioses…

… Una parte de la lección de Dickens es que la camaradería y la seria alegría no son intermedios en nuestras jornadas; que más bien nuestras jornadas son intermedios en la camaradería y la alegría, las cuales, a través de Dios, han de durar por siempre. La posada no lleva al camino: es el camino el que conduce a la posada. *Y todos los caminos llevan a una última posada, donde hemos de reunirnos con Dickens y todos sus personajes, y cuando juntos bebamos de nuevo, será el vino de las grandes garrafas en la taberna del fin del mundo*».[9]

Reunámonos, pues, enseguida, con Scrooge y Tiny Tim, con los espectros navideños, pero también con quienes le admiraron, con el amplio y variopinto club de dickensianos irremediables. Por ejemplo, Sergei Mijáilovich Eisenstein, el cineasta, sí, que nos dice:

Eisenstein

«“Fue el puchero el que empezó…”.

Así empieza Dickens su libro *El grillo del hogar*.

“Fue el puchero el que empezó…”.

Nada parece más lejos del cine. Trenes, *cowboys*, persecuciones… y *El*

grillo del hogar. “Fue el puchero el que empezó…”.

Pero por extraño que parezca, también las películas hervían en aquel puchero. Desde allí, desde Dickens, desde la novela victoriana, nacen los primeros brotes del film americano estético, para siempre ligados al nombre de David Wark Griffith…

“Fue el puchero el que empezó…”.

Enseguida que reconocemos en este puchero un típico primer plano se nos ocurre exclamar:

¡Cómo no lo habíamos notado antes. Éste es el verdadero Griffith!».[10]

Podemos añadir que el propio Griffith —el autor inolvidable de *Las dos huerfanitas*, *Intolerancia* o *El nacimiento de una nación*— realizó en 1929 una adaptación de *El grillo del hogar*. Asimismo, nada más comenzar nuestra «canción de Navidad» vemos *un primer plano* como el del puchero: Se trata del rótulo comercial: «Scrooge y Marley». La vista y el oído eran facultades muy desarrolladas en Dickens, y el lector debe utilizarlas al leerlo.

Griffith

El propio Griffith declaró oficialmente su admiración por Dickens —era su autor favorito— y su deuda narrativa con el novelista inglés: Al decidir por primera vez saltar de una acción a otra, introducir en cine las narraciones paralelas, alguien le dijo:

«—¿Cómo se le ocurre? La gente no sabrá lo que quiere decir.

—Bueno —respondió Griffith—. ¿No escribe Dickens de este modo?».[11]

Y no acaba esto del cine aquí, en esta coincidencia de genios, en el reconocimiento de esa afinidad por parte de otro maestro —Eisenstein—, sino que, como el propio cineasta ruso dice:

«¿Qué fueron las novelas de Dickens para sus contemporáneos, para sus lectores? La respuesta es la siguiente: tenían la misma relación con ellos como la que tiene el cine con sus espectadores en nuestros días…».[12]

Basta para confirmarlo repasar páginas de cualquiera de sus buenas biografías —la de Stefan Zweig incluida en *Tres Maestros*, la excelente de André Maurois, o la más próxima de Angus Wilson, *Dickens y su mundo*, todavía no traducida al castellano—, como, por ejemplo, en la de Zweig[13].

Stefan Zweig

«… el entusiasmo que llenaba los corazones de centenares de personas cuando llegaban a los hogares ingleses las mensuales entregas de cubiertas azules. Mi viejo amigo el *dickensiano* me contó que en aquellas ocasiones mucha gente caminaba largos trechos para salir al encuentro del cartero cuando tenía que salir un nuevo número, en su impaciencia por leer lo que *Boz*[14] tenía que decirles… ¿Quién iba a tener paciencia para esperar a que el cartero llegase sobre su viejo caballo con las soluciones a tantos problemas candentes? Cuando se acercaba la hora señalada, viejos y jóvenes salían de sus casas y caminaban dos millas, o más, para saber antes el desenlace. En el camino de regreso se detenían

> para leer, los que no tenían la suerte de haberlo conseguido, mirando por encima del hombro del afortunado mortal; otros leían en voz alta mientras caminaban; solamente las personas dotadas de un verdadero espíritu de sacrificio diferían una satisfacción puramente personal y corrían a compartir su tesoro con su esposa y sus hijos.
>
> Charles Dickens era querido en cada pueblo, en cada ciudad, en todas las Islas Británicas y mucho más allá, en las partes más remotas de la tierra en las que las naciones de habla inglesa habían establecido sus colonias. La gente le quiso desde el momento que le conoció (por medio de la prensa) hasta el día de su muerte…».

Esas voces, las de esa gente, son las que realmente nos interesan a la hora de valorar una comunicación cordial. Todos han leído a Dickens. Y yo he visto hace poco cómo sigue habiendo flores en su tumba. Casi todos le amaron. Y sobre todo en Navidad.

Merry Christmas

A quien esto escribe, las Pascuas le han parecido muchas veces *Feroces* en vez de *Felices*, pero quizá no tenga Dickens la culpa. ¿O sí…? Tanto hablarnos —él y otros, pero sobre todo él— de que hay que ser dichosos, tanto instalar la felicidad por decreto… Estoy seguro de que el lector entiende a qué me refiero cuando hablo de la incomodidad que pueden producir estas santas fiestas de amor y familia. Sobre todo para quienes carecen de ello cuando cae la Navidad encima.

La Navidad ha tentado a muchos autores como excusa para el sermón, tema de polémica, o decorado idóneo para el sentimentalismo y el drama: En lo que al sermón se refiere, no puedo menos de citar en esta antología de urgencia el —textualmente llamado— «Sermón de Navidad», de Robert Louis Stevenson, que también ha traducido, prologado y anotado S. R. Santerbás[15].

Habla en este discurso el autor de David Balfour de la importancia del buen carácter, de lo horrible de la adustez. No podemos contradecirle. Cuando llama «manifestaciones diabólicas»[16] a la envidia, la malignidad, la tiranía…, diríase que se refiere a todos los Scrooge de este mundo (sobre todo tratándose de Navidad), y ninguno quisiéramos sentirnos señalado. Lo malo de la Navidad utilizada como dedo moral es que nos da vergüenza no ser mejores, más amables o más felices.



Dickens a los 47 años. Grabado de R. Graves, según cuadro de W. P. Frith.

Navidades literarias

¿Quién no ha sufrido con la cerillerita de Hans Christian Andersen? Es terrible andar sola, desabrigada y descalza, por la calle cuando hace un frío horrible, nieva y anochece. Pero… sobre todo en Navidad. El mismo Arthur Rackham ilustró esta acongojante escena.

No vamos a recorrer minuciosamente —como apetecería nuestro meticuloso estilo de coleccionista— todas, ni casi todas, ni siquiera un buen número de navidades literarias. Hay que volver pronto a Dickens, y dar paso a su relato. Pero antes de abandonar esta brevísima aproximación a una posible antología, citemos a la abuela de todos los aficionados al crimen burgués, doña Agatha Christie, en cuyo catálogo tan tradicional no podían faltar las fiestas del final del año, con su «pudding» y el fuego encendido: una de sus novelas se titula *Navidades trágicas*, y el comienzo de uno de sus libros más curiosos y menos conocidos —*The mysterious Mr. Quin*[17]— sucede la víspera de Año Nuevo. En ambas, a pesar del más sosegado ambiente

dickensiano que procede en la fecha, no es la denuncia ni la lágrima lo que amenaza con estropearnos la cena navideña, sino el crimen, terrible siempre. Pero sobre todo en Navidad.

Una anécdota

> «En las memorias de Henry Dickens, hijo del escritor, se encuentra el relato de un curioso acontecimiento que ocurrió *durante la noche de Navidad que precedió a la muerte de Dickens*: Ya enfermo éste, estaba tendido sobre un sofá y jugaba con sus hijos a ese juego que consiste en unir, unas a otras, palabras que no tienen más relación entre sí que su primera y última sílaba. Cuando le tocó el turno a Dickens, siendo la sílaba precedente *War*, dijo con un extraño parpadeo y una curiosa vacilación de la voz: "Warren's Blacking, 30, Strand…".
>
> Sus hijos no lo comprendieron, pero el tono llamó su atención. Todavía no sabían nada de la dura infancia de su padre. Cuando apareció, después de la muerte de éste, la biografía de Forster, supieron que las palabras que había pronunciado con tanta dificultad, pero sin poder abstenerse de pronunciarlas, constituían la dirección de la fábrica de betún donde, siendo niño, ganó la vida para su familia, mientras su padre estuvo encarcelado».[18]

Hemos destacado la anécdota —inmersión en lo más siniestro del pasado, durante la última Navidad de su vida— para comenzar la simbiosis Navidad-Dickens del modo emotivo que a él le hubiese gustado.

La última novela

En esa última Nochebuena —1870— que le trajo el recuerdo inconsciente de aquello que más quiso olvidar, Dickens no es capaz de terminar su última novela, que dejará incompleta, *The mystery of Edwin Drood*. Curioso y quizá mágico detalle: su único libro que no tiene final es precisamente una historia detectivesca. Nunca supimos quién era el asesino. Otros autores intentaron terminar el misterio según las pistas que hay en la novela. No se pusieron de acuerdo[19].

Hubo más Nochebuenas destacables en la vida de nuestro hombre (las Navidades y los viernes fueron fechas *mágicas* o repetidamente cargadas de significación en su vida), pero reseñarlas aquí ocuparía demasiado, y el lector *debe* estar deseando (o *debería* estarlo, créanme, el texto lo merece) entrar en la Navidad de Scrooge que le aguarda. Valga comentar que quizá podría contarse la vida de nuestro hombre por sus viernes y sus nochebuenas.

Cuando Dickens ya había muerto, dicen que alguien dijo (un niño): «¿Pero, entonces, es que morirá también Papá Noel?».

El hombre de la Navidad

Fíjense si Dickens había llegado a ser un mito. Fíjense si ese mito había llegado a identificarse con la Navidad. Su vocación por esa fiesta nació quizá con el hambre de dicha que creció en sus pesadillas de infancia. Dickens es, no hay duda, *el hombre de la Navidad* por antonomasia, pero no se trata de un muñecón para adornar

escaparates. El (Chesterton lo ha dicho, como ha dicho tantas otras cosas sobre Dickens), «… luchando por la Navidad se batía por la antigua alegría europea, por la festividad *pagana y cristiana* a la vez, por esa trinidad compuesta de comer, beber y rezar, frente a la que tan irreverentes se muestran los modernos».

Y es que Dickens no es sólo llorar, que es mucho reír, y mucho querer, y mucho tragarse la vida con auténtico afán de disfrute.

Desde *Christmas Carol* se comprometió profesionalmente a ese disfrute. Y vendrían *Las campanas*, *La posada del acebo*, *La casa de huéspedes de la Sra. Lirriper* y *La herencia de la Sra. Lirriper*, entre otros muchos relatos de Navidad escritos con la intención de venderse con esa etiqueta. Por supuesto que había antes, y hubo después, numerosas incursiones navideñas de los personajes dickensianos aparte de los cuentos oficiales. Entre unos y otros, ninguno como *Canción de Navidad*. Su fama y su pervivencia lo atestiguan. Y sobre todo, la admiración y el placer que experimentamos al leerlo, al volver a leerlo al cabo de los años.

La canción inolvidable

Ya habla —y bien— Santerbás de este magnífico relato en su apéndice. Pero permítaseme anotar otras enormes minucias antes de dar paso a sus estrofas.

Es, primero, un relato *fantástico* —incluso, en ocasiones, un cuento *de miedo*—, aunque Dickens, con ese afán conciliador que consideraba imprescindible en esas fiestas, advierte que a nadie quiere malhumorar, y que desearía «que este libro hechizase amablemente sus hogares».



Dickens a los 56 años. Grabado de J. C. Armytage, según una fotografía realizada en América.

Pronto entrará el lector en contacto con una aldaba que espanta. Quien haya visto la versión cinematográfica musical (más bien mala) de Ronald Neame sobre el cuento, puede recordar con agrado el rostro fantasmal de Alec Guinness. Otra aldaba con cara asustadora nos contó Hoffmann en *El caldero de oro*, y como uno a las dos admira, aquí las relaciona. Al tiempo, recomienda el entrañable artículo de «Boz» (el primer Dickens escritor, ya saben) sobre las aldabas y su progresiva y lamentable desaparición.

Por insistir en el terror (género, o al menos el *misterioso*, que Dickens quiso cultivar como su amigo Wilkie Collins), los tremendos niños *Ignorancia* e *Indiferencia* («los hijos del hombre», según dice el espíritu), y el tenducho de compraventa —que aparece aquí en ilustración de Rackham— donde se comercia con los despojos de la muerte, nos parecen altos ejemplares de lo pavoroso entre los muchos asuntos de pánico que llevamos catalogados en una cierta dedicación personal a este tema.

En cuanto a sugerencias visuales, casi cinematográficas —de estructura, plásticas, de relación entre las escenas— podríamos decir varias cosas. Ya

subrayamos esto con ilustres citas de Griffith y Eisenstein.

«La máquina del tiempo»

Finalmente se puede destacar que, mucho antes de la actual *pasión Spielberg* por los traslados en el tiempo, que ya nos habían contado Wells y otros muchos[20], los viajes de Scrooge sobre sus propias Navidades son uno de los más interesantes ejemplos literarios de vuelta al mundo de uno mismo en una noche.

Y a la mañana siguiente, para alegría de Scrooge y de todos nosotros, fuera al fin pesadillas, y ¡arriba campanas!, las amadas campanas de Dickens: «Golpea, tintinea, martillea, din, don, suena la campana…».

El milagro está hecho. El hombre puede cambiar su vida, y de paso, ayudar a mejorar la de los demás.

Ya no retrasaremos más la entrada en la canción. Sólo decirles, como Tiny Tim: «¡Que Dios nos bendiga a todos!».

De todo corazón. Disfruten con el viaje.

Juan Tébar



PERSONAJES[21]

Bob Cratchit, escribiente de Ebenezer Scrooge.

Peter Cratchit, hijo del anterior.

Tim Cratchit (Tiny Tim), lisiado, hijo menor de Bob Cratchit.

Mr. Fezziwig, anciano comerciante, afable y jovial.

Fred, sobrino de Ebenezer Scrooge.

Espíritu de las navidades pasadas, fantasma que muestra las cosas que sucedieron antaño.

Espíritu de la Navidad presente, espectro de naturaleza amable, generosa y cordial.

Espíritu de las navidades futuras, aparición que muestra las sombras de las cosas que pueden suceder en el futuro.

Espectro de Jacob Marley, fantasma del antiguo socio de Ebenezer Scrooge.



Joe, propietario de un almacén y comprador de objetos robados.

Ebenezer Scrooge, anciano miserable y avaro, socio superviviente de la firma comercial «Scrooge y Marley».

Mr. Topper, solterón.

Dick Williams, compañero de aprendizaje de Scrooge.
Belle, gentil madre de familia, antigua prometida de Scrooge.
Caroline, esposa de uno de los deudores de Scrooge.
Mrs. Cratchit, esposa de Bob Cratchit.
Belinda y *Martha Cratchit*, hijas de la anterior.
Mrs. Dilber, lavandera.
Fan, hermana menor de Ebenezer Scrooge.
Mrs. Fezziwig, esposa y digna compañera de Mr. Fezziwig.





He pretendido que, en este relato fantástico, los espectros nazcan de una Idea que no ponga malhumorados a los lectores consigo mismos, ni con otras personas, ni con la época navideña, ni conmigo. Desearía que este libro hechizase amablemente sus hogares y que nadie quisiera abandonar su lectura.

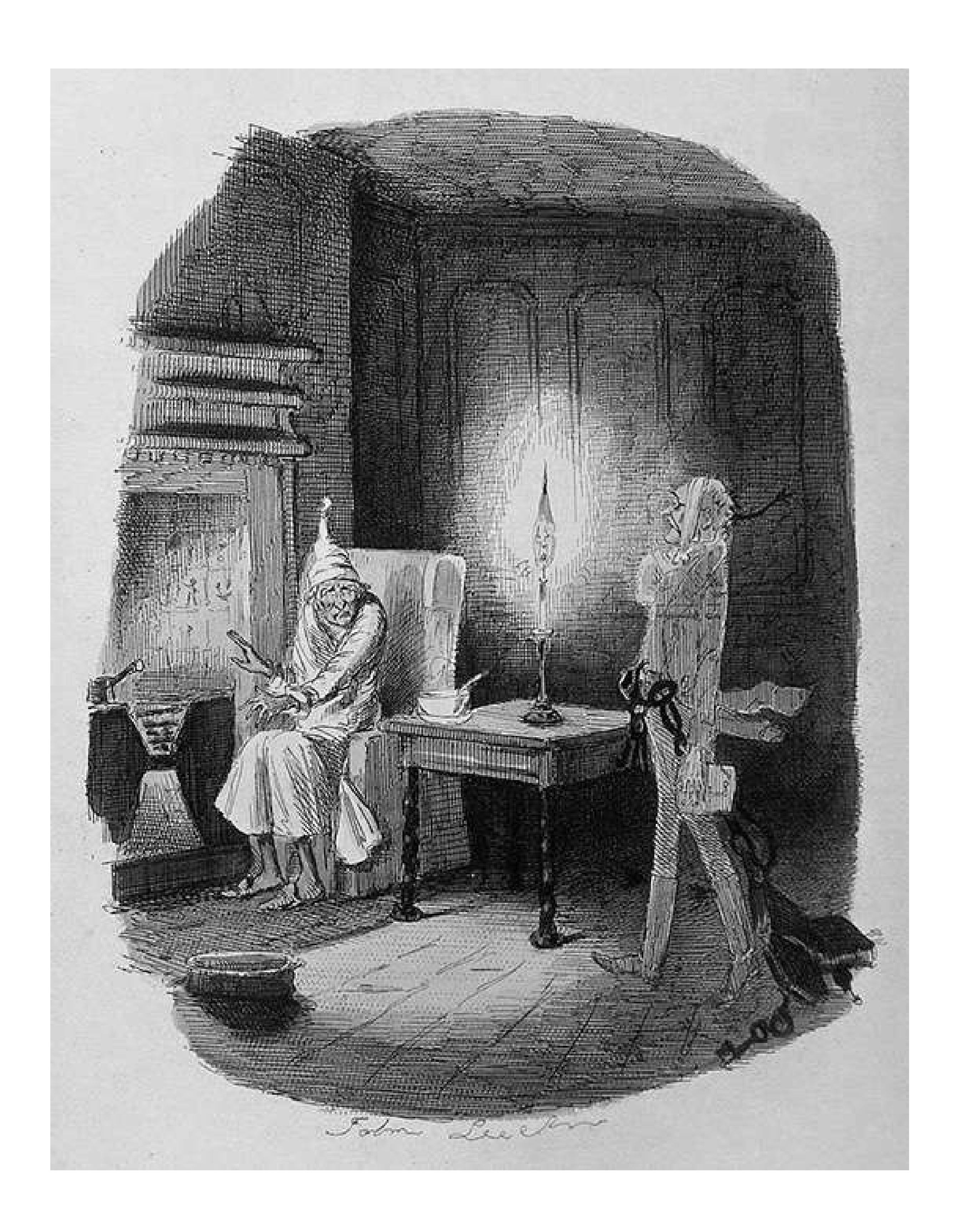
Su fiel amigo y servidor,

Charles Dickens

Diciembre, 1843.

Primera estrofa

El espectro de Marley





Digamos, para comenzar, que Marley estaba muerto. De eso no hay duda. El acta de su entierro fue firmada por el párroco, por el escribano, por el empresario de pompas fúnebres y por el que presidió el duelo. Sí, Scrooge la firmó: y el nombre de Scrooge tenía validez en la Bolsa para cualquier asunto en que él decidiera firmar. El viejo Marley estaba tan muerto como el clavo de una puerta[22].

¡Cuidado! No quiero dar a entender que yo sepa por mí mismo que el clavo de una puerta sea algo especialmente muerto. Por lo que a mí respecta, me inclinaría a considerar el clavo de un ataúd como la pieza más muerta de todo el comercio de ferretería. Pero la sabiduría de nuestros antepasados se vale de ese símil; y mis manos pecadoras no habrán de alterarlo, pues, de hacerlo, el país estaría perdido. Así que el lector me permitirá repetir, enfáticamente, que Marley estaba tan muerto como el clavo de una puerta.

¿Sabía Scrooge que Marley estaba muerto? Claro que sí. ¿Cómo no iba a saberlo? Scrooge y él habían sido socios durante no sé cuántos años. Scrooge fue su único albacea testamentario, su único administrador, su único apoderado, su heredero universal, su único amigo y el único que asistió a su entierro. Y añadamos que Scrooge no se sintió profundamente afectado por el penoso acontecimiento, sino que, obrando como un excelente hombre de negocios el día mismo del funeral, consiguió que éste se celebrara por una verdadera ganga.

La mención del funeral de Marley nos trae al punto de partida. No hay duda de que Marley estaba muerto. Debemos comprenderlo con claridad, o nada maravilloso podremos hallar en la historia que voy a relatar. Si no estuviéramos absolutamente convencidos de que el padre de Hamlet había muerto antes del comienzo de la representación, no encontraríamos nada de

particular en que diera un paseo nocturno por sus propias murallas, azotadas por el viento del este, con la expresa intención de sobrecoger a la mente enfermiza de su hijo, como tampoco lo sería el hecho de que cualquier otro caballero medieval saliera impulsivamente después de anochecer a dar una vuelta por un lugar ventoso (digamos, por ejemplo, el cementerio de San Pablo)[23].

Scrooge nunca suprimió del rótulo comercial el nombre del viejo Marley. Allí permanecía, años después, sobre la puerta de su almacén: Scrooge y Marley. La firma era conocida como Scrooge y Marley. Algunas gentes recién llegadas al mundo de los negocios se dirigían a Scrooge llamándole, unas veces, Scrooge, y otras, Marley. Él respondía a ambos nombres: le daba igual uno que otro.

¡Ah, pero qué tacaño, cicatero, estrujador, codicioso, rapiñador, avaro, mezquino y viejo pecador era Scrooge! Duro y cortante como un pedernal del que ningún acero pudo sacar jamás una chispa generosa; taciturno, receloso y solitario como una ostra. Su frialdad interior helaba sus viejas facciones, afilaba su puntiaguda nariz, marchitaba sus mejillas, envaraba su forma de andar, enrojecía sus ojos y amorataba sus labios; y hacía que, al hablar, su voz fuera seca y chirriante. Una gélida escarcha se había posado en su cabeza, en sus cejas y en su barbilla hirsuta. Siempre llevaba consigo su propia temperatura glacial; congelaba su oficina en los días más calurosos, y no la deshelaba ni un grado por Navidad.

El frío y el calor externos ejercían poca influencia sobre Scrooge. Ni el tórrido calor le caldeaba, ni el tiempo invernal le resfriaba. No había viento que soplara más crudamente que él, ni nevada que cayera con peores intenciones que las suyas, ni pedrisco menos propicio a la compasión. El mal tiempo era incapaz de dominarlo. La lluvia más torrencial, la nieve, el granizo y la cellisca sólo podían vanagloriarse de aventajarle en un aspecto: los fenómenos atmosféricos solían apaciguarse generosamente, mientras que Scrooge nunca se apaciguaba.

Nadie le paraba en la calle para decirle con expresión risueña: «Mi querido Scrooge, ¿cómo está usted? ¿Cuándo vendrá a visitarme?». Ningún mendigo le suplicó que le diera una limosna; ningún niño le preguntó qué hora era; ningún hombre o mujer le pidió ni una sola vez en su vida que le indicara la dirección de tal o cual lugar. Hasta los perros de los ciegos parecían conocerlo; y, cuando lo veían llegar, tiraban de sus amos hacia los portales y los patios, y agitaban el rabo como si quisieran decir: «Mejor es, mi pobre amo, no tener ojos que echar mal de ojo».

Pero todo eso, ¿qué más le daba a Scrooge? En el fondo, le complacía. Abrirse paso a través de los multitudinarios senderos de la vida, poniéndose en guardia para mantener a distancia toda simpatía humana, era para Scrooge lo que suele llamarse una «golosina»[24].

Un buen día —el mejor de todos los días del año: la víspera de Navidad—, el viejo Scrooge trabajaba afanosamente en su despacho. El tiempo era frío, áspero, destemplado y, además, brumoso; y él podía oír cómo las gentes que iban y venían por la plazuela jadeaban, se golpeaban el pecho con las manos y zapateaban sobre las piedras del pavimento para entrar en calor. Los relojes de la ciudad acababan de dar las tres, pero la oscuridad era ya completa: no había luz diurna, y las velas brillaban en las ventanas de las oficinas próximas como manchas rojizas en el aire espeso y oscuro. La niebla se filtraba por los resquicios y los ojos de las cerraduras, y era tan densa en el exterior que, a pesar de lo estrecha que era la plazuela, las casas de enfrente parecían simples fantasmas. Al ver cómo caía la sucia neblina, enturbiándolo todo, uno podía pensar que la Naturaleza vivía miserablemente dedicada a la fabricación de cerveza en gran escala.

La puerta del despacho de Scrooge estaba abierta; así podía vigilar a su escribiente, quien, en un lóbrego cuchitril contiguo, una especie de cisterna, copiaba cartas. Scrooge tenía encendido un fuego muy pequeño; pero el que ardía en la habitación del escribiente era aún más débil, tanto que apenas parecía una brasa. Sin embargo, él no podía avivarlo, pues la carbonera se hallaba situada en el despacho de Scrooge; y, si al escribiente se le hubiera ocurrido entrar con la pala, el jefe le habría augurado que él y la pala estaban de más en aquel lugar. De modo que el escribiente se embozaba en su bufanda blanca y procuraba calentarse con la vela, intento en el que, no siendo hombre de viva imaginación, siempre fracasaba.

—¡Feliz Navidad, tío! ¡Dios le guarde! —gritó una voz jovial. Era la voz del sobrino de Scrooge, quien había llegado tan de improviso que éste fue el primer indicio de su presencia.

—¡Bah! —dijo Scrooge—. ¡Paparruchas!

El sobrino de Scrooge habíase acalorado tanto en su rápido caminar a través de la niebla y la helada, que estaba sofocado. Su rostro era hermoso y rubicundo; sus ojos chispeaban; y, al respirar, salía de su boca una nube de vapor.

—¿Las navidades, paparruchas? —exclamó el sobrino de Scrooge—. No habrá querido usted decir eso, ¿verdad?

—Sí, he querido decirlo —contestó Scrooge—. ¡Feliz Navidad! ¿Qué derecho tienes a ser feliz? ¿Qué motivos tienes para ser feliz? Eres bastante pobre.

—Vaya, vaya —replicó alegremente el sobrino—. ¿Qué derecho tiene usted a estar triste? ¿Qué motivos tiene para estar malhumorado? Usted es bastante rico.

No hallando mejor respuesta en la excitación del momento, Scrooge dijo de nuevo:

—¡Bah! —y volvió a repetir—: ¡Paparruchas!

—No se enfade, tío —dijo el sobrino.

—¿Qué otra cosa puedo hacer —respondió el tío— si vivo en este mundo de idiotas? ¡Feliz Navidad! ¡Al cuerno tu feliz Navidad! ¿Qué es para ti la Navidad sino la época de pagar facturas y no tener dinero, la época en que uno se encuentra un año más viejo y ni una hora más rico, la época de hacer balance y descubrir en los libros de contabilidad que doce meses de trabajo han resultado estériles? Si pudiese hacer mi voluntad —continuó Scrooge, indignado—, a cada imbécil que me viniera con el «Feliz Navidad» en los labios, lo cocería en su propio jugo y lo enterraría con una estaca de acebo clavada en el corazón. ¡Claro que lo haría!

—¡Tío! —imploró el sobrino.

—Sobrino —replicó duramente el tío—, celebra la Navidad a tu modo y déjame celebrarla al mío.

—¡Celebrarla! —repitió el sobrino de Scrooge—. Pero si usted no la celebra.

—Entonces déjame en paz —dijo Scrooge—. ¡Y que te aproveche la Navidad! ¡Como te ha aprovechado hasta ahora!

—Hay muchas cosas de las que hubiera podido sacar provecho, y me atrevo a decir que no me he beneficiado de ellas —objetó el sobrino—. La Navidad, entre otras. Pero estoy seguro de que, al llegar esta época del año, y dejando aparte la veneración debida a su nombre y origen sagrados (si es que se puede dejar aparte algo que le es tan propio), siempre he pensado que la Navidad era una buena época: una época amable, benévola, caritativa, placentera; la única época, que yo sepa, del largo calendario del año en la que hombres y mujeres parecen abrir de común acuerdo sus corazones cerrados y considerar a las gentes humildes como verdaderos compañeros de viaje hacia la tumba, y no como criaturas de otra raza que viajan hacia destinos diferentes. Y por eso, tío, aunque la Navidad nunca me ha metido una migaja

de oro o de plata en el bolsillo, creo que me ha hecho bien y que seguirá haciéndomelo, y digo: ¡Bendita sea!

El escribiente aplaudió instintivamente desde su cuchitril; dándose cuenta en el acto de su incorrección, removió el fuego y apagó definitivamente las últimas y débiles brasas.

—Si vuelvo a oírlo otra vez —dijo Scrooge—, celebrará la Navidad con la pérdida de su empleo. Eres un excelente orador, caballerito —añadió, volviéndose hacia su sobrino—. Me sorprende que no estés en el Parlamento.

—No se enoje usted, tío. Venga a comer mañana con nosotros.

Scrooge dijo que le gustaría verlo… Sí, naturalmente que lo dijo. Empleando toda la fuerza de su expresión, dijo que le gustaría verlo… en los peores apuros.

—Pero ¿por qué? —gritó el sobrino de Scrooge—. ¿Por qué?

—¿Por qué te casaste? —preguntó Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¡Porque te enamoraste! —gruñó Scrooge, como si enamorarse fuera la única cosa en el mundo más ridícula que una feliz Navidad—. ¡Buenas tardes!

—Nada de eso, tío. Usted nunca vino a verme antes de que me casara. ¿Por qué pone ese pretexto para no venir ahora?

—Buenas tardes —dijo Scrooge.

—Nada deseo de usted; nada le pido. ¿Por qué no podemos ser amigos?

—Buenas tardes —repitió Scrooge.

—Lamento de todo corazón verle tan obcecado. Nunca hemos tenido una discusión que yo provocara. Pero he hecho esta tentativa en honor a la Navidad, y mantendré hasta el final mi buen humor navideño. De modo que, ¡felices Pascuas, tío!

—¡Buenas tardes! —insistió Scrooge.

—¡Y feliz Año Nuevo!

—¡Buenas tardes! —concluyó Scrooge.

Su sobrino salió, no obstante, de la habitación sin pronunciar una sola palabra colérica. Se detuvo, al otro lado de la puerta, para felicitar la Navidad al escribiente, quien, a pesar del frío que tenía, era más cálido que Scrooge, pues devolvió cordialmente la felicitación.

—Otro por el estilo —murmuró Scrooge, que le había oído—. Mi escribiente, que gana quince chelines semanales y tiene mujer e hijos que mantener, aún habla de una feliz Navidad. Habría que encerrarlo en un manicomio.

El citado lunático, al acompañar hasta la puerta al sobrino de Scrooge, había dejado entrar a otras dos personas. Eran dos caballeros corpulentos, de agradable apariencia, que ahora se encontraban, con sus sombreros en la mano, en el despacho de Scrooge. Llevaban consigo libros y papeles, y le saludaron con sendas inclinaciones de cabeza.



—¿Scrooge y Marley?, supongo —dijo uno de los caballeros, examinando una lista—. ¿Tengo el gusto de dirigirme al señor Scrooge o al señor Marley?

—El señor Marley lleva siete años muerto —respondió Scrooge—. Murió hace siete años, precisamente esta misma noche.

—No dudamos de que la liberalidad del señor Marley estará bien representada por el socio superviviente —dijo el caballero, presentando sus credenciales.

Eso era cierto, pues ambos habían sido almas gemelas. Al escuchar la ominosa palabra «liberalidad», Scrooge frunció el ceño, sacudió la cabeza y devolvió las credenciales.

—En estas fiestas, señor Scrooge —dijo el caballero, tomando una pluma de la escribanía—, es más conveniente que de ordinario que recojamos algunas pocas provisiones para los pobres y desamparados, que sufren

considerablemente en esta época del año. Miles de ellos carecen de lo necesario, señor, y cientos de miles están privados de las comodidades más imprescindibles.

—¿No hay cárceles? —preguntó Scrooge.

—Hay gran abundancia de prisiones —respondió el caballero, dejando la pluma.

—¿Y los asilos de la Unión[25]? —inquirió Scrooge—. ¿Ya no funcionan?

—Funcionan. Sin embargo —añadió el caballero—, preferiría decirle que no funcionan.

—Y los molinos penitenciarios[26] y la Ley de Pobres[27] están vigentes, ¿no? —dijo Scrooge.

—Lo están, señor.

—¡Ah! Temía, por lo que usted dijo al principio, que hubiese ocurrido algo que impidiera su beneficioso funcionamiento —manifestó Scrooge—. Me alegra mucho oír que no ha sido así.

—Bajo la impresión de que tales instituciones apenas proporcionan consuelo cristiano a las almas o a los cuerpos de las gentes —prosiguió el caballero—, algunos de nosotros estamos intentando recaudar fondos para comprar a los pobres alimentos, bebidas y medios para calentarse. Hemos elegido esta época porque, entre todas las del año, es aquella en que la necesidad se siente con más agudeza, y la abundancia, con más placer. ¿Qué cantidad desea usted aportar, señor?

—¡Ninguna! —replicó Scrooge.

—¿Desea guardar el anonimato?

—Deseo que me dejen en paz —dijo Scrooge—. Ya que ustedes, señores, me han preguntado lo que deseo, ésa es mi respuesta. Yo no celebro la Navidad; y no voy a pagar para que la celebren gentes desocupadas. Contribuyo al mantenimiento de las instituciones que he mencionado: me cuestan bastante dinero. Quienes se encuentren en mala situación económica, que recurran a ellas.

—Muchos no pueden ir a ellas; y otros preferirían morirse antes que ir.

—Si prefieren morirse —dijo Scrooge—, es mejor que lo hagan, y así disminuirá el exceso de población[28]. Además, discúlpenme, yo no sé nada de esas cosas.

—Pero podría saberlo —observó el caballero.

—No es asunto mío —replicó Scrooge—. A cada hombre le basta con velar por sus propios asuntos y no meterse en los ajenos. Los míos me tienen constantemente ocupado. ¡Buenas tardes, caballeros!

Viendo claramente que sería vano insistir en sus pretensiones, los caballeros se retiraron. Scrooge reanudó su tarea con mejor opinión de sí mismo y con un talante más optimista de lo que era habitual en él.

Entre tanto, la niebla y la oscuridad se habían hecho tan densas que algunos individuos recorrían las calles con chisporroteantes antorchas, ofreciendo sus servicios para ir delante de los caballos de los carruajes y guiarlos por su camino. La antigua torre de la iglesia, cuya áspera y vieja campana parecía estar siempre espiando taimadamente a Scrooge desde la ventana gótica que había en el muro, era ya invisible, y daba las horas y los cuartos en la oscuridad, con trémulos ecos, como si unos dientes castañetearan en su helada cabeza, allá, en las alturas. El frío se hizo más intenso. En la calle principal, doblando la esquina de la plazuela, algunos obreros reparaban las cañerías del gas; habían encendido un gran fuego en un brasero, y a su alrededor se apiñaba un grupo de hombres y muchachos harapientos que se calentaban las manos y parpadeaban, extasiados, ante la hoguera. La boca de riego, abandonada a su soledad y tétricamente revestida de carámbanos, habíase convertido en un misantrópico bloque de hielo. El resplandor de las tiendas, en cuyos escaparates se resquebrajaban las bayas y las ramas de acebo al calor de las lámparas, enrojecía, a su paso, los rostros de los viandantes. Las pollerías y los puestos de comestibles ofrecían una espléndida paradoja: su magnífico aspecto hacía casi imposible creer que tuvieran relación alguna con principios tan prosaicos como los de la compra y venta. El Alcalde, en su fortaleza de la imponente Casa Consistorial, daba órdenes a sus cincuenta cocineros y despenseros para que la Navidad se celebrase como debía celebrarla la familia de un alcalde; y hasta el sastrecillo a quien habían multado con cinco chelines el lunes anterior por estar borracho y armar una trifulca callejera, batía en su buhardilla la masa del pastel que habría de comer al día siguiente, mientras su escuálida mujer y su hijo salían a comprar carne.

¡Más niebla aún, y más frío! Un frío penetrante, agudo, mordiente. Si el bueno de San Dunstan hubiera pellizcado la nariz del Espíritu Maligno con unos dedos tan fríos como el tiempo reinante, en vez de emplear sus armas habituales, a buen seguro que el contundente ataque habríale hecho aullar de dolor[29]. El joven propietario de una chata naricilla, mordisqueada y roída por el hambriento frío como un hueso por un perro, se detuvo ante el ojo de la cerradura de Scrooge para obsequiarle con un villancico. Pero, al oír las primeras notas de:

¡Dios os bendiga, alegre señor,
y nada os aflija!

Scrooge empuñó la regla con tal energía que el cantor huyó despavorido, abandonando el ojo de la cerradura a la niebla y a lo que aún era más similar a Scrooge: la helada.

Llegó, al fin, la hora de cerrar la oficina. Scrooge abandonó de mala gana su taburete y tácitamente hubo de admitir el hecho ante el escribiente, que aguardaba en su cuchitril y que, al momento, apagó su vela de un soplido y se puso el sombrero.

—Supongo que querrá tener libre todo el día de mañana, ¿no? —preguntó Scrooge.

—Si no hay inconveniente, señor.

—Hay inconveniente —dijo Scrooge— y además es injusto. Si le descontara media corona por ello, usted pensaría que cometo un abuso, porque estoy obligado a concederle el día libre, ¿no es así?

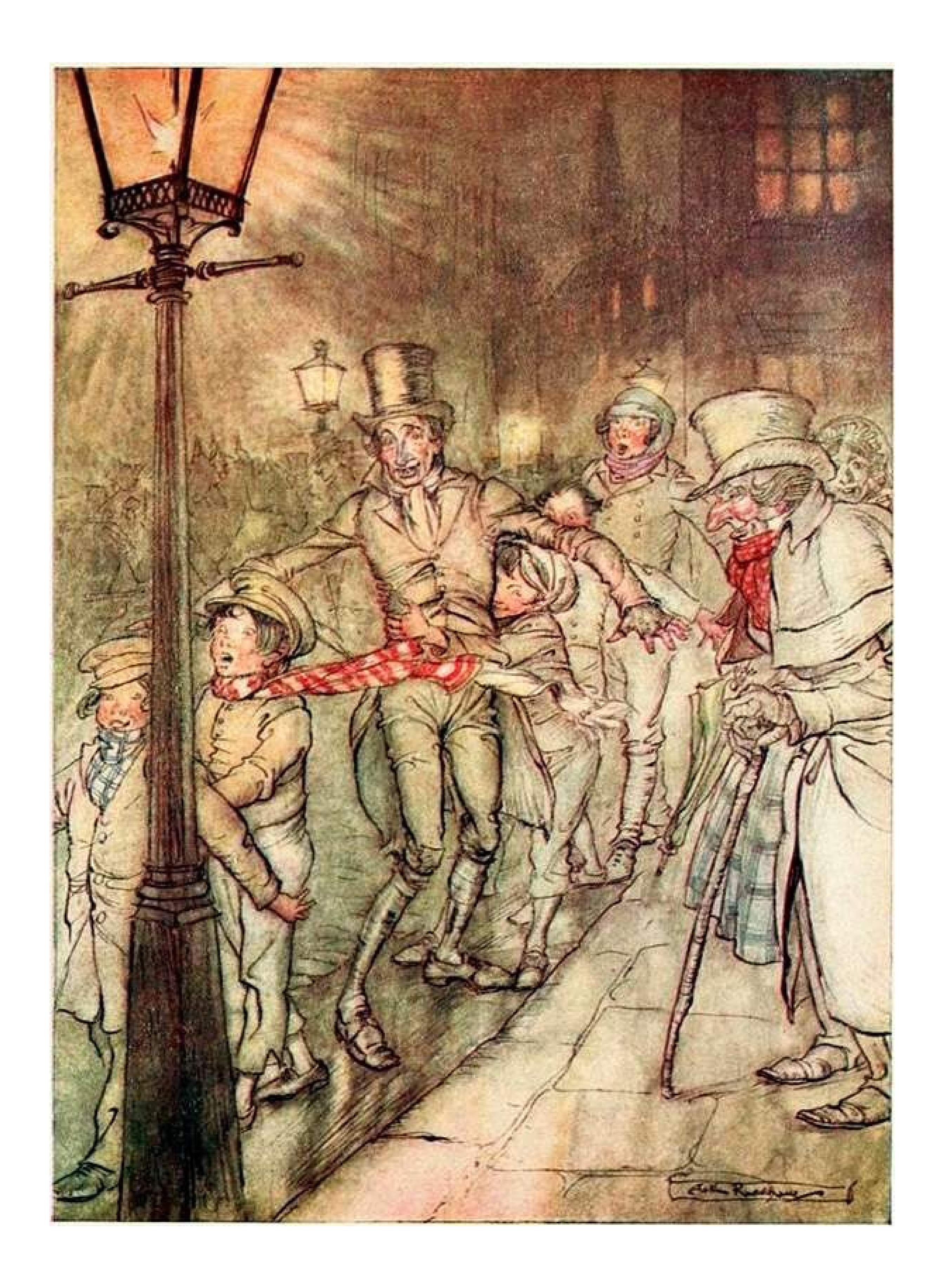
El escribiente sonrió con timidez.

—Y, sin embargo —prosiguió Scrooge—, usted no cree que abusa de mí cuando yo le pago el sueldo de un día por no trabajar.

El escribiente observó que eso era sólo una vez al año.

—¡Bonita excusa para limpiarle a uno el bolsillo cada veinticinco de diciembre! —dijo Scrooge, abotonándose el abrigo hasta la barbilla—. Bueno, supongo que deberá tener mañana el día libre. Pero esté aquí muy temprano a la mañana siguiente[30].

El escribiente prometió que así lo haría; y Scrooge salió, gruñendo. La oficina quedó cerrada en un santiamén; y el escribiente, con las largas puntas de su bufanda colgándole por debajo de la cintura (pues no podía permitirse el lujo de tener un abrigo), bajó, resbalando veinte veces en honor a la Nochebuena, por una helada callejuela lateral de Cornhill[31], tras una hilera de muchachos, y luego corrió hacia su casa, en Camden Town[32], con tanta rapidez como lo permitieron sus fuerzas, para llegar a tiempo de jugar a la gallina ciega.



Scrooge tomó su miserable cena en su habitual y miserable taberna; y, después de leer los periódicos y de pasar el resto de la velada examinando su cuaderno de operaciones bancarias, marchó a su casa, a acostarse. Vivía en unas habitaciones que antaño pertenecieran a su difunto socio. Eran unas habitaciones lúgubres, situadas en la planta baja de un edificio que daba a un patio: un emplazamiento tan absurdo que incluso podría maliciarse que, cuando el edificio aún era joven, había llegado a aquel lugar jugando al escondite con otros inmuebles y había olvidado el camino de salida. Ahora el edificio era ya bastante viejo, y además bastante triste, pues sólo vivía en él Scrooge; los restantes pisos estaban ocupados por oficinas. El patio estaba tan oscuro que hasta el mismo Scrooge, que conocía cada una de sus piedras, tuvo que avanzar a tientas. La niebla y el hielo habíanse adherido de tal modo al viejo y negro portón de la casa, que parecía como si el Genio del Tiempo se hubiera sentado, fúnebre y meditabundo, bajo el umbral.

Pues bien, es indudable que el llamador de la puerta no tenía nada de particular, salvo que era muy grande. También es indudable que Scrooge lo había visto noche y día desde que comenzara a vivir en aquel lugar; e igualmente que Scrooge poseía tan poco de eso que se llama imaginación como cualquier otro hombre de la City[33], incluyendo —y son palabras mayores— al cabildo, a los concejales y a los gremios. Tengamos asimismo en cuenta que Scrooge no había dedicado ni un solo pensamiento a Marley desde que mencionara, aquella misma tarde, que su socio había muerto hacía siete años. Aclarado esto, me gustaría que alguien me explicara, si puede, qué sucedió para que Scrooge, al meter la llave en la cerradura de la puerta, viera en el llamador, sin que éste hubiera sufrido ningún proceso intermedio de cambio, no un aldabón, sino el rostro de Marley.

Sí, el rostro de Marley. Y no rodeado de sombras impenetrables, como los demás objetos que había en el patio, sino aureolado por una luz tétrica, como un bogavante podrido en una bodega oscura. No era colérico, ni feroz, sino que contemplaba a Scrooge como solía hacerlo Marley: con sus fantasmales antiparras colocadas sobre su frente fantasmal. Sus cabellos se movían de una manera extraña, como si los agitase una vaharada o una racha de aire caliente; y, aunque tenía los ojos muy abiertos, estaban completamente inmóviles. Todo esto, unido a la lividez de su piel, hacía que el conjunto fuera horrible; pero, al margen del rostro y como si escapara a su control, el horror parecía más bien hallarse en su expresión.

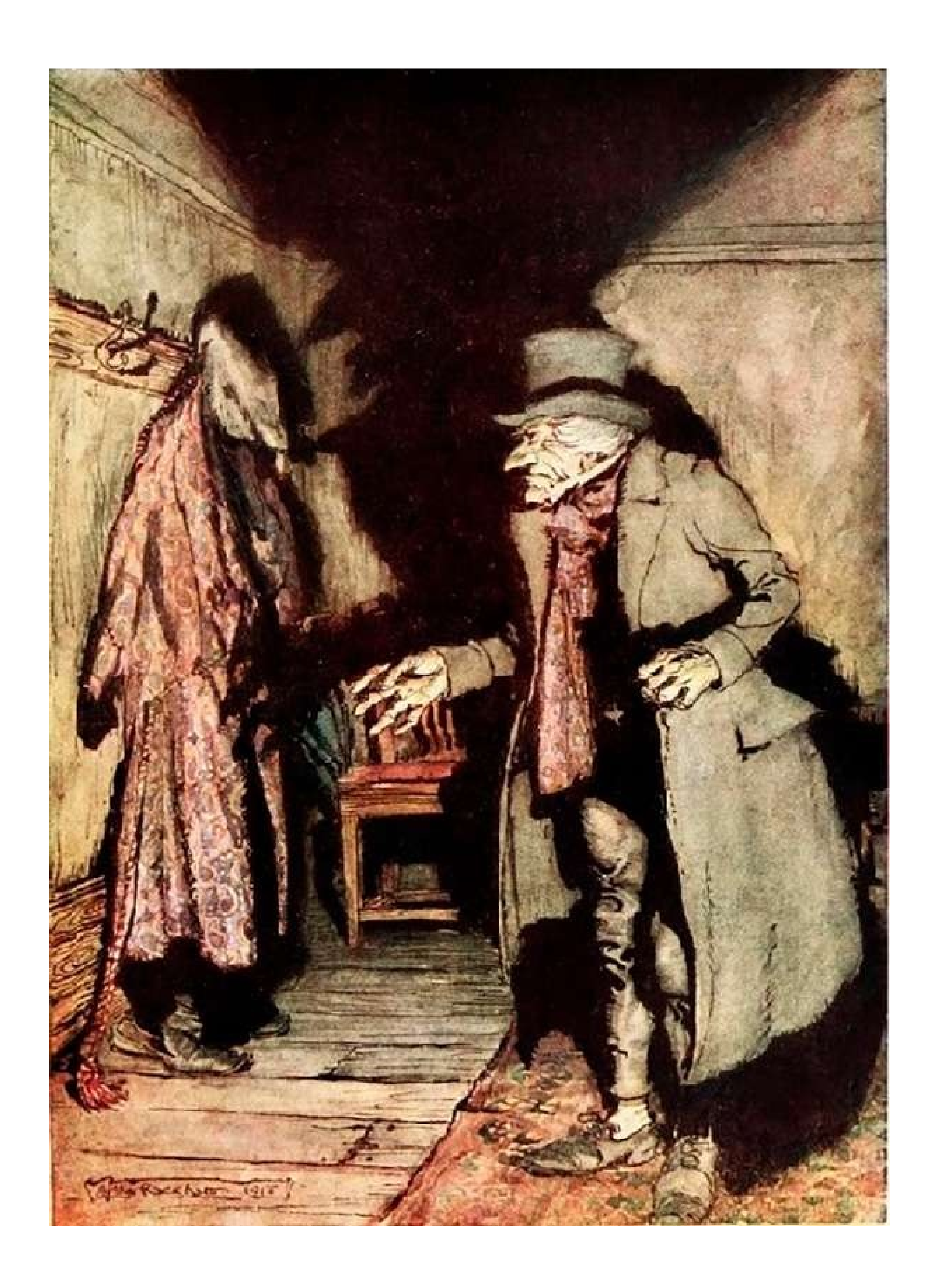
Cuando Scrooge observó con atención este fenómeno, el llamador volvió a ser lo que era.

Afirmar que no se sobresaltó o que su sangre no sufrió una conmoción tan terrible como no había vuelto a sentir desde su infancia, sería mentira. Sin embargo, empuñó la llave que había dejado puesta en la cerradura, la hizo girar bruscamente, entró en la casa y encendió una vela.

Se detuvo, con una momentánea vacilación, antes de cerrar la puerta; y miró cautelosamente detrás de ésta, como si aún esperara verse aterrorizado por la perseverante presencia de los cabellos de Marley en el interior del vestíbulo. Pero no había nada detrás de la puerta, salvo los tornillos y tuercas que sujetaban el llamador. Así que exclamó: «¡Bah! ¡Bah!», y la cerró de un portazo.

El golpe retumbó como un trueno por toda la casa. Cada habitación del piso de arriba y cada tonel almacenado en el sótano del comerciante de vinos parecieron resonar estrepitosamente con ecos propios. Scrooge no era hombre a quien asustaran los ecos. Echó el cerrojo, cruzó el vestíbulo y subió muy lentamente las escaleras, despabilando la vela mientras subía.

Se podría disertar indefinidamente sobre la manera de guiar un carruaje de seis caballos por el anchuroso tramo de una buena y antigua escalera, o a través de una moderna y angosta discusión parlamentaria. No obstante, lo que pretendo decir es que, por aquella escalera, habríase podido conducir un coche fúnebre, e incluso ponerlo atravesado, con el pescante hacia la pared y la portezuela trasera hacia la barandilla: la maniobra hubiera sido fácil. Había espacio sobrante en aquel lugar; quizás fue ésta la razón por la que Scrooge creyó ver una comitiva fúnebre precediéndolo en la oscuridad. Media docena de farolas callejeras no hubieran iluminado suficientemente aquel vestíbulo; de modo que cabe suponer que, con la vela de Scrooge, estaba bastante oscuro.



Scrooge continuó subiendo sin preocuparse ni una pizca por ello: la oscuridad es barata, y eso le agradaba a Scrooge. Sin embargo, antes de cerrar la pesada puerta del piso superior, recorrió las habitaciones a fin de comprobar que todo estaba en orden. Tenía demasiado reciente la presencia del rostro en el llamador para obrar de ese modo.

Gabinete, dormitorio, cuarto trastero: todos ellos estaban como debían estar. Nadie debajo de la mesa, nadie bajo el sofá; un débil fuego en la chimenea; el tazón y la cuchara, a mano; y la cacerola de gachas[34] (Scrooge tenía catarro), en el interior del hogar. Nadie debajo de la cama; nadie en el armario; nadie dentro de su bata, que colgaba de la pared en actitud sospechosa. El cuarto trastero, como siempre: el viejo guardafuegos, los zapatos viejos, dos cestas de pescador, un lavabo de tres patas y un atizador.

Completamente tranquilizado, cerró la puerta y echó la llave con dos vueltas, lo que no era habitual en él. Así que, una vez asegurado contra toda sorpresa, se quitó la corbata, se puso el batín, las zapatillas y el gorro de dormir y se sentó delante del fuego, para tomarse las gachas.

El fuego era realmente mortecino: inútil en una noche tan cruda. Scrooge se vio obligado a sentarse muy cerca y a inclinarse sobre la llama para obtener una mínima sensación de calor de aquel puñado de combustible. Era una chimenea antigua; construida hacía mucho tiempo por algún comerciante de los Países Bajos, estaba recubierta por innumerables azulejos holandeses decorados con escenas de la Sagrada Escritura. Había allí Caínes y Abeles, hijas del faraón, reinas de Saba, mensajeros angélicos que descendían del cielo sobre nubes semejantes a colchones de plumas, Abrahanes, Baltasares, apóstoles haciéndose a la mar a bordo de diminutas barquichuelas, centenares de figuras capaces de distraer sus pensamientos. Y, sin embargo, el rostro de Marley, muerto hacía siete años, volvía a presentársele y, como la vara del antiguo profeta, se tragaba a las demás efigies[35]. Si cada uno de aquellos lustrosos azulejos hubiera sido originariamente blanco y hubiera poseído la facultad de plasmar en su superficie las dispersas imágenes que poblaban su mente, en cada uno de ellos habría aparecido una representación de la cabeza del viejo Marley.

—¡Paparruchas! —dijo Scrooge, y comenzó a dar vueltas por la habitación.

Después de varias idas y venidas, se sentó nuevamente. Al apoyar la cabeza en el respaldo de la silla, su mirada se posó en una campanilla que colgaba de un rincón del cuarto: una campanilla que nadie usaba y que, con alguna finalidad ahora olvidada, se comunicaba con el piso más alto de la

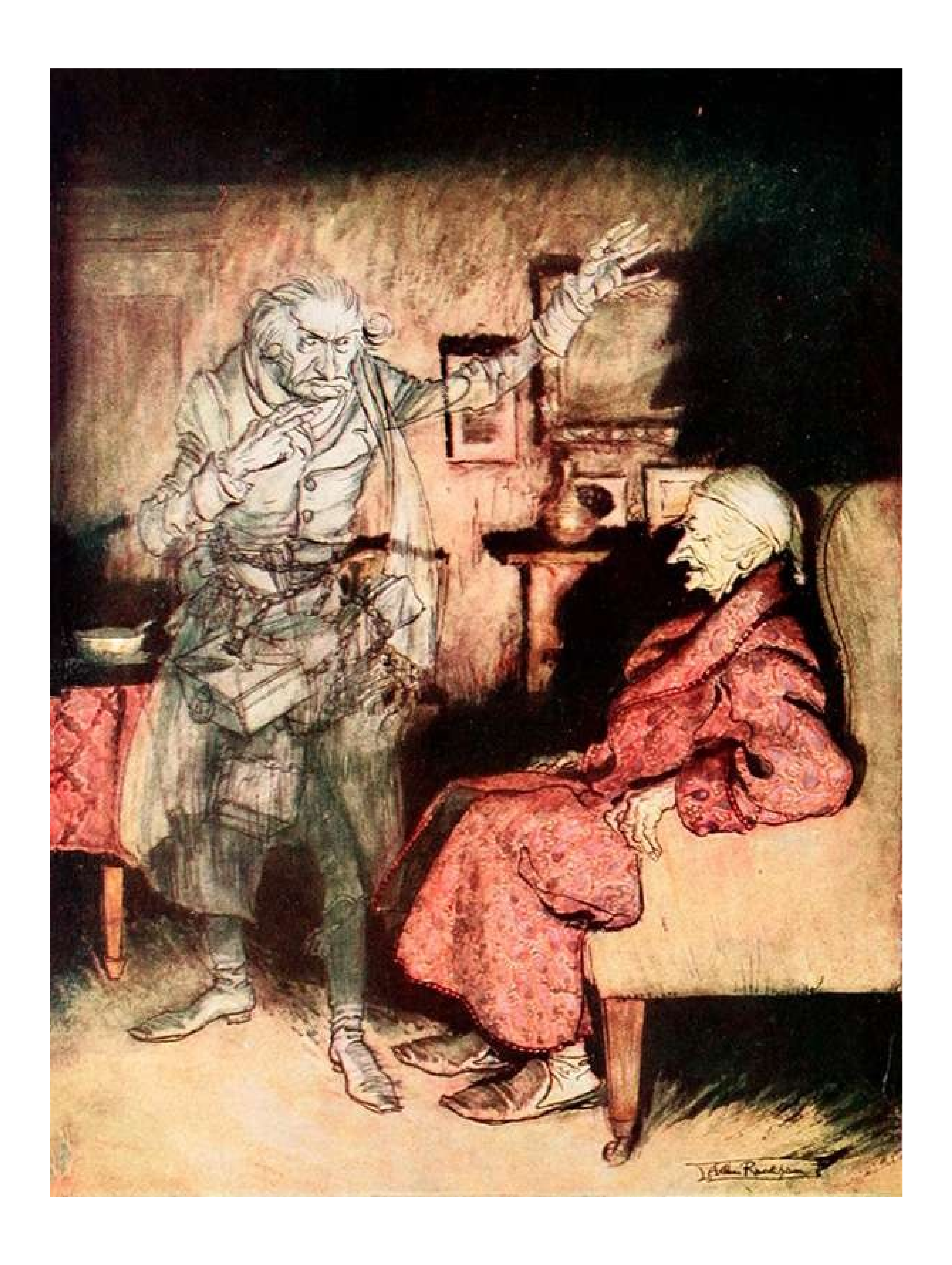
casa. Mientras la miraba, advirtió con gran asombro y con extraño e inexplicable terror que la campanilla empezaba a moverse. Al principio, se movía tan suavemente que apenas producía sonido alguno; pero pronto resonó con fuerza, y lo mismo hicieron todas las campanillas de la casa.

Esto pudo durar medio minuto, o acaso uno, pero a él le pareció una hora. Las campanillas enmudecieron al mismo tiempo, como habían comenzado a sonar. Y a ellas les siguió un ruido estridente que parecía provenir del piso de abajo, como si alguien arrastrara una pesada cadena sobre los barriles que el comerciante de vinos tenía en el sótano. Scrooge recordó entonces haber oído que a los fantasmas de las casas encantadas solía describírseles arrastrando cadenas.

La puerta del sótano se abrió con un ruido fragoroso. Oyó, luego, que el ruido aumentaba en el piso de abajo, ascendía después por las escaleras y se encaminaba, al fin, directamente hacia la puerta de su habitación.

—¡Sólo son paparruchas! —dijo Scrooge—. ¡No quiero creer en ellas!

Pero el color de su piel se demudó cuando, sin mediar pausa alguna, el ruido atravesó la maciza puerta y penetró en la habitación, ante sus propios ojos. Al irrumpir en el cuarto, la agonizante llama de la vela creció, impetuosa, como si gritara: «¡Lo conozco! ¡Es el espectro de Marley!», y volvió a reducirse.



La misma, la mismísima cara. Marley con su coleta, su chaleco de siempre, su calzón corto y sus botas, cuyas borlas se balanceaban al igual que la coleta, los faldones de su levita y los pelos de su cabeza. La cadena que arrastraba le ceñía la cintura. Era muy larga, se enroscaba en torno a él como un gran rabo y estaba formada (pues Scrooge la vio de cerca) por cajas fuertes, llaves, candados, libros de contabilidad, escrituras y pesados talegos de malla metálica.

Su cuerpo era transparente; de modo que Scrooge, observándolo y mirando a través del chaleco, podía ver los dos botones traseros de su levita.

Scrooge había oído decir a menudo que Marley no tenía entrañas; pero nunca lo había creído hasta entonces.

No, ni aun ahora lo creía. Aunque contemplaba al espectro de arriba abajo y lo veía plantado ante él; aunque sentía la desapacible influencia de sus ojos glaciales; y aunque veía el tejido del pañuelo doblado que rodeaba su cráneo y su barbilla, envoltura de la que no se había percatado antes, persistió en su incredulidad y luchó contra sus sentidos.

—Y bien —dijo Scrooge, cáustico y frío como siempre—, ¿qué quieres de mí?

—¡Mucho!

Era la voz de Marley, no había duda.

—¿Quién eres?

—Pregúntame quién *fui*.

—Entonces, ¿quién *fuiste*? —dijo Scrooge, alzando la voz—. Eres muy quisquilloso para actuar como una sombra.

Iba a decir «para ser una sombra», pero consideró más apropiado cambiar de expresión.

—En vida fui Jacob Marley, tu socio.

—¿Puedes…, puedes sentarte? —preguntó Scrooge, mirándolo dubitativo.

—Sí, puedo.

—Hazlo, pues.

Scrooge había hecho la pregunta porque no sabía si un espectro tan transparente podía estar en condiciones de tomar asiento; y suponía que, en el caso de que ello fuera imposible, podría verse en la necesidad de dar una embarazosa explicación. Pero el espectro se sentó al otro lado de la chimenea, como si estuviera acostumbrado a hacerlo.

—No crees en mí —observó el espectro.

—No —respondió Scrooge.

—¿Qué prueba puedes tener de mi realidad mejor que la de tus sentidos?

—No lo sé —dijo Scrooge.

—¿Por qué dudas de tus sentidos?

—Porque cualquier nimiedad —contestó Scrooge— les afecta. El más ligero trastorno estomacal los engaña. Tú bien puedes ser un trozo de carne mal digerido, una pizca de mostaza, una miaja de queso o un poco de patata a medio asar. Quienquiera que seas, tus huesos provienen más de la olla que del osario[36].

Scrooge no tenía costumbre de contar chistes, ni sentía, en aquel momento, nada que pudiera ser divertido. Lo cierto es que intentaba ser ingenioso para distraer su propia atención y reprimir su terror, porque la voz del espectro le desazonaba hasta la médula.

Scrooge advirtió que, si permanecía un instante más sentado y en silencio, contemplando fijamente aquellos ojos inalterables y vidriosos, perdería su última baza. Era, además, abrumador que el espectro se hallara dotado de su propia atmósfera infernal. Scrooge no podía palparla, pero su existencia era evidente; pues, aunque el espectro estuviera inmóvil, sus cabellos, los faldones de su levita y las borlas de sus botas se agitaban como si recibieran las cálidas bocanadas de un horno.

—¿Ves este mondadientes? —preguntó Scrooge, volviendo rápidamente a la carga por los motivos indicados y deseando apartar de sí, aunque fuera sólo por un segundo, la petrificante mirada de la visión.

—Sí, lo veo —respondió el espectro.

—No estás mirándolo —dijo Scrooge.

—Sin embargo —replicó el espectro—, lo veo.

—¡Bueno! —exclamó Scrooge—. Si me trago eso, pasaré el resto de mis días perseguido por una legión de duendes, todos ellos de mi propia invención. Paparruchas, te digo. ¡Paparruchas!

Al oír esto, el espectro lanzó un grito terrorífico y agitó su cadena con un ruido tan lúgubre y pavoroso, que Scrooge tuvo que agarrarse fuertemente a su silla para no caer al suelo. Pero mucho mayor fue su espanto cuando el fantasma se quitó el vendaje que ceñía su cabeza, como si le produjera calor llevarlo dentro de una casa, y su mandíbula inferior se desplomó sobre su pecho.

Scrooge cayó de rodillas y enlazó sus manos ante su rostro:

—¡Piedad! —dijo—. Horrible aparición, ¿por qué me atormentas?

—Hombre de mente mundana —replicó el espectro—, ¿crees en mí, o no?

—Creo —dijo Scrooge—. Tengo que creer. Pero ¿por qué los espíritus se pasean por la tierra y vienen a visitarme?

—Se exige a cada hombre —contestó el espectro— que su espíritu conviva con sus semejantes y que viaje a lo largo y ancho de este mundo; y, si ese espíritu no lo hace en vida, está obligado a hacerlo después de su muerte. Se le condena a vagar errante por el mundo (¡ay, pobre de mí!) y a presenciar lo que no puede compartir, pero que, de haberlo compartido cuando vivía, le habría hecho alcanzar la felicidad.

El espectro lanzó un nuevo grito, agitó su cadena y retorció sus temblorosas manos.

—Estás encadenado —dijo Scrooge, temblando—. Dime, ¿por qué?

—Llevo la cadena que forjé en vida —respondió el espectro—. Yo mismo la hice, eslabón a eslabón, yarda a yarda; la ceñí por mi propia voluntad, y por mi propia voluntad la llevo. ¿Te extraña su aspecto?

Scrooge temblaba más y más.

—¿O te gustaría saber —prosiguió el espectro— el peso y la longitud de la recia cadena que tú llevas? Hace siete navidades era tan pesada y tan larga como ésta. Desde entonces has seguido trabajando en ella. ¡Ahora es una cadena inmensa!

Scrooge miró a su alrededor, por el suelo, esperando encontrarse rodeado por cincuenta o sesenta brazas de cable de acero; pero no vio nada.

—¡Jacob! —suplicó—. ¡Mi viejo Jacob Marley, dime algo más! ¡Pronuncia una palabra de consuelo, Jacob!

—No puedo darte ningún consuelo —respondió el espectro. El consuelo viene de otras regiones, Ebenezer Scrooge, y lo suministran otros agentes a otra clase de personas. Ni siquiera puedo decirte lo que deseo. Poco más me está permitido. No puedo descansar, no puedo detenerme, no puedo permanecer en parte alguna. Mi espíritu nunca salió de nuestro despacho. ¡Fíjate bien! Mi espíritu jamás franqueó en vida los estrechos límites de nuestro cubil de especuladores. ¡Y ahora me aguardan penosos viajes!



Scrooge tenía la costumbre, cuando se ponía pensativo, de meter las manos en los bolsillos. Reflexionando sobre lo que el espectro le había dicho, hizo lo propio, pero sin levantar la mirada ni incorporarse.

—Debes de habértelo tomado con calma, Jacob —observó Scrooge sin rodeos, pero en tono humilde y deferente.

—¡Con calma! —repitió el espectro.

—Siete años muerto —musitó Scrooge—. Y viajando constantemente, ¿no?

—Todo el tiempo —dijo el espectro—. Sin descanso ni paz. Y con la incesante tortura del remordimiento.

—¿Viajas de prisa? —preguntó Scrooge.

—En alas del viento —replicó el espectro.

—En siete años, debes de haber recorrido gran cantidad de tierras —dijo Scrooge.

El espectro, al oírlo, lanzó otro grito e hizo entrechocar tan espantosamente sus cadenas en el silencio mortal de la noche, que la Guardia[37] hubiera tenido razones sobradas para detenerlo por alteración del orden.

—¡Ay, cautivo, amarrado y doblemente encadenado! —gritó el fantasma —. Has de saber que, para que las criaturas inmortales puedan pasar a la eternidad, deben transcurrir siglos de incesantes esfuerzos antes de que desarrollen todo el bien de que son capaces. ¿Ignoras que cualquier espíritu cristiano que obre humanitariamente en su pequeña esfera de acción, sea ésta la que fuere, advertirá que su vida mortal es demasiado breve para las vastas posibilidades que tiene de ser útil a los demás? Debes saber que ninguna ocasión de arrepentimiento puede enmendar una sola oportunidad desaprovechada de hacer el bien. Y, sin embargo, ¡eso hice yo! ¡Ay, eso hice yo!

—Pero tú siempre fuiste un buen hombre de negocios, Jacob —farfulló Scrooge, que empezaba a aplicarse a sí mismo lo que acababa de decir.

—¡Negocios! —gritó el espectro, retorciendo nuevamente sus manos—. Hice negocio con la humanidad entera. Hice negocio con el bien común. La caridad, la piedad, la clemencia y la benevolencia: con todas ellas hice negocio. ¡Mis operaciones comerciales no fueron sino una gota de agua en el extenso océano de mi negocio!

Levantó la cadena, estirando los brazos, como si ella fuera la causa de todo su infructuoso dolor, y la dejó caer otra vez pesadamente al suelo.

—En esta época del año —continuó el espectro— sufro más que nunca. ¿Por qué anduve entre el hormiguero de mis semejantes con los ojos clavados en el suelo y nunca los elevé hacia esa bendita estrella que condujo a los Magos a una pobre morada? ¿No había acaso pobres moradas a las que hubiera podido conducirme su luz?

Scrooge sintió mayor congoja al oír al espectro hablar de ese modo, y comenzó a temblar exageradamente.

—¡Escúchame! —gritó el espectro—. ¡Mi plazo está a punto de terminar!

—Te escucharé —dijo Scrooge—. Pero no seas duro conmigo. ¡Y no te pongas retórico, Jacob, te lo suplico!

—No puedo explicarte cómo he aparecido ante ti con el aspecto que tú ves. He permanecido invisible a tu lado durante muchos, muchos días.

No era una idea agradable. Scrooge se estremeció y enjugó el sudor de su frente.

—Esta parte de mi penitencia no es fácil de cumplir —prosiguió el espectro—. He venido aquí esta noche para advertirte de que aún tienes una esperanza y una oportunidad de escapar a mi destino. Esperanza y oportunidad que yo puedo procurarte, Ebenezer.

—Siempre fuiste un buen amigo —dijo Scrooge—. ¡Gracias!

—Serás visitado —resumió el fantasma— por tres espíritus.

El semblante de Scrooge se desencajó casi tanto como, poco antes, lo hiciera el del espectro.

—¿Son esas la oportunidad y la esperanza que mencionabas, Jacob?

—Lo son.

—Yo…, yo preferiría que no lo fueran —dijo Scrooge.

—Sin sus visitas —advirtió el espectro—, no podrás tener ninguna esperanza de apartarte de la senda que yo sigo. Aguarda mañana al primero, cuando suene la una.

—¿No podrían venir todos juntos y acabar de una vez, Jacob? —insinuó Scrooge.

—Al segundo, espéralo la noche siguiente, a la misma hora. Al tercero, a la otra noche, cuando haya dejado de vibrar la última campanada de las doce. Ten en cuenta que no volverás a verme; y procura, por tu propia salvación, recordar todo lo que hemos hablado.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, el espectro recogió su pañuelo de la mesa y lo anudó, como antes, alrededor de su cabeza. Scrooge se dio cuenta de ello por el áspero sonido que produjeron sus dientes cuando el vendaje volvió a acoplar las mandíbulas. Se aventuró a levantar de nuevo la

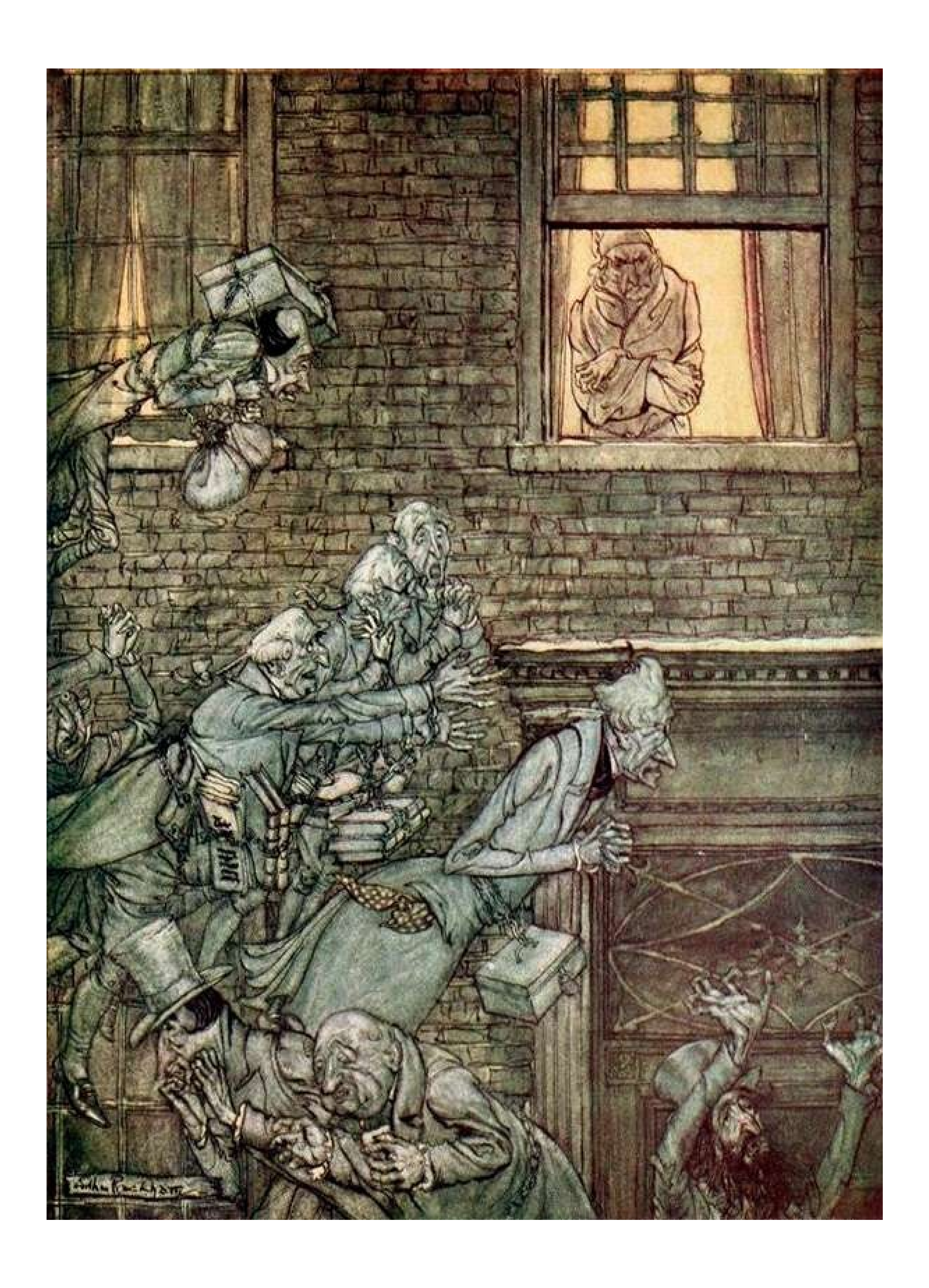
mirada y comprobó que su sobrenatural visitante le observaba en actitud erguida, con su cadena enrollada al brazo.

La aparición se alejó, caminando de espaldas; a cada paso que daba, la ventana se iba abriendo poco a poco por sí misma, de modo que, cuando el espectro hubo llegado hasta ella, estaba abierta de par en par. Hizo señas a Scrooge para que se aproximara, y éste obedeció. Cuando uno y otro se hallaban a dos pasos de distancia, el espectro de Marley alzó su mano, indicándole que no debía avanzar más. Scrooge se detuvo.

Y no tanto por obediencia como por sorpresa y temor; pues, al alzarse la mano del espectro, comenzó a percibir ruidos confusos en el aire: sonidos incoherentes de lamentación y pesar, gemidos indeciblemente penosos y contritos. El espectro, luego de escucharlos un momento, se unió al fúnebre coro; y salió del cuarto, hundiéndose en la gélida, oscura noche.

Apremiado por la curiosidad, Scrooge se acercó a la ventana. Miró al exterior.

El aire estaba lleno de fantasmas que vagaban con incansable celeridad de acá para allá, gimiendo sin cesar. Todos llevaban cadenas, como el espectro de Marley; unos pocos (debían de ser ministros de gobiernos culpables) iban encadenados entre sí; ninguno se hallaba libre de cadenas. A muchos de ellos, Scrooge los había conocido en vida personalmente. Había sido íntimo de un viejo espectro que llevaba un chaleco blanco y una monstruosa caja de caudales atada al tobillo, y que ahora lloraba lastimeramente porque era incapaz de ayudar a una desdichada mujer a quien veía allá abajo, con un niño, en el quicio de una puerta. Todos ellos padecían, evidentemente, la desgracia de pretender intervenir, para bien, en los asuntos humanos, y de haber perdido para siempre la facultad de hacerlo.



Si tales criaturas se desvanecían en la niebla o si la niebla las envolvía, era algo que Scrooge no podía afirmar. Pero el caso es que las criaturas y sus voces fantasmales se desvanecieron simultáneamente; y la noche volvió a ser como había sido cuando él llegó a su casa.

Scrooge cerró la ventana y examinó la puerta por la que había entrado el espectro. Estaba cerrada con doble vuelta de llave, tal como él la había dado, y los cerrojos se encontraban intactos. Intentó decir: «¡Paparruchas!», pero se detuvo en la primera sílaba. Y, sintiendo una gran necesidad de reposo, bien por las emociones que había sufrido, o por las fatigas del día, o por su atisbo del Mundo Invisible, o por la aburrida conversación del espectro, o acaso por lo tardío de la hora, fue directamente a la cama, sin desnudarse, y cayó dormido al instante.



Segunda estrofa

El primero de los tres espíritus



Cuando Scrooge despertó, había tal oscuridad que, al mirar desde la cama, apenas pudo distinguir la transparente ventana de los opacos muros de su dormitorio. Estaba esforzándose en traspasar las tinieblas con sus ojos de hurón cuando el repique de las campanas de una iglesia vecina dio los cuatro cuartos. Así que estuvo atento a que sonase la hora.

Para su mayor sorpresa, las campanadas graves pasaron de las seis a las siete, y de las siete a las ocho, y así, regularmente, hasta las doce; y entonces se detuvieron. ¡Las doce! Eran más de las dos cuando él se había ido a la cama. El reloj estaba equivocado. Algún carámbano de hielo debía de haber caído dentro de la maquinaria. ¡Las doce!

Tocó el resorte de su reloj de repetición, para poner en hora tan absurdo objeto. Sus rápidas y suaves pulsaciones dieron las doce; y luego se detuvo.

«¡Cómo! No es posible —se dijo Scrooge— que haya estado durmiendo un día entero hasta bien entrada la noche. ¡No es posible que algo le haya sucedido al sol y que ahora sean las doce del mediodía!».

Como la idea era alarmante, saltó de la cama y fue a tientas hasta la ventana. Tuvo que frotar el hielo con la manga de su bata antes de que pudiera ver algo; y aun entonces pudo ver muy poco. Todo lo que alcanzaba a distinguir era que aún había mucha niebla y el tiempo seguía siendo extremadamente frío, y que no se percibía el ruido de la gente corriendo de un lado para otro y armando un gran bullicio, como indudablemente habría sucedido si la noche, derrotando al luminoso día, hubiera tomado posesión del mundo. Esto le produjo un gran alivio, porque, si los días no contaran, todo eso de «a tres días vista de esta primera de cambio, pagaré a Mr. Ebenezer Scrooge o a quien él ordene», etcétera, se convertiría en un vulgar título de crédito norteamericano[38].

Scrooge volvió a la cama, y pensó, y pensó, y se lo pensó una y otra y otra vez, y no pudo sacar nada en limpio. Cuanto más pensaba, más perplejo se sentía. El espectro de Marley le preocupaba extraordinariamente. Cada vez que en su fuero interno decidía, después de maduras reflexiones, que todo había sido un sueño, su mente volvía de nuevo, como un resorte suelto, a su posición primitiva y le planteaba sin ambages el mismo problema: «¿Era un sueño, o no?».

En ese estado permaneció Scrooge hasta que las campanas de la iglesia dieron tres cuartos más. De pronto recordó que el espectro le había anunciado una visita para cuando el reloj diese la una. Decidió, pues, continuar despierto hasta que hubiese pasado la hora; y, considerando que le sería tan difícil conciliar el sueño como entrar en el Reino de los Cielos, ésa fue quizás la resolución más prudente que pudo adoptar.

El cuarto de hora se le hizo tan largo que más de una vez llegó a sospechar que debía de haber caído en un sopor inconsciente y olvidado el reloj. Al fin, éste irrumpió en sus atentos oídos:

¡Din, don!

—Y cuarto —contó Scrooge.

¡Din, don!

—Y media —siguió Scrooge.

¡Din, don!

—Menos cuarto —exclamó Scrooge.

¡Din, don!

—¡La una —dijo Scrooge, triunfalmente—, y nada más!

Había hablado antes de que terminara de sonar el reloj, que dio ahora la profunda, hueca, grave, melancólica campanada de la UNA. Relampagueó un instante la luz en la habitación, y las cortinas de su cama se descorrieron.

Las cortinas de su cama fueron descorridas, os lo aseguro, por una mano. Y no las cortinas que colgaban a sus pies, ni las que estaban en la cabecera, sino aquellas hacia las cuales se orientaba su rostro. Las cortinas de la cama se descorrieron; y Scrooge, sobresaltado, se incorporó a medias y se encontró cara a cara con el visitante inmaterial que las había descorrido, tan cerca de él como yo lo estoy ahora de ti, lector (pues me hallo, espiritualmente, a tu lado).

Era una extraña figura, semejante a la de un niño; aunque, más que un niño, parecía un anciano visto a través de algún medio sobrenatural que le diera la apariencia de encontrarse alejado y de haber disminuido hasta adquirir las proporciones de un niño. Sus cabellos, que le caían en torno al

cuello y por la espalda, tenían una blancura senil; y, sin embargo, su rostro carecía de arrugas y su piel mostraba la más tersa lozanía. Sus brazos eran largos y musculosos, y también sus manos, como si poseyeran un vigor fuera de lo común. Al igual que las extremidades superiores, llevaba al descubierto sus piernas y sus pies, más delicadamente formados. Vestía una túnica de inmaculada blancura, y rodeaba su talle un lustroso cinturón cuyo brillo era deslumbrante. Sostenía en su mano una rama fresca de acebo; y, en singular contraste con aquel emblema invernal, su túnica estaba adornada con flores veraniegas. Pero lo más extraño en él era que, de la corona que ceñía su cabeza, brotaba un radiante y claro chorro de luz que lo iluminaba todo; y sin duda por eso, en las ocasiones en que permanecía a oscuras, debía de usar a modo de gorro un gran apagavelas, que ahora llevaba bajo el brazo.

Pero incluso ésta, pensó Scrooge al tiempo que lo examinaba con creciente fijeza, no era su cualidad más extraña. Pues, así como el cinturón chispeaba y resplandecía iluminando tan pronto un lugar como otro, y lo que en un momento brillaba, al instante se oscurecía, así también fluctuaba la claridad de la propia figura: y ahora era algo con un solo brazo, y luego con una sola pierna, y después con veinte piernas, o con dos piernas y sin cabeza, o bien una cabeza sin cuerpo; y de esas partes que se desvanecían, no quedaba visible ni una silueta en la densa oscuridad que las engullía. Y lo más prodigioso de todo era que la misma figura volvía nuevamente a aparecer, tan nítida y clara como antes.

—¿Eres el espíritu cuya visita me fue anunciada? —preguntó Scrooge.

—¡Lo soy!

Su voz era suave y dulce. Singularmente débil, como si, en vez de estar tan cerca de él, se hallara a gran distancia.

—¿Quién y qué eres tú? —siguió preguntando Scrooge.

—Soy el espíritu de las navidades pasadas.

—¿Las de hace mucho tiempo? —indagó Scrooge, observando su minúscula estatura.

—No. Las tuyas.

Tal vez, si alguien se lo hubiera preguntado, Scrooge no habría podido explicarlo. Pero tenía un especial antojo por ver al espíritu con el gorro puesto; y le suplicó que se cubriera.

—¡Cómo! —exclamó el fantasma—. ¿Tan pronto quieres apagar, con tus manos terrenales, la luz que brota de mí? ¿No te basta con ser uno de esos cuyas pasiones han contribuido a formar este gorro y a obligarme a llevarlo calado hasta las cejas durante años y años?

Scrooge rechazó respetuosamente toda intención de ofenderlo o de haber deseado voluntariamente «ensombrerar»[39] al espíritu en algún momento de su vida. Luego se arriesgó a preguntarle qué asuntos le traían por allí.

—¡Tu propio bien! —dijo el espectro.

Scrooge manifestó su agradecimiento; pero no pudo dejar de pensar que una noche de descanso ininterrumpido hubiera sido más conveniente para su bienestar. El espíritu debió de oír sus pensamientos, pues inmediatamente dijo:

—¡Y aún te quejas! ¡Ten cuidado!

Extendió, mientras hablaba, su poderosa mano y asióle suavemente por el brazo:

—¡Levántate! ¡Y ven conmigo!

Habría sido en vano que Scrooge alegara que ni el tiempo ni la hora eran adecuados para invitarle a dar un paseo; que su cama estaba caliente y el termómetro marcaba muchos grados bajo cero; que él iba muy ligeramente vestido con sus zapatillas, su bata y su gorro de dormir; y que en aquel momento se encontraba resfriado. La fuerza de aquella mano, aunque suave como la de una mujer, era irresistible. Se incorporó; pero, advirtiendo que el espíritu se dirigía hacia la ventana, se agarró, suplicante, a su túnica.

—Soy un mortal —arguyó Scrooge— y estoy expuesto a caer.

—Permite que mi mano te toque *ahí* —dijo el espíritu, colocándola sobre el corazón de Scrooge—, y te hallarás exento de peligros mayores.

Mientras pronunciaba estas palabras, ambos atravesaron la pared y, de repente, se encontraron en una carretera, en pleno campo, con sembrados a uno y otro lado. La ciudad se había esfumado por completo; no se veía el menor vestigio de ella. La oscuridad y la niebla habíanse desvanecido también, pues hacía un luminoso y fresco día de invierno, y la nieve cubría el suelo.

—¡Santo cielo! —dijo Scrooge, enlazando las manos y mirando a su alrededor—. Yo me crié en este lugar. ¡Aquí viví de niño!

El espíritu le contempló con benevolencia. Su dulce contacto, aunque había sido leve e instantáneo, parecía ejercer aún su influencia sobre los sentimientos de ternura del anciano. Scrooge percibía miles de olores flotando en el aire, cada uno de ellos vinculado a miles de pensamientos y esperanzas y ansiedades y gozos olvidados hacía mucho, mucho tiempo.

—Tus labios están temblando —dijo el espectro—. Y, ¿qué es eso que tienes en la mejilla?

Scrooge murmuró, con un inusitado temblor de voz, que era un grano; y rogó al espectro que le llevara a donde él quisiera.

—¿Te acuerdas del camino? —inquirió el espíritu.

—¡Que si me acuerdo! —exclamó Scrooge con vehemencia—. Podría recorrerlo a ciegas.

—¡Es extraño que lo tuvieras olvidado durante tantos años! —observó el espectro—. Sigamos.

Continuaron por el camino. Scrooge reconocía cada puerta, cada poste, cada árbol; hasta que, al fin, apareció a lo lejos una pequeña villa comercial con su puente, su iglesia y su sinuoso río. Varios muchachos trotaban hacia ellos a lomos de caballitos lanudos, y bromeaban con otros muchachos que iban en rústicas calesas y carros guiados por campesinos. Todos aquellos muchachos parecían estar de muy buen humor y se gritaban entre sí, llenando de tal modo los campos con la alegre música de sus voces que hasta el fresco aire se regocijaba al oírlas.

—No son más que sombras de lo que fueron —advirtió el espectro—. No pueden darse cuenta de nuestra presencia.

Los bulliciosos viajeros seguían avanzando; y, a medida que se acercaban, Scrooge fue reconociendo a cada uno de ellos por su nombre. ¿Por qué sentía, al verlos, una alegría sin límites? ¿Por qué, mientras pasaban, brillaron sus ojos fríos y latió con fuerza su corazón? ¿Por qué le llenó de gozo oír que se deseaban mutuamente unas felices navidades al separarse en los desvíos y encrucijadas, camino de sus casas respectivas? Y, sin embargo, ¿qué eran para Scrooge unas felices navidades? ¡Fuera con las navidades! ¿Qué beneficios le habían proporcionado?

—La escuela no está del todo desierta —dijo el espectro—. Un niño solitario, abandonado por sus compañeros, se encuentra todavía en ella.

Scrooge respondió que ya lo sabía. Y sollozó.

Dejaron el camino principal para tomar un sendero que Scrooge recordaba muy bien, y pronto se acercaron a una mansión de oscuro ladrillo rojo en cuyo tejado había un pequeño campanario en forma de cúpula, coronado por una veleta. Era un gran caserón, pero menoscabado por algún signo adverso, pues las espaciosas dependencias se hallaban en desuso, las paredes estaban húmedas y mohosas, las ventanas rotas y las puertas carcomidas.

Las aves de corral cloqueaban y se pavoneaban en los establos; y las cocheras y los cobertizos estaban invadidos por la hierba. No había, en el interior, rastros de su estado primitivo; pues, al entrar en el sombrío vestíbulo y echar una ojeada a través de las puertas abiertas de la mayoría de las

habitaciones, las encontraron pobremente amuebladas, frías e inmensas. Flotaba en el aire un olor a tierra, y había en aquel lugar una gélida desolación que, de algún modo, le hacía a uno conjeturar que allí se madrugaba demasiado y no precisamente para comer.

A través del vestíbulo, el espectro y Scrooge fueron hasta una puerta de la zona trasera de la casa. La puerta se abrió ante ellos y les permitió ver una estancia alargada, desnuda y melancólica, cuya desnudez acentuaban varias hileras de pupitres y bancos corridos de madera. En uno de aquellos pupitres, cerca de un débil fuego, estaba leyendo un muchacho solitario; y Scrooge, sentándose en un banco, lloró al verse a sí mismo, pobre niño olvidado, tal y como había solido ser en su infancia.

Y no es que los ecos latentes en la casa, o el chillar y deslizarse de los ratones por el artesonado, o el goteo del deshielo en la bomba de agua del oscuro patio trasero, o el suspiro del viento entre las ramas sin hojas del álamo caído, o el perezoso balanceo de la puerta del almacén vacío, o el chisporroteo del fuego, no provocaran una influencia benéfica en el corazón de Scrooge[40]; pues dio rienda suelta a sus lágrimas.

El espíritu le tocó en el brazo y le mostró a él mismo, de niño, embebido en la lectura. Súbitamente, un hombre con exótico atavío, maravillosamente real y perceptible, apareció al otro lado de la ventana, con un hacha al cinto y llevando del ronzal a un asno cargado con leña.

—¡Caramba, si es Alí Babá! —exclamó Scrooge, embelesado—. ¡Es el querido, viejo y honrado Alí Babá! ¡Sí, sí, lo conozco! Un año, por Navidad, cuando aquel niño solitario se quedó aquí, completamente abandonado, él vino por vez primera, y era igual que ahora. ¡Pobre niño! ¡Y Valentín —continuó Scrooge— y su salvaje hermano Orson[41], ahí van! Y aquel, ¿cómo se llamaba?, a quien dejaron dormido, en calzoncillos, a las puertas de Damasco, ¿no lo ves? Y el criado del Sultán, puesto boca abajo por los genios, ¡ahí está, colocado sobre su cabeza! Le estuvo bien empleado. Me alegro. ¿Quién le mandaba casarse con la princesa[42]?

Oír a Scrooge emplear toda su seriedad natural en comentar tales temas con una voz realmente extraordinaria, entre risueña y llorosa, y ver su rostro alterado y excitado, por supuesto que hubiera sorprendido a sus amigos, hombres de negocios de la City.

—¡Ahí está el loro! —gritó Scrooge—. ¡Ahí está, con su cuerpo verde y su cola amarilla y algo así como una lechuga en lo alto de la cabeza! Pobre Robinson Crusoe, le dijo cuando le vio volver a casa después de haber navegado alrededor de la isla: «Pobre Robin Crusoe, ¿dónde has estado,

Robin Crusoe?». El buen hombre creía estar soñando, pero no era así. Era el loro, ¿sabes? ¡Ahí va Viernes, corriendo hacia la caleta para salvar su vida[43]! ¡Hala! ¡Corre! ¡Hala!

Entonces, con una rápida transición muy ajena a su carácter habitual, dijo, apiadándose de su propia niñez: «¡Pobre chico!», y de nuevo se echó a llorar.

—Desearía… —murmuró Scrooge, metiendo la mano en el bolsillo y mirando a su alrededor, después de haber secado sus ojos con la bocamanga—; pero ya es demasiado tarde.

—¿Qué sucede? —preguntó el espíritu.

—Nada —respondió Scrooge—, nada. Un niño cantaba anoche un villancico a la puerta de mi casa. Me gustaría haberle dado algo. Eso es todo.

El espectro sonrió pensativamente y movió la mano al tiempo que decía:

—¡Veamos otra Navidad!

Al pronunciar estas palabras, la figura infantil de Scrooge aumentó de tamaño, y la habitación se tornó un poco más oscura y más sucia. Los entrepaños se arrugaron, crujieron las ventanas, cayeron del techo trozos de yeso, y las vigas quedaron al descubierto; pero Scrooge no sabía mejor que tú, lector, cómo podía haber sucedido todo eso. Sólo sabía que era completamente real; que todo había sucedido así; que él se encontraba allí, solo otra vez, mientras los demás muchachos se habían ido a sus casas a disfrutar de las vacaciones.

Ahora no estaba leyendo, sino paseando arriba y abajo con desesperación. Scrooge observó al espectro y, sacudiendo tristemente la cabeza, miró con ansiedad hacia la puerta.

Ésta se abrió; y una niña, mucho más pequeña que el muchacho, entró precipitadamente y, echándole los brazos al cuello y besándolo una y otra vez, se dirigió a él, diciéndole: «Querido, querido hermano».

—¡He venido para llevarte a casa, mi querido hermano! —exclamó la niña, palmeando con sus manitas y retorciéndose de risa—. ¡Para llevarte a casa, a casa, a casa!

—¿A casa, Fan? —replicó el muchacho.

—¡Sí! —dijo la pequeña, rebosante de gozo—. A casa, de una vez para siempre. Papá está mucho más amable de lo que solía estar, y nuestra casa es como la gloria. Una bendita noche, cuando me iba a acostar, me habló tan cariñosamente que no tuve miedo de preguntarle una vez más si podías venir a casa; y dijo que sí, que vinieras; y me ha enviado en un coche a buscarte. ¡Y vas a ser un hombre! —prosiguió la niña, abriendo mucho los ojos—. Y

nunca más tendrás que volver aquí. Pero lo que importa es que vamos a pasar juntos todas las navidades; será la época más feliz de nuestra vida.

—¡Eres ya una mujer, mi pequeña Fan! —exclamó el muchacho.

Ella palmoteo y rió, e intentó alcanzar la cabeza de su hermano; pero era demasiado pequeña. Volvió a reír y se puso de puntillas para abrazarlo. Luego comenzó a tirar de él, con su vehemencia infantil, hacia la puerta; y él se dejó llevar sin oponer resistencia.

Una voz terrible gritó en el vestíbulo: «¡Traed aquí el baúl del señorito Scrooge!»; y apareció el maestro en persona. Miró al señorito Scrooge con feroz condescendencia y le sumió en una medrosa turbación al estrecharle la mano. Condujo luego al muchacho y a su hermana al más vetusto y escalofriante recibidor que jamás se haya visto, en el que los mapas colgados de la pared y los globos celestes y terráqueos situados en las ventanas parecían ateridos de frío. Sacó una garrafa de vino excesivamente aguado y un trozo de pastel excesivamente duro, y ofreció a ambos niños sendas dosis de tales gollerías;



al mismo tiempo, envió a un escuálido sirviente a ofrecer un vaso de «algo» al cochero, quien respondió que daba las gracias al señor, pero que, si era del mismo barril que había probado en ocasiones anteriores, prefería no tomar nada. Entre tanto, el baúl del señorito Scrooge había sido colocado en lo alto del carruaje. Los niños se despidieron de muy buena gana del maestro

y, montando en el coche, atravesaron alegremente el jardín: las veloces ruedas levantaron salpicaduras del hielo y la nieve que cubrían las oscuras hojas de las siemprevivas.

—Siempre fue una delicada criatura a la que un soplo de aire podía marchitar —dijo el espectro—. ¡Pero tenía un gran corazón!

—Así era —exclamó Scrooge—. Tienes razón. No voy a contradecirte, espíritu, Dios me libre de hacerlo.

—Murió siendo ya mujer —continuó el espectro— y, según creo, tuvo hijos.

—Un niño —repuso Scrooge.

—Cierto —dijo el espectro—. ¡Tu sobrino!

Scrooge parecía desasosegado, y contestó lacónicamente:

—Sí.

Aunque sólo hacía un instante que habían dejado atrás la escuela, se encontraban ahora en las bulliciosas calles de una ciudad, por las que iban y venían imprecisos transeúntes, borrosos coches y carruajes que pugnaban por abrirse paso, y en las que reinaban el ajetreo y el tumulto de una verdadera ciudad. No cabía duda, por el aspecto de las tiendas, de que allí también se celebraban las navidades; pero había anochecido, y las calles estaban iluminadas.

El espectro se detuvo ante la puerta de un almacén y preguntó a Scrooge si lo conocía.

—¡Conocerlo! —dijo Scrooge—. ¡Yo fui aprendiz aquí!

Entraron. Al ver a un anciano con una «peluca galesa»[44], sentado detrás de un pupitre tan alto que, si hubiera medido dos pulgadas más, habría golpeado el techo con su cabeza, Scrooge, muy excitado, gritó:

—¡Pero si es el viejo Fezziwig! ¡Bendito sea: es Fezziwig vivo otra vez!

El viejo Fezziwig dejó la pluma y miró al reloj, que señalaba las siete. Se frotó las manos, se ajustó el holgado abrigo, se estremeció de risa desde los zapatos hasta el órgano de su benevolencia[45], y exclamó con voz gruesa, tranquila, agradable, potente y jovial:

—¡Eh, vosotros! ¡Ebenezer! ¡Dick!

La figura de Scrooge, ahora transformado en un joven, entró sin demora, acompañada por la del otro aprendiz.

—¡Dick Williams, estoy seguro! —dijo Scrooge al espectro—. Dios me bendiga, sí. Ahí está. Me tenía mucho cariño. ¡Pobre Dick! ¡Querido, querido Dick!

—¡Ea, muchachos! —dijo Fezziwig—. Se acabó el trabajo por hoy. Es Nochebuena, Dick. ¡Navidad, Ebenezer! ¡Echemos los postigos —gritó, dando una seca palmada— antes de que alguien diga amén[46]!

¡Fue increíble la rapidez con que los dos muchachos se pusieron manos a la obra! Cargaron con los postigos y salieron a la calle —un, dos, tres—, los colocaron en su sitio —cuatro, cinco, seis—, pusieron las barras y las sujetaron —siete, ocho, nueve— y volvieron a entrar, jadeando como caballos de carreras, antes de que se hubiera podido contar hasta doce.

—¡Ajajá! —exclamó el viejo Fezziwig, saltando de su pupitre con sorprendente agilidad—. Quitemos estorbos, muchachos, y dejemos sitio libre. ¡Adelante, Dick! ¡Vamos, Ebenezer!

¡Quitar estorbos! No hubo nada que pudieran quitar y no quitaran bajo la mirada del viejo Fezziwig. Todo se hizo en un minuto. Arrinconaron todos los muebles, como si los apartaran para siempre de la vida pública; barrieron y fregaron el suelo, despabilaron las lámparas, echaron combustible en la chimenea; y el almacén quedó transformado en un salón de baile tan apañado, limpio, cálido y brillante como pudiera desearse en una noche de invierno.

Llegó un violinista con sus partituras, subióse al elevado pupitre y, convirtiéndolo en un tablado de orquesta, comenzó a afinar su instrumento, que sonó como si maullaran cincuenta gatos. Llegó, toda sonrisas, la señora Fezziwig. Llegaron las tres señoritas Fezziwig, radiantes y encantadoras. Llegaron los seis jóvenes galanteadores que por ellas tenían partido el corazón. Llegaron todos los muchachos y muchachas empleados en el negocio. Llegó la criada, con su primo, el panadero. Llegó la cocinera, con el lechero, íntimo amigo de su hermano. Llegó el lacayo de enfrente, del cual se sospechaba que no recibía suficiente alimentación en casa de su amo, intentando esconderse detrás de la doncella de una mansión vecina, a quien, según se aseguraba, su señora tiraba de las orejas. Entraron todos, uno tras otro; tímidamente algunos, descaradamente otros, con donosura éstos, con torpeza aquéllos, dando empujones o dejándose arrastrar: el caso es que, de una u otra manera, todos entraron. Y, apenas hubieron llegado, formaron en el acto veinte parejas de baile. Avanzó, en círculo, la mitad, y luego retrocedió. Atrás los de en medio, y adelante otra vez. Vueltas y más vueltas, agrupándose unos y otros de acuerdo con sus simpatías. La pareja que había iniciado el baile giró en un lugar equivocado; una nueva pareja, al llegar a ese punto, pretendió ocupar la cabecera de la danza; al fin, todas las parejas hicieron lo propio, en vez de secundar a aquéllas. Cuando se hubo alcanzado ese resultado, el viejo Fezziwig, dando palmadas para interrumpir el baile,

gritó: «¡Muy bien hecho!», y el violinista hundió su rostro en una jarra de cerveza negra, especialmente suministrada para ese fin. Pero, anteponiendo al descanso su anhelo de reaparecer, volvió inmediatamente a tocar, aunque ya no había bailarines, como si el violinista primitivo hubiera sido llevado a su casa, exhausto, sin concluir su tarea, y él fuera un ser enteramente nuevo, dispuesto a superar al desaparecido o a morir en el empeño.

Hubo más bailes, y juegos de prendas, y nuevos bailes, y una tarta, y sangría, y un gran trozo de rosbif, y otro de fiambre, y pasteles de carne picada, y cerveza en abundancia. Pero el gran acontecimiento de la noche vino después del rosbif y del fiambre, cuando el violinista (un tipo habilidoso: esa clase de hombre que conoce su oficio mejor de lo que pueda decirse) empezó a tocar «Sir Roger de Coverley»[47]. Entonces, el viejo Fezziwig salió a bailar con la señora Fezziwig. Se colocaron a la cabecera de la danza, lo que, para ellos, suponía un notable esfuerzo, pues había veintitrés o veinticuatro parejas: gentes que no se lo tomaban a broma y que pretendían bailar sin tener noción de caminar.

Pero, aunque hubiera sido doble el número de parejas, o cuádruple, el viejo Fezziwig habría sido un buen contrincante para aquéllas, y también la señora Fezziwig, que era digna de ser su compañera en todos los sentidos de la palabra. Si esto no es un elogio supremo, decidme otro, y lo usaré. Un verdadero fulgor parecía brotar de las pantorrillas de Fezziwig. Brillaban como lunas en todas las partes de la danza. No se hubiera podido predecir, en un momento dado, dónde estarían en el siguiente. Y cuando el viejo Fezziwig y la señora Fezziwig hubieron hecho todos los movimientos de la danza —avance y retroceso, cogerse de la mano, reverencia y cortesía, espiral, trenzado y regreso a su sitio—, Fezziwig «cortó»[48]; cortó con tal destreza que sus piernas parecían pestañear, y cayó de nuevo sobre los pies sin tambalearse.



Cuando el reloj dio las once, terminó este baile doméstico. El señor y la señora Fezziwig tomaron posiciones, uno a cada lado de la puerta, y estrecharon la mano de quienes iban saliendo, al tiempo que les deseaban unas felices Pascuas. Cuando todos se hubieron retirado, salvo los dos aprendices, hicieron lo mismo con éstos; y de ese modo se apagaron las alegres voces, y los dos muchachos se fueron a sus camastros, que estaban debajo del mostrador de la trastienda.

Durante todo ese tiempo, Scrooge había actuado como un hombre que estuviese fuera de sí. Su corazón y su alma estaban presentes, con su figura de antaño, en aquella escena. Corroboró todo, recordó todo, disfrutó de todo y experimentó la más singular agitación. Y hasta que los radiantes rostros de Dick y de sí mismo no se hubieron dado la vuelta, no se acordó del espectro; entonces se percató de que estaba observándole, mientras la luz de su cabeza refulgía con claridad.

Bien poca cosa —dijo el espectro— para que estas cándidas gentes se muestren tan llenas de gratitud.

—¡Poca cosa! —repitió, como un eco, Scrooge.

El espíritu le hizo señas para que escuchara a los dos aprendices, que volcaban sus corazones en elogios a Fezziwig; y después le dijo:

—¡Cómo! ¿No te parece poca cosa? No ha gastado más que unas pocas libras de vuestro dinero terrenal: tres o cuatro libras, quizá. ¿Merece eso tanto elogio?

—No es eso —replicó Scrooge, molesto por la observación y hablando inconscientemente como si fuese el de antaño, no el de ahora—. No es eso, espíritu. Él tiene la posibilidad de hacernos felices o desdichados; de hacer que nuestro trabajo sea agradable o molesto, un placer o un sacrificio. Dirás que esa posibilidad se reduce a palabras y a miradas; a cosas tan ligeras e insignificantes que es imposible sumarlas y contarlas, ¿qué más da? La felicidad que nos proporciona es tan grande como si costara una fortuna.

Sintió la mirada del espectro, y calló.

—¿Qué sucede? —preguntó el espectro.

—Nada de particular —dijo Scrooge.

—Algo sucederá, ¿no? —insistió el espectro.

—No —contestó Scrooge—, no. Me gustaría poder decirle ahora dos palabras a mi escribiente. Eso es todo.

Mientras expresaba este deseo, la figura juvenil de Scrooge apagó la lámpara; y Scrooge y el espectro se encontraron de nuevo juntos al aire libre.

—Mi tiempo es cada vez más corto —observó el espíritu—. ¡Vamos de prisa!

Estas palabras no iban dirigidas a Scrooge ni a nadie que éste pudiera ver; pero produjeron un efecto inmediato. Pues Scrooge se vio nuevamente a sí mismo. Ahora era mayor: un hombre en la flor de la vida. Su rostro no tenía aún las duras y rígidas líneas de años posteriores; pero había comenzado a mostrar los rasgos de la ansiedad y la avaricia. Había en sus ojos una voraz, anhelante, incansable movilidad que delataba la pasión que en él había arraigado y dónde habría de caer la sombra del árbol que en él crecía.

No estaba solo; se hallaba junto a una hermosa muchacha enlutada en cuyos ojos había lágrimas que refulgían bajo la luz que brotaba del espíritu de las navidades pasadas.

—Importa poco —dijo ella, suavemente—. A ti, muy poco. Otro ídolo me ha desplazado; y, si él puede alegrarte y consolarte en el futuro, como yo intentaría hacerlo, no tengo motivo alguno para afligirme.

—¿Qué ídolo te ha desplazado? —replicó él.

—Uno de oro.

—Esa es la imparcialidad con que juzga la gente —exclamó—. No hay nada que desdeñe más que a la pobreza; y nada hay que condene con tanta severidad como el ansia de riqueza.

—Temes demasiado a la opinión ajena —respondió ella, dulcemente—. Todas tus ilusiones se han fundido en la esperanza de estar por encima de esos sórdidos reproches. He visto cómo tus aspiraciones más nobles se han ido desvaneciendo poco a poco hasta quedar dominadas por una sola pasión: ganar dinero. ¿No es así?

—¿Y qué? —objetó él—. Si me he hecho más juicioso, ¿qué tiene de malo? Yo no he cambiado respecto a ti.

Ella movió negativamente la cabeza.

—¿He cambiado?

—Nuestro compromiso es antiguo. Lo hicimos cuando ambos éramos pobres y estábamos contentos de serlo hasta que, un buen día, pudiéramos mejorar de posición gracias a nuestro paciente trabajo. Tú has cambiado. Cuando hiciste ese compromiso, eras otra persona.

—Era un muchacho —dijo él con impaciencia.

—Tus propios sentimientos te dicen que no eres el mismo —replicó ella —. Yo sí lo soy. Lo que nos prometía la felicidad cuando nuestros corazones eran uno solo, es causa de desgracia ahora que son dos. No te diré cuántas

veces y con qué intensidad he pensado en ello. Baste con decirte que lo he pensado y que te libero del compromiso.

—¿Te he pedido yo que me liberes?

—De palabra, no. Nunca.

—Entonces, ¿cómo?

—Cambiando de modo de ser, de espíritu, de atmósfera vital; teniendo otra esperanza como fin supremo. En todo lo que hacía que mi amor fuera algo digno o valioso a tus ojos. Si nada hubiera habido entre nosotros —continuó la muchacha, mirándolo dulcemente, pero con firmeza—, dime, ¿buscarías ahora mi amor e intentarías conquistarme? ¡Ah, no!

Pareció él rendirse, a pesar suyo, a la evidencia de tal suposición. Pero, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Tú no piensas así.

—¡Sería muy feliz si pudiera pensar de otro modo! —contestó ella—. ¡Bien lo sabe Dios! Cuando se conoce una verdad como ésta, se sabe lo fuerte e irresistible que debe ser. Si tú fueras libre hoy, mañana, ayer, ¿podría yo creer que tú, que a fin de cuentas, todo lo mides en dinero, elegirías a una muchacha sin dote? O, aun eligiéndola, si por un momento fueras lo bastante desleal a tus principios para actuar de ese modo, ¿no sé yo que enseguida te arrepentirías y lo lamentarías? Lo sé; y te libero de tu compromiso. De todo corazón. Por amor a aquel que antaño fuiste.

Él estaba a punto de hablar; pero ella, volviendo la cabeza para no mirarlo, prosiguió:

—Acaso esto (el recuerdo del pasado me hace suponerlo así) pueda apenarte. Pero pronto, muy pronto lo echarás en olvido, como si se tratara de un sueño inútil del que tuvieras la suerte de despertar. ¡Que seas feliz en la vida que has elegido!

Ella se alejó. Y ambos se separaron.



—¡Espíritu —dijo Scrooge—, no quiero ver más! Llévame a casa. ¿Por qué gozas atormentándome?

—¡Una escena más! —exclamó el espectro.

—¡No quiero más! —gritó Scrooge—. No más. No deseo verla. ¡No me enseñes ninguna más!

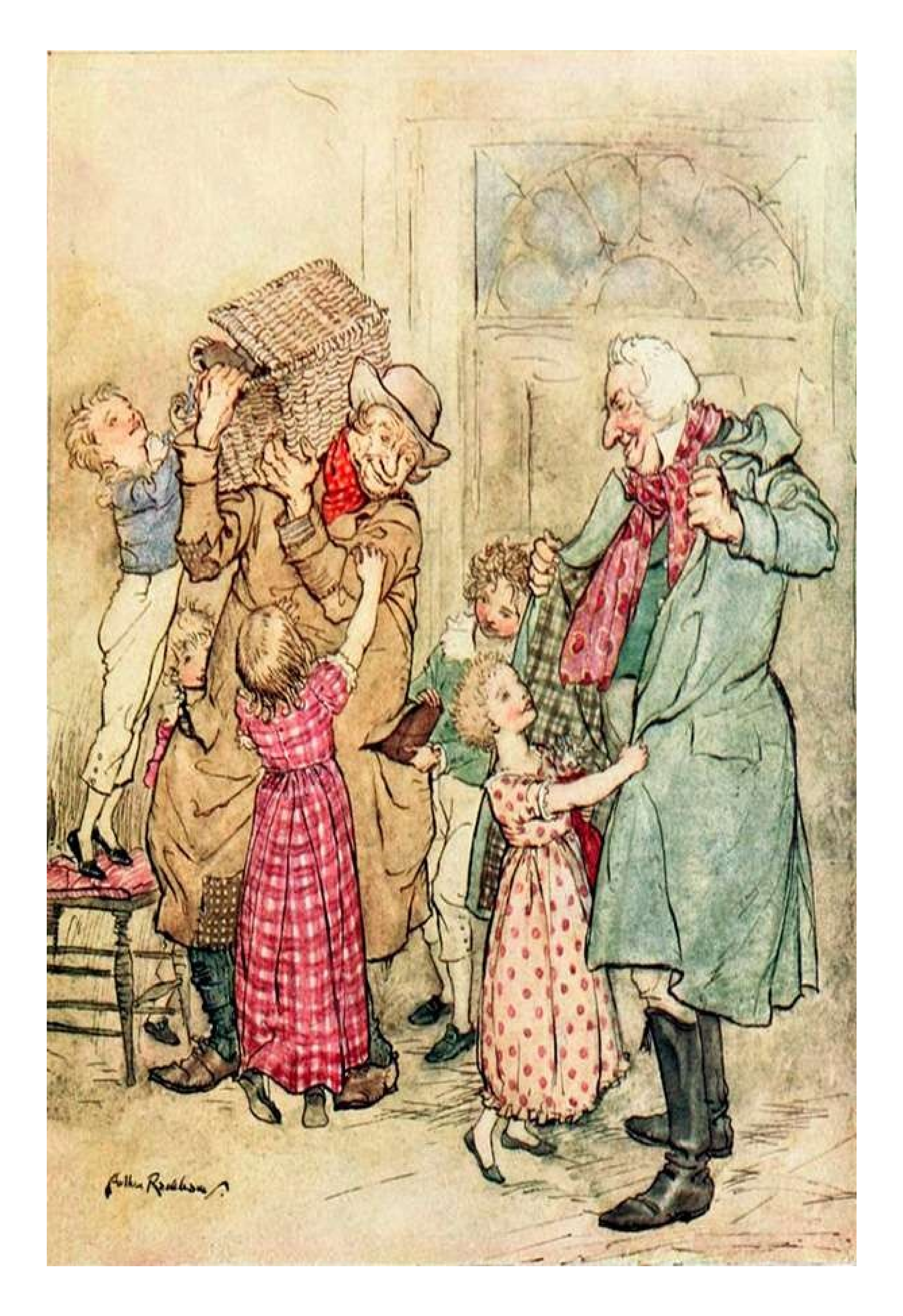
Pero el implacable espectro le sujetó por ambos brazos y le obligó a contemplar lo que sucediera a continuación.

Se encontraban en otro lugar: una habitación no muy grande ni lujosa, pero muy confortable. Junto a la chimenea estaba una hermosa joven, tan parecida a la anterior que Scrooge creyó que era la misma, hasta que la vio, convertida ahora en una gentil madre de familia, sentada frente a su hija. El ruido en dicha habitación era verdaderamente tumultuoso, pues había allí más niños de los que Scrooge, en su estado de agitación mental, era capaz de contar; y, a diferencia del célebre rebaño del poema[49], no eran cuarenta niños comportándose como si fueran uno solo, sino que cada niño se comportaba como cuarenta. Las consecuencias eran más ruidosas de lo que cabe imaginar; pero nadie parecía preocuparse por ello. Al contrario, la madre y la hija reían abiertamente y disfrutaban sobremanera; y, como ésta comenzara muy pronto a intervenir en los juegos, fue atacada sin compasión por los pequeños bandidos. ¡Qué no habría dado yo por ser uno de ellos!

Aunque yo nunca hubiera sido tan brutal, ¡no, no! Ni por todo el oro del mundo hubiera deshecho aquellas trenzas, ni hubiese dado tirones de ellas; nunca me hubiese apoderado de aquel precioso zapatito, ¡válgame Dios!, ni aun para salvar mi vida. En cuanto a medir su cintura, como hacían los miembros de la infantil camada, tampoco lo habría hecho, por temor a que mi brazo fuera castigado a permanecer doblado y nunca más pudiera volver a estirarse. Y, sin embargo, me hubiera gustado, lo admito, rozar tiernamente sus labios con los míos, y hacerle preguntas, para que ella, al contestar, tuviera que abrirlos; contemplar las pestañas de sus ojos entornados sin provocarle rubor alguno; dejar en libertad las ondas de sus cabellos, de los que un solo rizo hubiera sido un inestimable regalo. En una palabra: me hubiera gustado, lo confieso, tomarme todas las ingenuas libertades de un niño y ser, empero, lo suficientemente hombre para saber apreciar su valor.



Pero llamaron a la puerta, e inmediatamente se armó tal barullo que la niña, con la cara sonriente y el peinado deshecho, fue arrastrada hacia el centro de aquel sofocado y bullicioso grupo, justo a tiempo para recibir al padre, que venía a casa acompañado por un hombre cargado de juguetes y regalos de Navidad. ¡Qué griterío hubo entonces, y qué forcejeos, y cómo arremetieron contra el indefenso portador de los regalos! Trepando por las sillas, como si fueran escalas, para poder registrar sus bolsillos, le despojaron de los paquetes de papel ocre, le sujetaron firmemente por la corbata, se abrazaron a su cuello, le aporrearon la espalda y le dieron puntapiés en las piernas como señal de afecto irreprimible. ¡Qué gritos de asombro y placer profirieron a medida que desenvolvían cada paquete! ¡Qué horror cuando alguien anunció que el más pequeño había sido sorprendido en el momento de llevarse a la boca una sartén de una casa de muñecas, habiendo además motivos sobrados para sospechar que se había tragado un pavo de juguete encolado a una bandeja de madera! ¡Qué inmenso alivio al comprobar que había sido una falsa alarma! ¡Qué gozo, qué gratitud, qué éxtasis! Sería imposible describirlos. Baste decir que, poco a poco, los niños y sus emociones fueron saliendo del recibidor, subieron simultáneamente las escaleras hasta el piso superior, se acostaron y, allí, en sus camas, se apaciguaron.



Y ahora Scrooge miró con más atención que nunca al dueño de la casa, que se había sentado junto a la chimenea con su esposa y su hija, a la cual sostenía recostada contra él. Y, cuando pensó que una criatura tan graciosa y prometedora como aquélla podía haberle llamado padre, transformando en primavera el mustio invierno de su vida, se le nublaron los ojos.

—Belle —dijo el marido, volviéndose con una sonrisa hacia su mujer—, esta tarde he visto a un antiguo amigo tuyo.

—¿Quién era?

—¡Adivínalo!

—¿Cómo podría…? ¡Tate, ya lo sé! —añadió a renglón seguido, riendo como él—. El señor Scrooge.

—El mismo. Pasaba yo ante la ventana de su oficina; como no estaba cerrada y tenía una vela junto a él, no pude por menos de verlo. He oído que su socio está al borde de la muerte; él estaba allí solo. Completamente solo en el mundo, según creo.

—¡Espíritu! —dijo Scrooge con la voz quebrada—. Sácame de aquí.

—Te advertí que sólo eran sombras de cosas pasadas —replicó el espectro —. ¡No me eches la culpa de que sean como fueron!

—¡Sácame! —exclamó Scrooge—. ¡No puedo soportarlo!

Se volvió hacia el espectro y, percatándose de que éste le contemplaba con una cara en la que, por algún extraño artificio, había fragmentos de todas las caras que le había mostrado, forcejeó con él.

—¡Déjame! Llévame a casa. ¡No sigas con tus hechizos!

Durante la lucha, si es que podía llamarse lucha, pues el espectro, sin resistencia visible de su parte, no se alteraba por los esfuerzos de su adversario, Scrooge observó que la luz de su cabeza brillaba con fuerte resplandor; y, barruntando confusamente que aquello influía sobre él, se apoderó del gorro-apagavelas y, con un rápido movimiento, se lo encasquetó al fantasma.

El espíritu disminuyó de tamaño bajo el gorro, hasta el punto de que éste lo cubrió por completo. Pero, aunque Scrooge presionaba con todas sus fuerzas, no conseguía apagar la luz, que fluía por debajo del gorro y se extendía por el suelo como una riada incesante.

Se dio cuenta de que estaba exhausto y dominado por un irresistible sopor; y, además, de que se encontraba en su propio dormitorio. Oprimió por última vez al gorro, aflojó la mano y apenas tuvo tiempo de llegar, tambaleándose, a la cama, antes de caer sumido en un profundo sueño.



Tercera estrofa

El segundo de los tres espíritus


J Leech



Habiéndose despertado en medio de un ronquido prodigiosamente recio y sentándose en la cama para poner en orden sus pensamientos, Scrooge no tuvo ocasión de que le advirtieran que la campana del reloj estaba a punto de dar la una. Sintió que había estado descansando para recobrar la consciencia en el momento oportuno y con el exclusivo propósito de mantener una conversación con el segundo mensajero que habría de venir por mediación de Jacob Marley. Pero, notando que le invadía un frío desapacible mientras comenzaba a preguntarse detrás de qué cortina surgiría el nuevo espectro, las descorrió todas, una a cada lado, con sus propias manos; y, tendiéndose de nuevo, estableció una atenta vigilancia alrededor de su cama, pues deseaba enfrentarse al espíritu en el instante mismo de su aparición y no quería verse sorprendido ni ponerse nervioso.

Los caballeros despreocupados, que se jactan de no cambiar de postura más de una o dos veces a lo largo del día, manifiestan sus grandes aptitudes para la aventura proclamando que siempre se hallan dispuestos a hacer frente a cualquier eventualidad, desde un juego a cara o cruz hasta un homicidio; entre ambos extremos hay, sin duda, una amplia y dilatada variedad de situaciones. Sin atreverme a asegurar que Scrooge fuera tan impasible como dichos caballeros, tampoco pretendo hacer creer al lector que estaba preparado para soportar un amplio surtido de extrañas apariciones y que no había nada, desde un niño hasta un rinoceronte, que pudiera asombrarlo en demasía.

Ahora bien, aunque estaba preparado para casi todo, no lo estaba, ni mucho menos, para todo; y, en consecuencia, cuando la campana dio la una y no apareció ninguna figura, se apoderó de él un violento acceso de temblor.

Pasaron cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora, y no apareció nadie. Durante todo ese tiempo permaneció tumbado en su cama, verdadero núcleo y centro de un fulgor de luz rojiza que había comenzado a brotar de ella cuando el reloj dio la hora y que, al ser únicamente luz, le resultaba más alarmante que una docena de fantasmas, pues era incapaz de comprender lo que significaba o de dónde procedía; y a veces, en algún momento, llegó a temer que pudiera tratarse de un interesante caso de combustión espontánea[50], sin tener siquiera el consuelo de poder verificarlo. Finalmente, sin embargo, comenzó a pensar —como tú, lector, o yo hubiéramos pensado desde el principio, pues siempre es la persona que no está en apuros la que sabe lo que debe hacerse y lo que incuestionablemente hubiera hecho—, finalmente, digo, comenzó a pensar que el origen y el secreto de aquella luz fantasmal debía de encontrarse en la habitación contigua, desde la cual, si se seguía detenidamente la pista, parecía irradiar. Habiéndose apoderado esta idea de su mente, se incorporó sin hacer ruido y se dirigió en zapatillas hacia la puerta.

En el momento en que Scrooge ponía la mano sobre el picaporte, una voz extraña lo llamó por su nombre y le invitó a entrar. Obedeció.

Era su propia habitación: no cabía la menor duda al respecto. Pero había experimentado una sorprendente transformación. De las paredes y del techo colgaba tanto follaje verde que parecía propiamente un bosque en el que brillaban, por todas partes, relucientes bayas. Las tersas hojas de acebo, muérdago y yedra reflejaban la luz como si allí hubiera innumerables espejuelos desperdigados; y en la chimenea ardía una hoguera tan inmensa como nunca conociera aquel mortecino y petrificado hogar en tiempos de Scrooge, o de Marley, o en tantos y tantos inviernos pretéritos. Amontonados sobre el suelo, formando una especie de trono, había pavos, gansos, piezas de caza, aves de corral, carnes, grandes trozos de viandas, lechones, largas ristras de salchichas, pasteles de picadillo, bizcochos de pasas, barriles de ostras, castañas asadas, tartas de cereza y manzana, jugosas naranjas, sabrosas peras, inmensos roscones de Reyes e hirvientes tazas de ponche que empañaban la habitación con sus deliciosos vahos. Cómodamente instalado sobre ese trono, había un alegre gigante de agradable aspecto, con una resplandeciente antorcha de forma muy similar a la del cuerno de la abundancia, que mantenía en alto, sobre su cabeza, para alumbrar a Scrooge cuando éste se asomó a la puerta.

—¡Pasa! —exclamó el espectro—. ¡Pasa, hombre, y conóceme mejor!

Scrooge entró tímidamente e inclinó su cabeza ante el espíritu. Ya no era el terco Scrooge que había sido antes; y, aunque los ojos del espíritu eran

claros y amables, no le agradaba encontrarse con ellos.

—Soy el espíritu de la Navidad presente —dijo el espectro—. ¡Mírame!

Scrooge, con respeto, así lo hizo. El espíritu iba vestido con una simple túnica o capa de color verde intenso, ribeteada de piel blanca. Este ropaje colgaba con tanta soltura sobre su cuerpo que dejaba al desnudo su amplio pecho, como si desdeñara protegerlo u ocultarlo con cualquier artificio. Sus pies, visibles bajo los anchos pliegues de su ropa, también estaban desnudos; y, sobre su cabeza, no llevaba más que una corona de acebo sembrada aquí y allá de relucientes carámbanos. Los bucles de sus oscuros cabellos castaños eran largos y desbordantes: tan desbordantes como su rostro cordial, sus ojos chispeantes, sus manos abiertas, su voz alegre, su porte acogedor y su aire jocundo. Pendía de su cinturón una vieja funda de espada; pero no había en ella espada alguna, y estaba carcomida por la herrumbre.

—¡Nunca has visto a nadie parecido a mí! —exclamó el espíritu.

—Nunca —fue la respuesta de Scrooge.

—¿Nunca has andado con los miembros más jóvenes de mi familia? Bueno, quiero decir (pues yo soy muy joven) con mis hermanos mayores nacidos en estos últimos años —prosiguió el fantasma.

—Creo que no —dijo Scrooge—. Me temo que no. ¿Tienes muchos hermanos, espíritu?

—Más de mil ochocientos —respondió el espectro.

—¡Una familia enorme, para tener que alimentarla! —murmuró Scrooge.

El espectro de la Navidad presente se puso en pie.

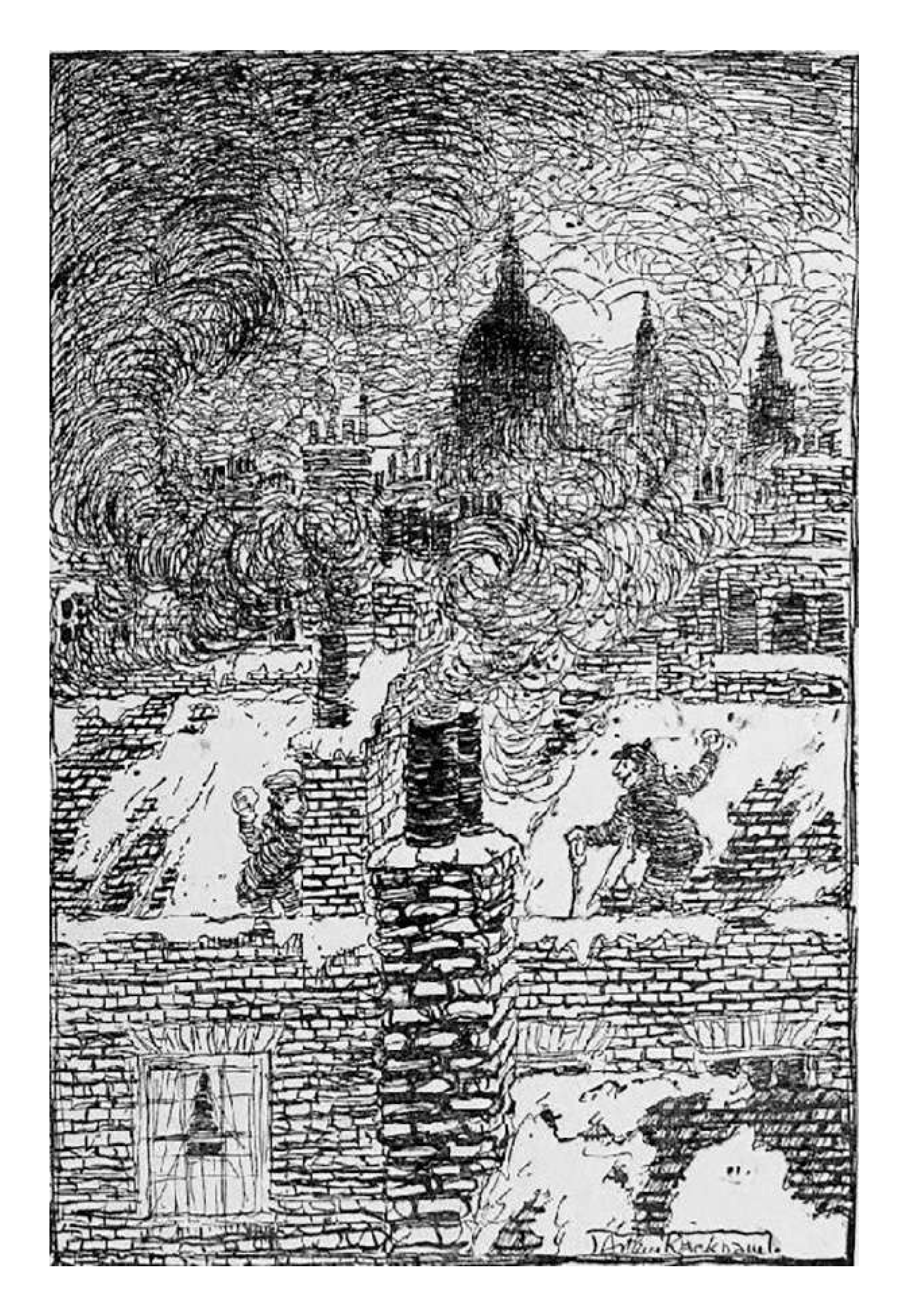
—Espíritu —dijo Scrooge, sumisamente—, llévame a donde quieras. Anoche salí por fuerza y aprendí una lección que aún ahora surte efecto en mí. Si esta noche tienes algo que enseñarme, haz que me sirva de provecho.

—¡Toca mi túnica!

Scrooge, haciendo lo que se le había indicado, la asió firmemente.

Acebo, muérdago, bayas rojas, yedra, pavos, gansos, caza, volatería, carne, embutidos, lechoncillos, salchichas, ostras, pasteles, tartas, frutas y ponche: todo se desvaneció instantáneamente. Y se desvanecieron la habitación, el fuego, el resplandor rojizo, la hora nocturna; y se encontraron, en la mañana de Navidad, por las calles de la ciudad, donde las gentes hacían (pues el tiempo era muy crudo) una especie de música ruidosa, pero animada y de ningún modo desagradable, al raspar la nieve acumulada ante las puertas y en lo alto de sus casas; y era sin duda una loca delicia para los muchachos verla caer a plomo sobre la calle y quebrarse en pequeñas neviscas artificiales.

Las fachadas de las casas parecían singularmente negras, y más aún las ventanas, en contraste con la lisa y blanca sábana que cubría los tejados y con la nieve, más sucia, del suelo; en la nieve caída hacía poco, las pesadas ruedas de los coches y carromatos habían trazado profundos surcos: estrías que se cruzaban y volvían a cruzarse una y cien veces en las ramificaciones de las grandes calles y formaban intrincados canales, cuyo trazo era difícil de seguir, en el espeso fango amarillo y en el agua helada. El cielo estaba cubierto, y las calles más estrechas se encontraban sofocadas por una oscura neblina, húmeda y glacial, cuyas partículas más pesadas caían en una especie de lluvia de átomos de hollín, como si todas las chimeneas de Gran Bretaña se hubieran encendido al mismo tiempo de común acuerdo y estuvieran expulsando sus llamaradas para mayor gozo de sus corazones. No había nada verdaderamente agradable ni en el clima ni en la ciudad; y, sin embargo, flotaba en el ambiente una alegría que ni la más clara brisa estival ni el más resplandeciente sol de verano, hubieran podido producir.



Pues las gentes que apaleaban la nieve en los tejados eran joviales y estaban llenas de alborozo; bromeaban entre sí desde los antepechos y, de cuando en cuando, intercambiaban juguetonamente bolas de nieve —armas arrojadizas más espontáneas que muchas bromas verbales—, riendo abiertamente si daban en el blanco y no con menos ganas si fallaban. Las pollerías aún estaban abiertas y las fruterías relumbraban con todo su esplendor. Había grandes, redondos, panzudos cestos de castañas, semejantes a encorsetados vientres de caballeros juerguistas, apoyados en las puertas y mostrando a la calle su apoplética opulencia. Había rojizas cebollas de España, de abultada cáscara parda, exhibiendo su obesidad como frailes españoles y guiñando el ojo desde los estantes con socarrona malicia a las muchachas que, al pasar, miraban con gazmoñería las ramas de muérdago. Había peras y manzanas amontonadas en altas y flamantes pirámides; había racimos de uvas colgados llamativamente de ganchos por la benevolencia de los tenderos para que a los viandantes se les hiciera gratis la boca agua; había montones de avellanas, ocres y aún musgosas, que recordaban, con su fragancia, antiguos paseos por el bosque y agradables caminatas, con los pies hundidos hasta los tobillos, por la hojarasca seca; había manzanas de Norfolk[51], rechonchas y atezadas, que destacaban entre el amarillo de las naranjas y los limones y que, con su compacta jugosidad, exhortaban y suplicaban a los transeúntes que se las llevaran a sus casas en bolsas de papel y se las comieran después de cenar. Los peces dorados y plateados que nadaban en una pecera situada entre frutas escogidas, aunque miembros de una raza somnolienta y de sangre fría, parecían presentir que algo estaba sucediendo a su alrededor; y, como peces que eran, boqueaban dando vueltas y más vueltas en torno a su pequeño mundo con lenta y desapasionada excitación.

¡Y las tiendas de comestibles! ¡Oh, las tiendas de comestibles! Aunque a punto de cerrar, tal vez con uno o dos postigos ya colocados, ¡qué vistazos podían echarse a través de sus rendijas! No era sólo que los platillos de la balanza produjeran, al chocar contra el mostrador, un alegre sonido; ni que el hilo de bramante se desprendiera con tanta viveza de su rodillo; ni que los botes de conservas entrechocaran por todas partes como en un juego de manos; ni que los aromas entremezclados del café y del té fueran tan agradables al olfato; ni incluso tampoco que las pasas fueran tan abundantes y selectas, las almendras tan extremadamente blancas, las ramas de canela tan largas y tiesas, las demás especias tan deliciosas, las frutas escarchadas tan dulces y cubiertas de azúcar fundido que harían que los más apáticos mirones

se sintieran desfallecidos y, consecuentemente, golosos. No era que los higos fuesen frescos y carnosos, ni que las ciruelas francesas se ruborizaran con agridulce modestia en sus cajas lujosamente decoradas, ni que todo aquello fuera apetecible y estuviera envuelto en galas navideñas, sino que los parroquianos iban y venían con tal rapidez y con tanta impaciencia por disfrutar las esperanzadoras promesas del día, que se atropellaban unos a otros en las puertas, haciendo chocar alocadamente sus cestas de mimbre, y olvidaban sus compras en el mostrador, y volvían corriendo a buscarlas, y cometían cientos de errores semejantes con el mejor humor posible, mientras el tendero y sus dependientes actuaban con la misma campechanía y desenvoltura con que se ataban por detrás sus delantales como si fueran los de a diario, retirados por la superioridad, ya que, de llevarlos puestos, habrían sido picoteados por las cornejas navideñas[52].

Pero de pronto las campanas llamaron a todas las buenas gentes a las iglesias y capillas, y éstas acudieron, afluyendo por las calles con sus mejores ropas y sus más alegres semblantes. Y, al mismo tiempo, desde callejuelas secundarias, pasadizos y encrucijadas sin nombre, surgieron innumerables personas que llevaban sus viandas a los hornos de las tahonas[53]. El espectáculo de estos pobres individuos pareció interesar muchísimo al espíritu, pues se detuvo junto a Scrooge a la puerta de una panadería y, levantando las tapas de los cestos a medida que iban pasando sus portadores, rociaba las viandas con el incienso de su antorcha. Y era verdaderamente una especie de antorcha fuera de lo común, porque en una o dos ocasiones en que algunos portadores de cestos que se habían empujado mutuamente cruzaron entre sí palabras airadas, el espíritu derramó sobre ellos unas pocas gotas de agua con su antorcha, y el buen humor quedó inmediatamente restablecido. Pues, como ellos mismos dijeron, era una vergüenza reñir el día de Navidad. ¡Y lo era! ¡Dios sabe que lo era!

Andando el tiempo, dejaron de tocar las campanas y cerraron las panaderías; y, sin embargo, aún quedaba un reconfortante rastro de todas aquellas viandas y de su proceso culinario en las húmedas manchas de grasa derretida en el interior de tales hornos, cuyos pisos humeaban como si sus piedras estuvieran también asándose.

—¿Tiene algún sabor particular eso que esparces con tu antorcha? —preguntó Scrooge.

—Sí, lo tiene. El mío propio.

—¿Sirve, en este día, para cualquier clase de comida? —inquirió Scrooge.

—Para cualquiera que se dé con amabilidad. Y aún más, para la de los pobres.

—¿Por qué más para la de los pobres? —preguntó Scrooge.

—Porque es la que más lo necesita.

—Espíritu —dijo Scrooge, después de reflexionar un momento—, me sorprende que, de entre todos los seres de los mundos que nos rodean, seas precisamente tú quien desee restringir a estas gentes sus oportunidades de goce inofensivo.

—¡Yo! —gritó el espíritu.

—Tú les privas de los medios de alimentarse el séptimo día de la semana, el único día en que, por lo general, se puede decir que comen —dijo Scrooge —. ¿No es así?

—¡Yo! —volvió a gritar el espíritu.

—¿No pretendes acaso que ciertos establecimientos se cierren el séptimo día[54]? —continuó Scrooge—. Viene a ser lo mismo.

—¡Que yo pretendo eso! —exclamó el espíritu.

—Discúlpame si estoy equivocado. Eso se ha hecho en tu nombre o, al menos, en el de tu familia —aseguró Scrooge.

—Hay gentes en este mundo vuestro —replicó el espíritu— que alardean de conocernos y que llevan a cabo en nuestro nombre actos de pasión, de orgullo, de mala voluntad, de odio, de envidia, de intolerancia y de egoísmo; gentes que son tan ajenas a nosotros y a nuestros parientes y amigos como si nunca hubieran existido. Recuerda esto, y acúsales a ellos, y no a nosotros, de sus acciones.

Scrooge prometió que así lo haría; y ambos se dirigieron, invisibles, como antes lo habían sido, hacia los suburbios de la ciudad. Una singular cualidad del espectro (que Scrooge ya había observado en la panadería) era la de que, a pesar de su gigantesco tamaño, podía acomodarse a cualquier lugar con facilidad, y que conservaba su donoso aspecto de criatura sobrenatural lo mismo en una habitación de techo bajo que si estuviera en un alto y espacioso salón.

Y acaso fuera el placer que el buen espíritu sentía al mostrar esa cualidad, o tal vez, además, su propio carácter, amable, generoso y cordial, y su simpatía hacia todos los pobres, lo que le impulsó a conducir a Scrooge a la casa de su escribiente; pues para allá fue, llevando a Scrooge consigo, agarrado a su túnica; y, en el umbral de la puerta, el espíritu sonrió y se detuvo para bendecir la morada de Bob Cratchit con las aspersiones de su antorcha. Recordad esto: Bob no ganaba más de quince «Bobs»[55] a la

semana; cada sábado sólo se embolsaba quince muestras de su nombre de pila. Y, sin embargo, ¡el espíritu de la Navidad presente bendecía las cuatro paredes de su casa!

En ese momento se levantaba la señora Cratchit, la esposa de Bob, pobremente vestida con una falda vuelta del revés, pero engalanada con cintas, que son baratas y proporcionan buena apariencia por seis peniques; y empezó a poner la mesa, ayudada por Belinda Cratchit, la segunda de sus hijas, también emperifollada con cintas, mientras el señorito Peter Cratchit introducía un tenedor en una cazuela de patatas y, mordiendo los picos del monstruoso cuello de su camisa (propiedad privada de Bob, cedida a su hijo y heredero en honor a la solemnidad del día), disfrutaba al verse tan elegantemente ataviado y anhelaba exhibir su ropa blanca en los parques de moda. Y ahora dos pequeños Cratchit, niño y niña, entraron precipitadamente, gritando que habían reconocido a su ganso, por el olor que despedía, al pasar frente a la tahona; y, enfrascándose en sibaríticos pensamientos sobre la salvia y la cebolla, los dos pequeños Cratchit bailaron alrededor de la mesa, poniendo por las nubes al señorito Peter Cratchit, en tanto que éste (no muy ufano, pues el cuello de su camisa casi le estrangulaba) atizó el fuego hasta que las patatas, que hervían despacio, comenzaron a golpear ruidosamente contra la tapa de la cazuela, como si reclamaran salir fuera de allí y ser peladas.

—¿Dónde andará vuestro querido padre? —preguntó la señora Cratchit—. ¿Y vuestro hermano pequeño, Tiny Tim? ¿Y Martha? ¡En la Navidad pasada ya hacía media hora que estaba aquí!

—¡Aquí está Martha, madre! —dijo una muchacha, apareciendo al mismo tiempo que hablaba.

—¡Aquí está Martha, madre! —gritaron los dos pequeños Cratchit—. ¡Hurra! ¡Vaya ganso que tenemos, Martha!

—¡Bendita seas, querida! ¿Cómo llegas tan tarde? —dijo la señora Cratchit, besándola una docena de veces y ayudándole a quitarse el chal y el sombrero con cariñosa solicitud.

—Dejamos anoche mucho trabajo sin hacer —explicó la joven— y hemos tenido que terminarlo esta mañana, madre.

—¡Bien! No importa, con tal que hayas venido —dijo la señora Cratchit —. Siéntate cerca del fuego, querida, y caliéntate. ¡Dios te bendiga!

—¡No, no! Ya viene papá —gritaron los dos pequeños Cratchit, que estaban en todas partes a la vez—. ¡Escóndete, Martha, escóndete!



Así que Martha se escondió. Y llegaron el pequeño Bob y su padre, con tres pies por lo menos de bufanda, sin contar los flecos, colgándole por delante, y con su raído traje, zurcido y cepillado para estar a tono con el día, y con Tiny Tim sobre sus hombros. ¡Porque, ay, Tiny Tim usaba una pequeña muleta y llevaba las piernas sujetas por un aparato de acero!

—Pero ¿dónde está Martha? —exclamó Bob Cratchit mirando a su alrededor.

—No viene —contestó la señora Cratchit.

—¡No viene! —dijo Bob con un súbito desmoronamiento de su euforia; pues había traído a caballo a Tiny Tim desde la iglesia y había venido saltando hasta casa—. ¡No viene en el día de Navidad!

A Martha no le agradaba ver a su padre desilusionado, ni siquiera a causa de una broma; de modo que salió anticipadamente de detrás de la puerta del armario y corrió a sus brazos, mientras los dos pequeños Cratchit empujaban a Tiny Tim y se lo llevaban a la cocina para que pudiera oír cómo cantaba el budín en la cacerola de cobre.

—¿Y qué tal se ha portado el pequeño Tim? —preguntó la señora Cratchit, una vez que se hubo reído de la credulidad de Bob y que éste hubiera abrazado a su hija con el corazón lleno de alegría.

—Ha sido bueno como el oro —dijo Bob—, y aún mejor. A veces, como pasa tanto tiempo sentado, se queda absorto y piensa las cosas más extrañas que puedan oírse. Cuando veníamos a casa, me dijo que esperaba que la gente le hubiera visto en la iglesia, porque, siendo tullido, podía consolar a los

demás y hacerles recordar, en el día de Navidad, a Aquel que hizo que los pobres lisiados caminaran y los ciegos vieran.

Temblaba la voz de Bob al contar esas cosas, y tembló aún más cuando dijo que Tiny Tim estaba creciendo fuerte y sano.

Se oyó que la pequeña muleta golpeaba con viveza sobre el suelo, y, antes de que hubieran dicho otra palabra, regresó Tiny Tim, acompañado por su hermano y su hermana, y se sentó junto al fuego; y Bob, arremangándose la camisa (como si el pobre infeliz fuera capaz de evitar que sus puños se desgastaran más), preparó en un cacharro una mezcla caliente de ginebra y limón, y le dio vueltas y más vueltas, y la colocó en la repisa interior de la chimenea para que hirviera a fuego lento, mientras el señorito Peter y los dos pequeños y omnipresentes Cratchit fueron en busca del ganso, con el que pronto volvieron en solemne procesión.

La llegada del ganso provocó un alboroto tal que hubiera podido creerse que era la más rara de todas las aves: un fenómeno con plumas a cuyo lado un cisne negro sería absolutamente vulgar; y en verdad algo así era en aquella casa. La señora Cratchit hizo que la salsa (preparada de antemano en una pequeña cacerola) hirviera hasta silbar; el señorito Peter trituró las patatas del puré con increíble vigor; la señorita Belinda endulzó la compota de manzana; Martha secó los platos calientes; Bob colocó a Tiny Tim a su lado en una esquina de la mesa; los dos pequeños Cratchit colocaron las sillas para todos y, montando guardia desde sus puestos, se metieron las cucharas en la boca por miedo de ponerse a chillar reclamando su ración de ganso antes de que llegara el momento de servirlo. Por fin, se pusieron los platos y se bendijo la mesa. Precedida por una expectante pausa, la señora Cratchit, mirando detenidamente el gran cuchillo de trinchar, se dispuso a clavarlo en la pechuga del ganso; y, cuando lo hubo hecho, y el ansiado relleno comenzó a salir a borbotones, se alzó en derredor suyo un murmullo de placer, y hasta Tiny Tim, excitado por los dos pequeños Cratchit, golpeó la mesa con el mango de su cuchillo y gritó débilmente: ¡Hurra!

Nunca hubo un ganso semejante. Bob aseguró que no creía que jamás se hubiera guisado tan bien un ganso. Su ternura y su sabor, su tamaño y su baratura fueron temas de admiración general. Acompañado por la compota de manzana y el puré de patatas, fue comida suficiente para toda la familia; en realidad, como dijo la señora Cratchit con gran placer (viendo en el plato un minúsculo trozo de carne unido a un hueso), al fin y al cabo no habían podido comérselo todo. Sin embargo, todos habían quedado satisfechos, y en particular los pequeños Cratchit, que se habían pringado hasta las cejas de

salvia y cebollas. Pero ahora, cuando la señorita Belinda hubo cambiado los platos, la señora Cratchit abandonó la habitación a solas (demasiado nerviosa para soportar la presencia de testigos) para sacar el budín y traerlo a la mesa.



¡Suponed que no hubiera estado en su punto! ¡Suponed que se rompiera al darle la vuelta! ¡Suponed que alguien hubiera saltado la pared del patio y lo hubiera robado mientras ellos disfrutaban comiéndose el ganso! ¡Sólo de pensarlo, palidecieron los dos pequeños Cratchit! En fin, se imaginaron toda clase de horrores.

¡Hola! ¡Una gran cantidad de vapor! El budín estaba ya fuera del molde. ¡Un olor a ropa limpia! Era la tela que lo cubría. ¡Un aroma que recordaba al de una casa de comidas y al de una pastelería, entremezclados, y también, muy próximo, al de una lavandería! Era el budín. En medio minuto, la señora Cratchit, sofocada pero sonriendo orgullosa, entró con el budín, semejante a una abigarrada bala de cañón, duro y firme, ardiendo gracias a la mitad de medio cuartillo de flameante coñac y coronado por una rama navideña de acebo.

¡Oh, qué maravilloso budín! Bob Cratchit dijo, y muy ponderadamente, que lo consideraba el mayor éxito logrado por la señora Cratchit desde que se casaron. La señora Cratchit manifestó que, ahora que se había quitado un peso de encima, debía confesar que había tenido sus dudas sobre la cantidad de harina empleada. Todos tuvieron algo que decir acerca del budín; pero nadie dijo ni pensó que fuera pequeño para tan numerosa familia. Eso hubiera sido una rotunda herejía. Y ningún Cratchit la hubiera insinuado por temor a abochornarse.

Al fin, terminaron la cena, limpiaron el mantel, barrieron el suelo y avivaron el fuego. Probaron la mezcla del jarro y, considerándola perfecta, pusieron en la mesa manzanas y naranjas y echaron a la lumbre una paletada de castañas. Luego, toda la familia Cratchit se situó alrededor de la chimenea, formando lo que Bob Cratchit llamaba un círculo, aunque en realidad quería decir un semicírculo; y se desplegó, al alcance de Bob, toda la cristalería familiar: dos vasos y una taza sin un asa.

Tales recipientes se colmaron, sin embargo, del caliente líquido del jarro como si hubieran sido copas de oro; y Bob lo sirvió con mirada radiante, mientras las castañas crujían y estallaban ruidosamente en la lumbre. Entonces Bob dijo:

—Felices pascuas a todos, queridos míos. ¡Dios os bendiga!

Y toda la familia lo repitió como un eco.

—¡Dios nos bendiga a todos! —dijo, por último, Tiny Tim.

Estaba sentado junto a su padre, en un pequeño taburete. Bob tenía entre las suyas la débil manita del niño, pues lo quería de un modo especial y deseaba mantenerlo a su lado, como si temiese que pudieran arrebatárselo.

—Espíritu —dijo Scrooge con un interés que jamás había sentido anteriormente—, dime si Tiny Tim vivirá.

—Veo un asiento vacío —replicó el espectro— en el humilde rincón de la chimenea, y una muleta sin dueño, cuidadosamente conservada. Si estas sombras no varían en el futuro, el niño morirá.

—No, no —exclamó Scrooge—. ¡Oh, no, buen espíritu! Dime que se salvará.

—Si estas sombras no varían en el futuro, ninguno de los de mi especie —prosiguió el espectro— lo encontrará aquí. ¿Y qué? Si él desea morir, es mejor que lo haga, y así disminuirá el exceso de población[56].

Scrooge inclinó la cabeza al oír que el espíritu citaba sus propias palabras, y se sintió abrumado por el remordimiento y la tristeza.

—Hombre —dijo el espectro—, si tu corazón es de hombre y no de piedra, reprime tu maldita hipocresía hasta que hayas descubierto qué exceso de población hay y dónde está ese exceso. ¿Serás tú quien decida qué hombres deben vivir y qué hombres deben morir? Es posible que, a los ojos del cielo, tú seas más indigno y menos capaz de vivir que millones de niños como el de este pobre hombre. ¡Oh, Dios mío, tener que oír a un insecto posado encima de una hoja pontificando sobre la excesiva duración de la vida de sus hambrientos congéneres que pululan por el polvo!

Scrooge se inclinó al oír la reprimenda del espectro y, temblando, bajó su mirada hacia el suelo. Pero la levantó rápidamente al escuchar su propio nombre.

—¡El señor Scrooge! —decía Bob—. Propongo que brindemos por el señor Scrooge, el benefactor de la fiesta.

—¡El benefactor de la fiesta! —gritó la señora Cratchit, enrojeciendo—. Me gustaría tenerlo aquí. Le obsequiaría con una porción de lo que pienso de él, y espero que tuviese buen apetito para tragársela.

—Querida mía —dijo Bob—, piensa en los niños. Piensa en la Navidad.

—Navidad tendría que ser, estoy segura —contestó ella—, para que una bebiera a la salud de un individuo tan odioso, tacaño, mezquino e insensible como el señor Scrooge. ¡Tú sabes que lo es, Robert! ¡Nadie lo sabe mejor que tú, pobrecillo!

—Querida —fue la dulce respuesta de Bob—, hoy es Navidad.

—Beberé a su salud en consideración a ti y al día que es —dijo la señora Cratchit—, no por él. ¡Que Dios le dé larga vida, unas felices pascuas y un próspero año nuevo! ¡Será muy feliz y muy próspero, no tengo la menor duda!

Los niños bebieron después de oír el brindis materno. Fue el primero de sus actos en el que no hubo entusiasmo alguno. Tiny Tim bebió el último de todos, pero con absoluta desgana. Scrooge era el Ogro de la familia. La sola mención de su nombre vertió sobre la reunión familiar una oscura sombra que tardó en disiparse más de cinco minutos.

Cuando esto hubo pasado, se sintieron diez veces más felices que antes por el simple alivio de haber cumplido ya con Scrooge el Maligno. Bob Cratchit les dijo que tenía a la vista una colocación para el señorito Peter y que, si la obtenía, aumentarían en cinco chelines y seis peniques los ingresos semanales. Los dos pequeños Cratchit rieron estrepitosamente al imaginarse a Peter convertido en hombre de negocios; y el propio Peter contempló pensativamente el fuego entre los picos del cuello de su camisa, como si estuviera deliberando qué singulares inversiones realizaría cuando fuera poseedor de aquella asombrosa suma. Martha, que era una humilde aprendiza de una sombrerería, les explicó entonces qué clase de trabajo tenía que hacer y cuantísimas horas trabajaba sin parar, y cómo se había hecho a la idea de permanecer en la cama la mañana siguiente para descansar y, aprovechando que era fiesta, quedarse todo el día en casa. También contó que había visto, unos días antes, a una condesa y a un lord, y que éste «era casi tan alto como Peter», quien, al oírlo, se estiró de tal modo el cuello de la camisa que, si hubierais estado allí, no habríais podido ver su cabeza. Entre tanto, las castañas y el jarro de ponche iban y venían de un lado para otro. Y luego, Tiny Tim entonó una canción acerca de un niño que caminaba por la nieve; tenía una vocecilla quejumbrosa, y cantó realmente bien.

No había nada descollante en todo esto. No eran una familia distinguida; no iban bien vestidos; sus zapatos distaban mucho de ser impermeables; sus ropas eran escasas; y Peter debía de conocer, y muy probablemente conocía, el interior de la casa de préstamos. Pero eran felices y agradecidos, y estaban satisfechos unos de otros, y les gustaba la Navidad. Y, al desvanecerse la escena, cuando parecían aún más felices bajo las brillantes salpicaduras de la antorcha del espíritu, que así se despedía de ellos, Scrooge no dejaba de mirarlos y, especialmente, hasta el final, a Tiny Tim.

Mientras tanto, había oscurecido y nevaba copiosamente; y, cuando Scrooge y el espíritu avanzaron por las calles, era maravilloso el resplandor de los crujientes fuegos en las cocinas, en los recibidores y en toda clase de habitaciones. Aquí, el flamear de la lumbre revelaba los preparativos para una agradable cena, con los guisos hirviendo a borbotones en el fuego y las cortinas rojas dispuestas para ser corridas e impedir el paso al frío y a la

oscuridad. Allí, todos los niños de la casa salían corriendo hasta pisar la nieve para recibir a sus hermanas casadas, hermanos, primos, tíos y tías, y ser los primeros en felicitarlos. Aquí, de nuevo, se veían, a través de las celosías, las sombras de los invitados reunidos; y allí, un grupo de hermosas muchachas, todas ellas con capuchas y botas de piel, hablando al mismo tiempo, se dirigía velozmente a la casa de algún vecino: ¡pobre del solterón que las viese entrar —brujas arteras: ellas bien lo sabían— como una exhalación!

Sin embargo, a juzgar por el número de personas que iban a reuniones con amigos, hubiérase creído que no quedaba nadie en casa para darles la bienvenida cuando llegaran, en vez de estar allí, esperando a los invitados y apilando leña para el fuego hasta la mitad de la chimenea. ¡Cómo gozaba el espectro, bendiciéndoles! ¡Cómo descubría su pecho desnudo y abría sus grandes manos y derramaba generosamente, a chorros, su resplandeciente e inocua alegría sobre todo lo que estaba a su alcance! Hasta el mismo farolero, que corría dejando en la oscura calle una hilera de motitas luminosas y que iba vestido para pasar la noche en algún sitio, reía a carcajadas cuando el espíritu pasó junto a él. ¡Poco imaginaba el farolero que tenía otra compañía además de la Navidad!

De pronto, sin una palabra de advertencia por parte del espectro, se encontraron en un páramo desierto y helado, en el que moles monstruosas de tosca piedra aparecían diseminadas como si fuesen túmulos funerarios de gigantes; el agua se extendía por todas partes (o se habría extendido, si el hielo no la mantuviese prisionera); y nada crecía allí, salvo musgo, aliaga y unos hierbajos gruesos y fétidos. Más allá, al oeste, el sol poniente lanzaba un rayo de ígnea luz rojiza, que brilló un instante sobre aquella desolación, como un ojo tétrico, y, apagándose cada vez más, y más, y más, se perdió en la densa oscuridad de la negra noche.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Scrooge.

—Un lugar donde viven los mineros que trabajan en las entrañas de la tierra —respondió el espíritu—. Ellos, sin embargo, me conocen. ¡Mira!

Brillaba una luz en la ventana de una choza, y rápidamente se encaminaron hacia ella. Pasando a través de la pared de barro y piedra, hallaron a un alegre grupo reunido en torno a un fuego resplandeciente. Eran un hombre y una mujer muy, muy viejos, con sus hijos y sus nietos y los hijos de sus nietos, ataviados todos ellos con sus vistosos trajes de fiesta. El anciano, con una voz que apenas se elevaba sobre el aullido del viento en el desolado yermo, estaba cantando un villancico; era una canción ya muy antigua en su juventud; y, de cuando en cuando, todos se unían a él en coro.

Indefectiblemente, cada vez que los demás alzaban sus voces, el viejo se mostraba animado y ruidoso; e indefectiblemente, cuando todos callaban, el vigor de su voz disminuía de nuevo.

El espíritu no se demoró en aquel lugar, sino que ordenó a Scrooge que se agarrara a su túnica, y, volando por encima del páramo, fueron muy de prisa, ¿a dónde? ¿No sería al mar? Sí, al mar. Para horror de Scrooge, vio, mirando hacia abajo, el final de la tierra firme: una espantosa hilera de peñascos, que quedó tras ellos. Y sus oídos ensordecieron al escuchar el trueno del agua, que se agitaba y rugía y bramaba entre las pavorosas cuevas que había horadado, como si intentara minar la tierra con ferocidad.

Construido sobre un lúgubre arrecife de rocas hundidas, a una legua o así de la costa, corroído y golpeado por las aguas a lo largo de años borrascosos, se alzaba un faro solitario. Grandes cantidades de algas marinas se adherían a su base, y los petreles (a los que podía suponerse nacidos del viento, como las algas lo eran del agua) subían y se dejaban caer a su alrededor, como las olas que rozaban al volar.

Pero incluso aquí dos hombres, encargados de cuidar del faro, habían hecho una hoguera que, a través de la aspillera abierta en el espeso muro de piedra, lanzaba un rayo de luz sobre el tenebroso mar. Uniendo sus callosas manos por encima de la mesa a la que estaban sentados, se deseaban mutuamente felices pascuas y brindaban con unos botes llenos de un brebaje caliente; y uno de ellos, el de más edad, cuyo rostro estaba tan ajado y cubierto de cicatrices a causa de los rigores del clima como podría estarlo el mascarón de proa de un viejo navío, entonó una canción con tal vigor que más bien se asemejaba al sonido de una galerna.

Y de nuevo el espectro siguió adelante, sobre el negro y palpitante mar, adelante, adelante, hasta que, encontrándose ya muy lejos de la costa, según le indicó a Scrooge, toparon con un barco. Fueron situándose junto al timonel, cerca del vigía de proa y al lado de los oficiales que estaban de guardia: oscuras figuras fantasmales colocadas en sus respectivos puestos. Pero cada uno de aquellos hombres tarareaba una tonada navideña, o pensaba en la Navidad, o hablaba en un susurro a un compañero de alguna nochebuena remota, con la esperanza de un pronto regreso al hogar. Y todos los que se encontraban a bordo, despiertos o dormidos, buenos o malos, habían tenido para los demás en aquel día una palabra más amable que en cualquier otro día del año; y habían compartido hasta cierto punto sus alegrías; y habían recordado a los seres queridos que estaban lejos de ellos, y habían comprendido que era agradable recordarlos.

Fue una gran sorpresa para Scrooge, mientras escuchaba el gemido del viento y consideraba qué cosa tan solemne era moverse a través de las tinieblas solitarias sobre un abismo desconocido cuyas profundidades albergaban secretos tan insondables como la muerte; fue, decía, una gran sorpresa para Scrooge, sumido en tales reflexiones, oír una estrepitosa carcajada. Y mucho mayor fue la sorpresa de Scrooge al reconocer la risa de su propio sobrino y encontrarse a sí mismo en una habitación deslumbrante, cálida y acogedora, con el espíritu sonriendo a su lado, y contemplando a su sobrino con benévola aprobación.

—¡Ja, ja! —reía el sobrino de Scrooge—. ¡Ja, ja, ja!

Si, por un improbable azar, tuvierais ocasión de conocer a algún hombre más propenso a la risa que el sobrino de Scrooge, todo lo que puedo decir es que también a mí me gustaría conocerlo. Presentádmelo, y cultivaré su amistad.

Es una justa, equilibrada y noble ley de compensación de la naturaleza que, así como hay enfermedades y tristezas infecciosas, no hay en el mundo nada tan irresistiblemente contagioso como la risa y el buen humor. Cuando el sobrino de Scrooge rió de ese modo, sujetándose los costados, moviendo la cabeza y gesticulando con las más extravagantes contorsiones, la sobrina política de Scrooge rió tan abiertamente con él. Y, por no ser menos, todos sus amigos allí reunidos también rieron estrepitosamente.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Me dijo que las navidades eran unas paparruchas! ¡Por vida mía, que lo dijo! —gritaba el sobrino de Scrooge—. ¡Y además se lo creía!

—¡Más vergonzoso para él, Fred! —dijo la sobrina de Scrooge, indignada. Benditas sean tales mujeres; nunca hacen nada a medias. Todo se lo toman en serio.

Era muy hermosa; extraordinariamente hermosa. Tenía graciosos hoyuelos en su rostro de expresión sorprendida; una boquita sonrosada que parecía hecha para ser besada (como, sin duda alguna, lo sería); unos cuantos lunares en la barbilla, que se juntaban cuando reía; y el más luminoso par de ojos que se haya visto en criatura alguna. En conjunto, era lo que suele llamarse provocativa, ya me entendéis; pero con compostura. ¡Con absoluta compostura!

—Es un vejete muy pintoresco —dijo el sobrino de Scrooge—, esa es la verdad; y no tan complaciente como debería ser. Sin embargo, en su pecado lleva la penitencia, y no tengo nada que decir contra él.

—Estoy segura de que es muy rico, Fred —insinuó la sobrina de Scrooge —. Al menos, así me lo has dicho siempre.

—¿Y qué más da, querida mía? —replicó el sobrino de Scrooge—. Su riqueza no le sirve de nada. No hace nada bueno con ella. Ni siquiera le sirve para vivir confortablemente. No tiene la satisfacción de pensar, ¡ja, ja, ja!, que nos está beneficiando a nosotros.

—No puedo soportarlo —observó la sobrina de Scrooge.

Y las hermanas de la sobrina de Scrooge y todas las damas que allí se encontraban expresaron la misma opinión.

—¡Oh, yo sí puedo! —dijo el sobrino de Scrooge—. Lo siento por él; no podría enfadarme con él, aunque quisiera. ¿Quién sufre por culpa de sus rarezas? Él, siempre él. Ahora se le ha metido en la cabeza que le caemos antipáticos, y no viene a cenar con nosotros. ¿Cuál es la consecuencia? Que no se pierde una gran cena.

—¿De veras? Yo creo que se ha perdido una cena magnífica —interrumpió la sobrina de Scrooge. Todos dijeron lo mismo, y debían de tener derecho a ser jueces competentes, porque acababan de cenar en ese momento y, con el postre aún sobre la mesa, estaban apiñados alrededor del fuego, junto a la luz de la lámpara.

—¡Bueno! Me alegra oírlo —dijo el sobrino de Scrooge—, porque no tengo gran fe en estas jóvenes amas de casa. ¿Qué dices tú, Topper?

Topper, que evidentemente había echado el ojo a una de las hermanas de la sobrina de Scrooge, respondió que un soltero era un maldito paria que no podía permitirse expresar su opinión sobre el tema. A lo cual, la hermana de la sobrina de Scrooge (la regordeta con escote de encaje; no la que se adornaba con rosas) se ruborizó.

—Continúa, Fred —dijo la sobrina de Scrooge, palmoteando—; nunca terminas lo que empiezas a contar. ¡Tu tío Scrooge es un tipo tan ridículo!

El sobrino de Scrooge soltó otra carcajada, tan contagiosa como las anteriores, y, aunque la hermana regordeta intentó evitar el contagio con vinagre aromático, las risas fueron unánimes.

—Iba a decir —continuó el sobrino de Scrooge— que la consecuencia de su aversión hacia nosotros y de no querer compartir nuestra alegría es, creo yo, que pierde algunos ratos agradables que no le causarían ningún daño. Estoy seguro de que se pierde una compañía más agradable que la que puede encontrar en sus propios pensamientos, esté en su destartalada oficina o en las polvorientas habitaciones de su casa. Intento ofrecerle las mismas oportunidades cada año, le guste o no, pues me da pena. Podrá burlarse de la

Navidad hasta que se muera; pero no podrá dejar de apreciarla un poco más (le desafío a hacerlo) si me encuentra allí, de buen humor, año tras año, diciéndole: «¿Cómo está usted, tío Scrooge?». Aunque sólo sirviera para animarle a dejar en su testamento cincuenta libras a su pobre escribiente, ya sería algo; y creo que ayer logré conmoverlo.

La sola idea de que había logrado conmover a Scrooge hizo reír a todos. Sin embargo, como era hombre de talante afable y no le preocupaba que se rieran, pues de todos modos se hubieran reído, él mismo fomentó su alborozo y les pasó, alegremente, la botella.

Después del té, hubo un poco de música. Eran una familia muy musical y sabían que los demás también lo eran, sobre todo, puedo asegurároslo, cuando cantaban una balada para voces solas o con acompañamiento: en especial Topper, que podía alcanzar notas tan bajas como nadie y nunca se le hinchaban las venas de la frente ni se le ponía, por ello, la cara colorada. La sobrina de Scrooge tocaba bien el arpa; y ejecutó, entre otras tonadas, un aire muy sencillo (una nadería: cualquiera podría aprender a silbarlo en dos minutos) que había sido familiar a la niña que fuera al internado en busca de Scrooge, como se lo había recordado el espíritu de las navidades pasadas. Cuando sonó esa melodía, todo lo que el espectro le había mostrado vino a la mente de Scrooge, y éste se enterneció más y más, y pensó que, si la hubiera oído más a menudo, años antes, podría haber cultivado con sus propias manos lo más fructífero de la vida, sin tener que recurrir a la pala del sepulturero que enterró a Jacob Marley.

Sin embargo, no dedicaron toda la velada a la música. Después de un rato, empezaron a jugar a las prendas; pues a veces es muy conveniente ser niño, y nunca mejor que en Navidad, para conmemorar los tiempos en que el Todopoderoso también fue niño. ¡Ah! Naturalmente, se jugó primero a la gallina ciega. Y creo tanto que Topper tuviera los ojos bien tapados como que los llevara dentro de sus botas. En mi opinión, ésta era una trampa convenida entre él y el sobrino de Scrooge, y el espíritu de la Navidad presente también lo sabía. Su modo de ir tras la hermana regordeta con escote de encaje era un insulto a la credulidad de la naturaleza humana. Derribando los atizadores de la chimenea, tropezando con las sillas, chocando contra el piano, enredándose entre las cortinas, donde quiera que ella fuese, él la seguía. Siempre sabía dónde se encontraba la hermana regordeta. Nunca hubiera capturado a otro jugador. Si tropezabas con él, como a veces sucedía, y continuabas a su alcance, fingía esforzarse en agarrarte, lo cual era una ofensa para tu inteligencia, e inmediatamente se movía en dirección a la hermana regordeta.

Ella gritaba a menudo que eso no era jugar limpio; y, en efecto, no lo era. Pero cuando, al fin, la capturó; cuando, a pesar del crujir de sus sedas y de sus rápidos revoloteos para zafarse del acoso, él la llevó hasta un rincón donde no tenía escapatoria; entonces, su conducta fue de lo más execrable, pretendiendo que no sabía quién era y que necesitaba tocar su peinado y, para asegurarse de su identidad, palpar cierta sortija que había en su dedo y cierta cadena que rodeaba su cuello. ¡Fue vil, monstruoso! Sin duda alguna, ella le dijo la opinión que él le merecía cuando, habiendo empezado otro de los invitados a hacer de ciego, ambos se fueron juntos a hablar muy confidencialmente detrás de unas cortinas.



La sobrina de Scrooge no tomó parte en el juego de la gallina ciega, sino que se instaló cómodamente en una butaca con escabel, en un rincón apartado, cerca del espectro y de Scrooge, situados a su espalda. Participó, sin embargo, en el juego de prendas, pues tenía gran afición a entretenerse con todas las letras del alfabeto. Y asimismo fue muy hábil en el juego de «Cómo, cuándo y dónde», y, para secreta alegría del sobrino de Scrooge, dejó en la cuneta a sus hermanas, aunque éstas, como os hubiera dicho Topper, eran también unas chicas muy listas. Habría allí unas veinte personas, jóvenes y viejas; pero todas intervenían en los juegos. Y así hizo Scrooge, quien, olvidando completamente, por el interés que en él despertaba lo que allí estaba sucediendo, que nadie podía oír su voz, gritaba a veces las respuestas a las adivinanzas, certeras con frecuencia; pues la aguja más aguda, la mejor de Whitechapel[57], con garantía de que su ojo no cortaba el hilo, no era tan aguda como Scrooge: sólo se embotaba cuando se le metía algo en la cabeza.

Al espectro le complacía verlo con esa disposición de ánimo, y lo miraba con tal benevolencia que Scrooge le rogó, como si fuese un niño, que le permitiera quedarse hasta que los invitados se hubieran ido. Pero el espíritu le dijo que eso era imposible.

—¡Mira, un juego nuevo! —dijo Scrooge—. ¡Sólo media hora más, espíritu, sólo media hora!

Era un juego llamado «Sí y No», en el cual el sobrino de Scrooge tenía que pensar algo y los demás debían adivinarlo, contestando él a sus respuestas solamente «sí» o «no», según el caso. Del graneado fuego de preguntas a las que hubo de responder, parecía deducirse que estaba pensando en un animal: un animal vivo, un animal bastante desagradable, un animal salvaje, un animal que gruñía y refunfuñaba a veces, y vivía en Londres, y paseaba por las calles, y no se le exhibía, y no era conducido por nadie, y no vivía en una casa de fieras, y nunca había sido puesto a la venta en el mercado, y no era un caballo, ni un asno, ni una vaca, ni un toro, ni un tigre, ni un perro, ni un asno, ni una vaca, ni un oso. A cada nueva pregunta que le hacían, el sobrino estallaba en nuevas carcajadas; y era tanta su hilaridad que se vio obligado a levantarse del sofá y patalear en el suelo. Al fin, la hermana regordeta, que había caído en un estado similar, exclamó:

—¡Lo he encontrado! ¡Ya sé lo que es, Fred! ¡Ya lo sé!

—¿Qué es? —gritó Fred.

—¡Es tu tío Scro-o-o-o-oge!

Efectivamente era él. Hubo un sentimiento de admiración general, aunque alguien objetó que la respuesta a «¿Es un oso?» debería haber sido «Sí»,

puesto que una contestación negativa era suficiente para que apartaran sus pensamientos del señor Scrooge, suponiendo que alguna vez hubieran tenido la idea de pensar en él.

—Nos ha proporcionado una buena diversión, estoy seguro —dijo Fred—, y seríamos unos desagradecidos si no bebiéramos a su salud. Aquí tenemos preparado un vaso de vino con especias. Y yo brindo: ¡Por el tío Scrooge!

—¡Muy bien, por el tío Scrooge! —gritaron todos.

—¡Felices pascuas y feliz año nuevo al viejo, esté donde esté! —dijo el sobrino de Scrooge—. Nunca aceptaría la felicidad de mí, pero acaso la tenga. ¡A la salud del tío Scrooge!

Imperceptiblemente el tío Scrooge se había ido poniendo tan alegre y cordial que, si el espectro le hubiese concedido tiempo, habría respondido maquinalmente al brindis, dando las gracias con su voz inaudible. Pero toda la escena se desvaneció cuando su sobrino hubo pronunciado la última palabra; y él y el espíritu se encontraron nuevamente de viaje.

Vieron mucho y llegaron muy lejos, y visitaron muchas casas; y siempre con un desenlace feliz. El espíritu se situaba junto a las camas de los enfermos, y éstos se alegraban; al lado de quienes vivían en tierras lejanas, y se sentían como en su hogar; junto a los que luchaban en la guerra, y se consolaban forjando grandes esperanzas; entre los pobres, y se creían ricos. En orfanatos, hospitales y cárceles, en todos los refugios de la miseria, en todos los lugares donde el hombre, envanecido por su efímera autoridad[58], no había atrancado la puerta, dejando fuera al espíritu de la Navidad, éste daba su bendición y enseñaba sus preceptos a Scrooge.

Fue una larga noche, si es que realmente fue una sola noche. Scrooge tenía sus dudas al respecto, pues las fiestas de Navidad parecían haberse condensado en el espacio de tiempo que ambos habían pasado juntos. Era también extraño que, mientras Scrooge conservaba inalterable su aspecto exterior, el espectro envejecía y envejecía a ojos vista. Scrooge había observado este cambio, pero no habló de ello hasta que hubieron abandonado una reunión de niños que celebraban la noche de Reyes y, mirando al espíritu mientras pasaban por un lugar al aire libre, advirtió que su cabello había encanecido.

—¿Es tan corta la vida de los espíritus? —preguntó Scrooge.

—Mi vida en esta tierra es muy breve —respondió el espectro—. Termina esta noche.

—¡Esta noche! —exclamó Scrooge.

—Esta noche a las doce. ¡Escucha! Mi hora se acerca. Las campanas daban, en ese momento, las doce menos cuarto.

—Perdóname si no tengo justificación para lo que te voy a preguntar —dijo Scrooge, observando atentamente la túnica del espíritu—; pero veo algo extraño, que no forma parte de ti, asomando por debajo de tu ropa. ¡Es un pie o una garra!

—Pudiera ser una garra, pues está muy descarnada —fue la triste contestación del espíritu—. ¡Mira aquí!

De entre los pliegues de su ropa surgieron dos niños: desgraciados, abyectos, horrendos, odiosos, miserables. Se arrodillaron a sus pies y se asieron a sus vestiduras.

—¡Hombre, mira aquí! ¡Mira, mira, mira aquí abajo! —exclamó el espectro.

Eran un niño y una niña. Amarillentos, flacos, andrajosos, ceñudos, de expresión salvaje; pero postrados con humildad. Donde la gracia de la juventud debiera haber colmado sus rasgos, pintándolos con sus tintes más lozanos, una mano rancia y marchita, como la de la vejez, los había oprimido, retorcido y estirado hasta desfigurarlos. Donde los ángeles hubieran podido instalar su trono, se emboscaban los demonios y acechaban amenazadores. Ningún cambio, ninguna degradación o perversión de la naturaleza humana, del grado que fuere y a través de todos los portentosos misterios de la creación, ha producido jamás tan horribles y espantosos monstruos.

Scrooge, aterrado, retrocedió. Al habérselos mostrado de ese modo, intentó decir que eran unos niños hermosos; pero las palabras se le atragantaron antes de pronunciar una mentira de tan enorme magnitud.

—Espíritu, ¿son hijos tuyos? —es lo único que pudo decir Scrooge.

—Son hijos del hombre —respondió el espíritu, contemplándolos—. Y se aferran a mí, apelando contra sus padres. Este niño es la Ignorancia. Esta niña es la Indigencia. Guárdate de ambos y de toda su especie; pero, sobre todo, guárdate de este niño, pues en su frente veo escrita, a menos que alguien la borre, la palabra Condenación. ¡Atrévete a negarlo! —gritó el espíritu, extendiendo su mano hacia la ciudad—. ¡Mienten quienes lo niegan! ¡Admítelo para tus perversos fines, y empeóralo aún más! ¡Y espera el fin!

—¿No tienen refugio o recurso alguno? —preguntó Scrooge.

—¿No hay prisiones? —replicó el espíritu, echándole en cara por última vez sus propias palabras—. ¿No hay asilos?

La campana dio las doce.

Scrooge miró a su alrededor, en busca del espectro; y no vio nada. Cuando la última campanada cesó de vibrar, recordó la predicción del viejo Jacob Marley y, alzando los ojos, atisbo a un fantasma, encapuchado y con largos ropajes, que se deslizaba solemnemente, como una niebla rastrera, hacia él.

Cuarta estrofa

El último de los espíritus


EBENEZER
SCROOGE



El fantasma se aproximó lenta, grave, silenciosamente. Cuando estuvo cerca de él, Scrooge cayó de rodillas, pues hasta el mismo aire en que se movía este espíritu parecía difundir melancolía y misterio.

Vestía ropajes completamente negros que cubrían su cabeza, su rostro y sus formas corporales y sólo dejaban visible una mano extendida. A no ser por esto, hubiera sido difícil distinguir su figura en la noche y aislarla de las sombras que la rodeaban.

Advirtió, cuando lo tuvo cerca, que era alto y majestuoso y que su misteriosa presencia le infundía un solemne terror. No pudo observar más, porque el espíritu ni hablaba ni se movía.

—¿Estoy en presencia del espectro de las navidades futuras? —preguntó Scrooge.

El espíritu no respondió; pero señaló hacia adelante con su mano.

—Vas a mostrarme las sombras de las cosas que no han sucedido, pero que sucederán en tiempos venideros —prosiguió Scrooge—, ¿no es así, espíritu?

La parte superior del ropaje se contrajo formando pliegues, como si el espíritu hubiera inclinado la cabeza. Esa fue la única contestación que recibió.

Aunque a esas alturas ya se había acostumbrado a las visitas fantasmales, Scrooge temía tanto a la silenciosa figura que sus piernas temblaban de arriba abajo; y, cuando se dispuso a seguirla, sintió que difícilmente podría tenerse

en pie. El espíritu, advirtiendo su situación, aguardó un momento para darle tiempo a recobrarse.

Pero esto fue aún peor para Scrooge. Se estremeció con un vago e incierto horror al pensar que, detrás de aquel sombrío sudario, había unos ojos espectrales que le miraban fijamente, mientras que él, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía ver más que una mano fantasmal y una gran masa negra.

—¡Espíritu del futuro —exclamó—, eres el más temible de todos los espectros que he visto! Pero, como sé que tu propósito es hacerme el bien, y como espero vivir para ser un hombre distinto del que fui, estoy dispuesto a acompañarte, y lo haré con toda la gratitud de mi corazón. ¿No vas a hablarme?

El espectro no respondió. Su mano señalaba con firmeza hacia adelante.

—¡Guíame! —dijo Scrooge—. ¡Guíame! La noche se está desvaneciendo rápidamente, y el tiempo es precioso para mí, lo sé. ¡Guíame, espíritu!

El fantasma se movió del mismo modo que lo hiciera cuando vino hacia él. Scrooge siguió a la sombra de la vestidura, imaginando que lo sostenía y lo llevaba consigo.

No le pareció que entraran en la ciudad, sino más bien que la ciudad iba surgiendo en torno a ellos, rodeándolos mientras se formaba. Sin embargo, estaban ya allí, en el corazón de la ciudad: en la Bolsa, entre los negociantes, que corrían de un lado para otro, haciendo tintinear las monedas en sus bolsillos, y conversaban en grupos y miraban sus relojes y bromeaban pensativamente con sus grandes sellos de oro y actuaban, en fin, como Scrooge viera tan a menudo.

El espíritu se detuvo junto a un corrillo de hombres de negocios. Advirtiendo que los señalaba con la mano, Scrooge avanzó para escuchar su conversación.

—No —decía un hombre muy gordo con una barbilla monstruosa—, de todos modos no sé gran cosa de este asunto. Sólo sé que ha muerto.

—¿Cuándo murió? —preguntó otro.

—Anoche, creo.

—Vaya, ¿y qué le ocurrió? —indagó un tercero, tomando una gran cantidad de rapé de una enorme tabaquera—. Yo creía que no iba a morirse nunca.

—Dios sabe —dijo el primero, bostezando.

—¿Qué ha hecho con su dinero? —preguntó un caballero rubicundo con una excrecencia colgante en la punta de la nariz que se balanceaba como el moco de un pavo.

—No he oído nada —dijo el hombre de la barbilla monstruosa, bostezando de nuevo—. Quizás se lo haya dejado a su empresa. A mí, no me lo ha dejado: eso es lo único que sé.

Esta chanza fue recibida con una carcajada general.

—Probablemente será un entierro de mala muerte —dijo el mismo interlocutor—, pues a fe mía que no sé de nadie que vaya a ir. ¿Y si formáramos un grupo de voluntarios?

—No tengo inconveniente en ir, si luego hay un almuerzo —observó el caballero de la excrecencia en la nariz—. Pues, si formo parte del grupo, necesito que me alimenten.

Nuevas carcajadas.

—Bueno, después de todo, yo soy más desinteresado que todos ustedes —dijo el primer interlocutor—, pues nunca llevo guantes negros, ni almuerzo jamás. Pero me ofrezco a ir, si alguien me acompaña. Cuando pienso en ello, no estoy completamente seguro de no haber sido su más íntimo amigo, pues solíamos pararnos a charlar donde quiera que nos encontrásemos. ¡Adiós, hasta luego!

Interlocutores y oyentes se dispersaron, mezclándose con otros grupos. Scrooge conocía a aquellos hombres, y miró al espíritu como pidiendo una explicación.

El fantasma se deslizó por una calle. Sus dedos señalaron a dos personas que acababan de encontrarse. Scrooge escuchó de nuevo, pensando que ahí podría hallar la explicación.



Conocía también perfectamente a estos individuos. Eran hombres de negocios, muy ricos y de gran prestigio. Él siempre se había propuesto conservar su estima: desde un punto de vista comercial, claro; estrictamente desde ese punto de vista.

—¿Cómo está usted? —dijo uno.

—¿Cómo está usted? —respondió el otro.

—¡Bien! —dijo el primero—. El viejo Belcebú[59] ha tenido por fin su merecido, ¿eh?

—Eso me han dicho —contestó el segundo—. Hace frío, ¿verdad?

—Es lo propio del tiempo navideño. Usted no es patinador, supongo.

—No, no. Tengo otras cosas en que pensar. ¡Buenos días!

Ni una palabra más. Así fue su encuentro, su conversación y su despedida.

Al principio, Scrooge se sintió inclinado a sorprenderse de que el espíritu diera importancia a conversaciones aparentemente tan triviales; pero, estando seguro de que debían de encerrar algún propósito oculto, se puso a considerar cuál podría ser el más probable. Difícilmente cabría suponer que tuviera alguna relación con la muerte de Jacob Marley, su antiguo consocio, ya que ésta pertenecía al pasado, y al espectro sólo le incumbía el futuro. Tampoco recordaba a nadie vinculado con él mismo, y al cual pudieran haberse referido. Pero, no albergando la menor duda de que, a quienquiera que se refiriesen, sus palabras contendrían alguna latente enseñanza moral para su propio bien, decidió guardar en su memoria como un tesoro todo lo que había oído y visto; y, especialmente, observar a su propia sombra, cuando ésta apareciese. Pues tenía la esperanza de que el comportamiento del futuro Scrooge le daría la clave que buscaba y le proporcionaría fácilmente la solución de aquellos enigmas.

Miró a su alrededor, en aquel lugar, buscando su propia imagen; pero había otro hombre en la esquina que él solía frecuentar, y, aunque el reloj marcaba la hora en que acostumbraba a estar allí, no vio a nadie que se le pareciera entre las multitudes que pululaban por los soportales. Esto, sin embargo, no le sorprendió mucho, porque había estado dándole vueltas a la idea de cambiar de vida, y así, pues, pensó y creyó ver que aquellas recientes decisiones ya se habían cumplido.

Inmóvil y oscuro, el fantasma continuaba junto a él, con la mano extendida. Cuando salió de su ensimismamiento, Scrooge supuso, por el giro de la mano y su posición respecto a él, que los ojos invisibles estaban mirándole con fijeza. Esto le hizo estremecerse, y sintió un frío intenso.

Abandonaron la bulliciosa escena y se dirigieron a una parte oscura de la ciudad, donde Scrooge jamás había penetrado, aunque conocía su situación y su mala reputación. Las calles eran sucias y estrechas; las tiendas y las casas, miserables; las gentes, medio desnudas, ebrias, mugrientas y mal encaradas. Los pasadizos y callejones, así como los pozos de las letrinas, vomitaban sus infectos olores, su porquería y su vida en otras calles más apartadas; y el barrio entero apestaba a crimen, a inmundicia y a miseria.

En aquel antro de infame convivencia había un angosto tenducho que sobresalía por debajo del alero de una casa, donde se vendía hierro, trapos viejos, botellas, huesos y despojos grasientos. En su interior, se amontonaban sobre el suelo llaves oxidadas, clavos, cadenas, bisagras, limas, balanzas, pesas y toda clase de desechos de hierro. Secretos que a muy pocos les hubiera gustado escudriñar se multiplicaban y escondían entre montañas de trapos indecorosos, amasijos de grasa putrefacta y pilas de huesos. Sentado entre las mercancías de su negocio, junto a una estufa de carbón hecha con ladrillos viejos, había un granuja setentón y canoso, que se resguardaba del aire frío por medio de una pringosa cortina de abigarrados andrajos, colgada de una cuerda, y fumaba su pipa disfrutando del lujo de aquel apacible retiro.

Scrooge y el fantasma llegaron a presencia de este hombre en el mismo momento en que una mujer, cargada con un pesado fardo, se deslizaba al interior del tenducho. Pero apenas ésta acababa de entrar cuando otra mujer, igualmente cargada, pasó al interior; e inmediatamente detrás de ella penetró un hombre vestido de negro, cuya sorpresa al ver a ambas mujeres no fue menor que la de éstas al reconocerse mutuamente. Tras una breve pausa de silencioso asombro, durante la cual se les había unido el viejo de la pipa, los tres soltaron la carcajada.

—¡Que la asistenta sea la primera! —gritó la mujer que había entrado en primer lugar—. Que la lavandera sea la segunda; y el de la funeraria, el último. ¡Mire qué casualidad, viejo Joe! ¡Encontrarnos aquí los tres sin pensarlo!

—No habrían podido encontrarse en mejor sitio —exclamó el viejo Joe, quitándose la pipa de la boca—. Pasen al salón. Usted ya lo conoce desde hace tiempo; y los otros dos tampoco son extraños. Esperen a que cierre la puerta de la tienda. ¡Ah, cómo rechina! No hay en este lugar un trozo de metal tan herrumbroso como esos goznes; y estoy seguro de que tampoco hay unos huesos viejos tan duros como los míos, ¡ja, ja! Somos buenos compañeros: tal para cual. Vamos al salón, ea. Vamos al salón.

El salón era el espacio que había detrás de la cortina de andrajos. El anciano atizó el fuego con una vieja barra que antaño sirviera para sujetar una alfombra de escalera[60], y, luego de despabilar la humeante lámpara (pues era de noche) con la boquilla de su pipa, volvió a ponérsela en la boca.

Mientras hacía esto, la mujer que había hablado antes dejó su fardo en el suelo y se sentó en un taburete de manera harto indecorosa, apoyando los codos en las rodillas y mirando con abierta desconfianza a los otros dos.

—¿Qué pasa? ¿Qué tiene de extraño, señora Dilber? —dijo la mujer—. Todo el mundo tiene derecho a cuidar de sí mismo. ¡Él siempre lo hizo!

—¡Eso es verdad, efectivamente! —dijo la lavandera—. Nadie lo hizo como *él*.

—Entonces, ¿por qué me mira usted con esos ojos, como si estuviera asustada? ¿Quién de las dos es la más avispada? No vamos a tirar piedras a nuestros propios tejados, supongo.

—¡No, claro que no! —exclamaron a la vez la señora Dilber y el empleado de la funeraria—. Esperamos que no.

—¡Muy bien! —gritó la mujer—. Con eso basta. ¿A quién perjudica la desaparición de unas pocas cosillas como éstas? No al muerto, imagino.

—No, desde luego —dijo la señora Dilber, riendo.

—Si el viejo y maldito roñoso quería conservarlas después de muerto —prosiguió la mujer—, ¿por qué no fue una persona normal en vida? Si lo hubiera sido, habría tenido a alguien que cuidara de él cuando estaba al borde de la muerte, en vez de soltar a solas su última boqueada.

—Esa es la mayor verdad que se ha dicho en el mundo —declaró la señora Dilber—. Es la sentencia que se merece.

—Yo hubiese preferido otra, un poco más dura —replicó la mujer—; y es que me hubiera gustado, puede creerlo, echar mano a alguna otra cosa más. Abra el fardo, viejo Joe, y dígame cuánto me da por eso. Hable con franqueza. No me importa ser la primera, ni que éstos lo vean. Bien sabíamos nosotros que estábamos aprovechándonos antes de que nos encontrásemos aquí, creo yo. Eso no es pecado. Abra el fardo, Joe.

Pero la galantería de sus amigos no lo permitiría. Y el hombre vestido de negro, abriendo su atadillo en primer lugar, presentó su botín. No era muy amplio. Una o dos estampillas, una caja de lapiceros, un par de gemelos de camisa y un alfiler de corbata de escaso valor: eso era todo. Los objetos fueron concienzudamente examinados y tasados por el viejo Joe, que apuntaba con tiza en la pared la cantidad que estaba dispuesto a dar por cada uno de ellos, sumándolas al advertir que ya no había nada más.

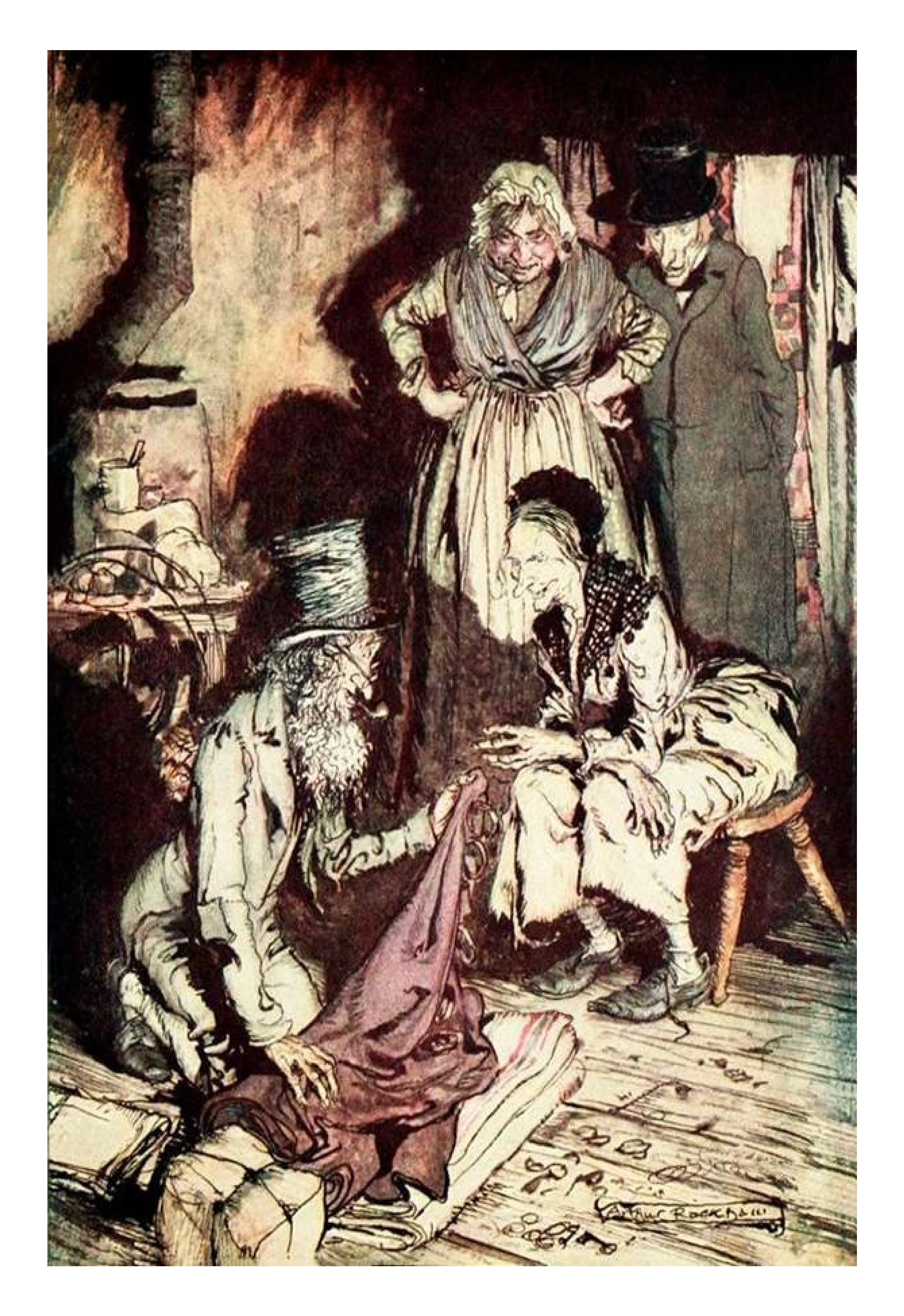
—Esta es su cuenta —dijo Joe—, y no le daría ni seis peniques más, aunque me cocieran vivo si no lo hacía. ¿Quién es la siguiente?

La señora Dilber era la siguiente. Sábanas y toallas, un traje algo usado, dos cucharillas de plata pasadas de moda, unas pinzas para el azúcar y varios pares de botas. Su cuenta fue anotada de la misma manera en la pared.

—Siempre doy demasiado a las damas. Es una de mis debilidades, y eso me va a llevar a la ruina —dijo el viejo Joe—. Esta es su cuenta. Si me pide un penique más y se pone a discutir, me arrepentiré de haber sido tan generoso y le descontaré media corona.

—Y ahora desate *mi* fardo, Joe —dijo la primera mujer.

Joe se puso de rodillas para abrirlo con más comodidad y, después de haber deshecho una gran cantidad de nudos, extrajo un rollo grande y pesado de tela oscura.



—¿Qué es esto? —dijo Joe—. ¡Las cortinas de la cama!

—¡Ah! —contestó la mujer, echándose a reír e inclinándose hacia adelante sobre sus brazos cruzados—. ¡Las cortinas de la cama!

—¿No irá usted a decirme que las cogió, con anillas y todo, mientras él yacía allí? —preguntó Joe.

—Sí, lo hice —respondió la mujer—. ¿Por qué no?

—Usted nació para hacer fortuna —dijo Joe—, y estoy seguro de que la hará.

—De lo que puede estar seguro es de que mi mano, cuando tenga que echársela a algo, no se detendrá por respeto a gentes como él. Se lo garantizo, Joe —replicó fríamente la mujer—. Y ahora tenga cuidado: no vaya a echar aceite en las mantas.

—¿Sus mantas? —preguntó Joe.

—¿De quién cree usted que pueden ser? —contestó la mujer—. No es probable que pase frío sin ellas, digo yo.

—Supongo que no moriría de nada contagioso, ¿verdad? —dijo el viejo Joe, interrumpiendo su tarea y levantando la mirada.

—No tenga miedo a eso —respondió la mujer—. No me he encariñado con su compañía tanto como para perder el tiempo a su lado recogiendo estas cosas, si hubiera muerto de algo así. ¡Ah! Puede examinar esa camisa hasta que le duelan los ojos; pero no encontrará un agujero, ni tazaduras. Era la mejor que tenía, y es muy fina. La habrían desperdiciado, si no hubiera sido por mí.

—¿A qué llama usted desperdiciarla? —preguntó el viejo Joe.

—A que se la hubieran puesto para enterrarle con ella, estoy segura —replicó la mujer, sonriendo—. Hay gente tan estúpida que lo hubiera hecho; pero yo se la habría vuelto a quitar. Si el percal no es lo bastante bueno para eso, es que no es bueno para nada. Le sienta bien al cuerpo. Y él no podía parecer más feo de lo que parecía.

Scrooge escuchó, horrorizado, este diálogo. Mientras aquellos individuos estaban sentados alrededor de su botín, bajo la escasa luz que proporcionaba la lámpara del viejo, los contemplaba con una aversión y un disgusto que difícilmente habrían sido mayores si se tratara de obscenos demonios negociando con el cuerpo del propio difunto.

—¡Ja, ja! —rió la mujer cuando el viejo Joe, sacando una bolsa de franela con dinero, depositó en el suelo lo que correspondía a cada uno—. ¡Esto es el final, ya lo ven ustedes! ¡Ahuyentó a todos cuando estaba vivo para que nosotros pudiéramos beneficiarnos cuando muriera! ¡Ja, ja, ja!

—¡Espíritu! —dijo Scrooge, temblando de pies a cabeza—. Ya lo veo, ya lo veo. El caso de este infeliz podría ser el mío. Mi vida transcurre ahora por esos mismos cauces. ¡Cielos! ¿Qué es esto?

Retrocedió, aterrorizado, pues la escena había cambiado, y ahora él estaba casi tocando una cama: una cama desnuda, sin cortinas, en la que, bajo una sábana raída, yacía algo que, aunque mudo, se anunciaba con un espantoso lenguaje.

La habitación era muy oscura, demasiado oscura para ser examinada con precisión, aunque Scrooge, obedeciendo a un secreto impulso, miró a su alrededor, ansioso de saber en qué clase de estancia se hallaba. Una pálida luz, procedente del exterior, caía directamente sobre la cama; y en ésta, saqueado y despojado, sin que nadie lo velara, lo cuidara o llorara por él, se encontraba el cuerpo de aquel hombre.

Scrooge miró al fantasma. Su rígida mano señalaba hacia la cabeza. La mortaja estaba tan descuidadamente colocada que el más leve tirón, el movimiento de un dedo por parte de Scrooge, hubiera puesto al descubierto el rostro del difunto. Así lo pensó Scrooge, y sintió que sería fácil hacerlo, y deseó llevarlo a cabo; pero tenía tanta fuerza para levantar la sábana como para apartar al espectro de su lado.

¡Oh, fría, fría, rígida, terrible muerte: erige aquí tu altar y revístelo con todos los horrores de que dispongas, porque éste es tu dominio! Sin embargo, de la cabeza amada, digna de respeto y veneración, no podrás tocar ni un solo cabello para tus espantosos fines, ni podrás hacer odiosos sus rasgos. Y no es que ahora la mano esté inerte y caiga al ser abandonada, ni que el corazón y el pulso estén inmóviles; sino que la mano fue noble, generosa y leal; y el corazón, valeroso, cálido y tierno; y el pulso, viril. ¡Hiere, Sombra, hiere! ¡Y contempla cómo sus buenas acciones brotan de la herida para sembrar el mundo de vida inmortal!

Ninguna voz pronunció estas palabras en los oídos de Scrooge; y, sin embargo, él creyó oírlas mientras observaba la cama. Y reflexionó: si este hombre pudiera incorporarse ahora, ¿cuáles serían sus primeros pensamientos? ¿La avaricia, los arduos negocios, las inquietudes pecuniarias? ¡Precisamente éstas le habían llevado a tan suntuoso final!

Yacía, en la oscura casa desierta, sin un hombre, una mujer o un niño que dijera que fue amable en tal o cual ocasión y que, por el recuerdo de una palabra cariñosa, le demostrase ahora su cariño. Un gato maullaba en la puerta, y, bajo el fogón de la chimenea, se oía el roer de las ratas. Lo que éstas

buscaban en la cámara mortuoria y por qué estaban tan agitadas y nerviosas, Scrooge no se atrevió ni a pensarlo.

—Espíritu —dijo—, éste es un lugar terrible. Al abandonarlo, no olvidaré sus enseñanzas, te lo aseguro. ¡Vámonos!

El espectro aún señalaba con su dedo inmóvil la cabeza del muerto.

—Te comprendo —contestó Scrooge—, y lo habría hecho, si hubiese podido. Pero no tengo fuerzas, espíritu. No tengo fuerzas.

Nuevamente le pareció que el espíritu lo miraba.

—Si hay alguien en la ciudad que sienta alguna emoción por la muerte de este hombre —dijo Scrooge, completamente angustiado—, muéstrame a esa persona. ¡Espíritu, te lo ruego!

El fantasma desplegó momentáneamente sus oscuros ropajes, como un ala, ante él; y, replegándolos, le mostró una habitación iluminada por la luz del día, en la que se hallaban una madre y sus hijos.

Ella estaba esperando a alguien con ansiosa inquietud, pues recorría la habitación de un lado para otro, se sobresaltaba al menor ruido, miraba por la ventana, consultaba el reloj, procuraba en vano hacer punto con las agujas y a duras penas podía soportar las voces de los niños que jugaban.

Por fin se oyó la tan esperada llamada. Ella se precipitó hacia la puerta y encontró a su marido: un hombre cuyo semblante, aunque joven, se mostraba preocupado y deprimido. Había en él una singular expresión: una especie de grave deleite, del que parecía sentirse avergonzado y que luchaba por reprimir.

Se sentó a tomar la comida que le habían reservado junto al fuego; y, cuando ella le preguntó tímidamente qué noticias traía (lo que no hizo hasta después de un largo silencio), él pareció hallar dificultades para responder.

—¿Son buenas o malas? —dijo ella, para ayudarle.

—Malas —contestó él.

—¿Estamos completamente arruinados?

—No. Aún hay esperanzas, Caroline.

—¡Las hay, si *él* se compadece! —dijo ella, absorta—. No hay que perder la esperanza, si es que ha sucedido tal milagro.

—Ya no puede compadecerse —dijo su marido—. Ha muerto.

Si la cara es el espejo del alma, ella era una dulce y paciente criatura; pero, al oír esto, su alma se alegró, y así lo dio a entender, palmoteando. Al instante pidió perdón y lamentó haberlo hecho; pero la primera reacción le había salido del corazón.

—Lo que me dijo anoche aquella mujer medio borracha de la que te hablé, cuando intenté verlo para obtener una semana de aplazamiento, y yo creí que era una simple excusa para librarse de mí, ha resultado ser absolutamente cierto. En aquel momento, no sólo estaba muy enfermo, sino muriéndose.

—¿A quién se traspasará nuestra deuda?

—No lo sé. Pero, antes de que se traspase, dispondremos de dinero; e incluso aunque no fuera así, sería verdaderamente una mala suerte que el nuevo acreedor fuese tan despiadado como él. ¡Esta noche podemos dormir con el corazón tranquilo, Caroline!

Sí. A medida que desechaban sus temores, se iban apaciguando sus corazones. Los rostros de los niños, que habían enmudecido y se agrupaban alrededor de sus padres para escuchar aquellas frases que apenas comprendían, parecían más brillantes. ¡El hogar era más feliz a causa de la muerte de aquel hombre! El único sentimiento que, por tal suceso, podía mostrarle el espectro, era de placer.

—Permíteme que vea alguna compasión provocada por esa muerte —dijo Scrooge—; o, de lo contrario, esa oscura habitación que hemos abandonado, espíritu, siempre estará presente en mí.

El espectro le condujo a través de varias calles familiares a sus pisadas; y, mientras avanzaban, Scrooge miraba a uno y otro lado para encontrarse a sí mismo, pero no se veía por ninguna parte. Entraron en la casa del pobre Bob Cratchit, morada que ya había visitado antes, y hallaron a la madre y a sus hijos sentados en torno al fuego.

Silencio. Completo silencio. Los ruidosos hermanos pequeños estaban sentados en un rincón, tan inmóviles como estatuas, mirando a Peter, que tenía un libro ante sí. La madre y las hijas cosían. Pero ¡qué silenciosos estaban todos!

—Y, tomando a un niño, lo sentó en medio de ellos[61]. ¿Dónde había oído Scrooge esas palabras? No las había soñado. El muchacho debía de haberlas leído en voz alta cuando él y el espíritu cruzaron el umbral. ¿Por qué no continuaba?

La madre dejó su labor en la mesa y se llevó una mano al rostro.

—El color daña mis ojos —dijo.

¿El color? ¡Ah, pobre Tiny Tim!

—Ahora están mejor —continuó la esposa de Cratchit—. La luz de la lámpara me hace daño a la vista; y no quiero por nada del mundo que vuestro padre lo note cuando venga. Ya es hora de que llegue.

—Más bien pasada —respondió Peter, cerrando su libro—. Aunque creo, madre, que estas últimas noches camina más despacio que de costumbre.

Guardaron de nuevo absoluto silencio. Al fin, ella dijo con voz firme y alegre, que se quebró una sola vez:

—Yo sé que camina con…, que camina con Tiny Tim sobre los hombros, y muy de prisa.

—Y yo también —dijo Peter—. Lo he visto muchas veces.

—¡Y yo también! —exclamó otro. Y así lo dijeron todos.

—Pero era muy ligero de llevar —concluyó la madre, atenta a su labor—, y su padre le quería tanto que no le causaba ninguna molestia…, ninguna molestia. ¡Ya está vuestro padre en la puerta!

Ella corrió a su encuentro; y el bueno de Bob, con su larga bufanda —pobrecillo, cómo la necesitaba—, entró en la habitación. Tenía su té preparado en la repisa interior de la chimenea, y todos intentaron ayudarle a servírselo. Luego, los dos pequeños Cratchit se sentaron en sus rodillas, uniendo sus rostros al de su padre, como si quisieran decirle: «No te preocupes, padre. ¡No te entristezcas!».

Bob se mostró muy alegre con ellos y conversó animadamente con toda la familia. Contempló la labor que había sobre la mesa y alabó la pericia y la rapidez de la señora Cratchit y de sus hijas. La habrían terminado antes del domingo, dijo.

—¡El domingo! Entonces, ¿has ido hoy, Robert? —preguntó su esposa.

—Sí, querida —contestó Bob—. Me gustaría que hubieses ido. Te habría tranquilizado comprobar qué verde es aquel lugar. Pero lo verás con frecuencia. Le prometí que iría el domingo. ¡Mi pobre, mi pobre niño! —exclamó—. ¡Mi pobre niño!

Se abatió de repente. No podía remediar lo sucedido. Si hubiese podido, él y su hijo habrían estado mucho más apartados de los demás que lo que estaban.

Abandonó la habitación y se fue, escaleras arriba, a un cuarto que estaba alegremente iluminado y con un Nacimiento colgado de la pared. Había una silla muy cerca de la figura del Niño, e indicios de que alguien había estado recientemente allí. El pobre Bob se sentó en la silla y, después de meditar un poco y tranquilizarse, besó la pequeña efigie. Se resignó a lo que había sucedido y bajó de nuevo, bastante más feliz.

Se instalaron alrededor del fuego y empezaron a charlar; las muchachas y su madre reanudaron su labor. Bob les habló de la extraordinaria amabilidad del sobrino del señor Scrooge, a quien apenas había visto más de una vez, y

que al encontrarlo aquel día en la calle y advirtiendo que le miraba un poco —«sólo un poco, ya sabes», dijo Bob—, le preguntó qué le había sucedido para hallarse tan apenado.

—Por tanto —continuó Bob—, como es la persona más amable de la que hayas oído hablar, se lo conté. «Lo siento de todo corazón, señor Cratchit —me dijo—, y lo siento también por su buena esposa». A propósito, no entiendo cómo podía saberlo.

—¿Saber qué, querido?

—Vaya, pues que tú eres una buena esposa —contestó Bob.

—¡Eso lo sabe todo el mundo! —dijo Peter.

—¡Muy bien dicho, muchacho! —gritó Bob—. Claro que sí. «Lo siento de todo corazón —dijo— por su buena esposa. Si puedo hacer algo por usted —añadió, dándome su tarjeta—, aquí está mi dirección. Le ruego que venga». Ahora bien —exclamó Bob—, eso fue realmente maravilloso, y no tanto por lo que sea capaz de hacer por nosotros como por la afectuosa manera de decírmelo. Parecía verdaderamente como si hubiera conocido a nuestro Tiny Tim y lo sintiera con nosotros.

—¡Estoy segura de que es una buena persona! —dijo la señora Cratchit.

—Más segura estarías aún, querida —respondió Bob—, si lo vieras y hablases con él. No me sorprendería mucho, oye lo que te digo, que consiguiera una mejor colocación para Peter.

—Escucha eso, Peter —dijo la señora Cratchit.

—Y entonces —gritó una de las hijas— Peter se asociará con alguien y se establecerá por su cuenta.

—¡Vete por ahí! —replicó Peter, sonriendo sarcásticamente.

—Eso puede suceder, o no, cualquier día de estos —dijo Bob—; pero queda todavía mucho tiempo por delante, querida. Sin embargo, y aunque nos separemos unos de otros, estoy seguro de que ninguno de nosotros olvidará al pobre Tiny Tim. ¿Olvidaremos acaso esta primera separación que ha habido entre nosotros?

—¡Nunca, padre! —exclamaron todos.

—Yo sé —dijo Bob—, yo sé, queridos míos, que, cuando recordemos lo dulce y lo paciente que era, a pesar de ser un niño pequeño, muy pequeño, nos será difícil reñir entre nosotros; olvidaríamos al pobre Tiny Tim, si riñéramos.

—¡No, padre, nunca! —exclamaron todos nuevamente.

—Soy muy feliz —dijo el pobre Bob—. ¡Soy muy feliz!

La señora Cratchit le besó; le besaron sus hijas; le besaron los dos pequeños Cratchit; y Peter y él se estrecharon la mano. ¡Espíritu de Tiny Tim:

tu infantil esencia provenía de Dios!

—Espectro —dijo Scrooge—, algo me indica que el momento de nuestra separación está próximo. Lo sé, aunque no sé cómo. Dime, ¿quién era aquel hombre que yacía muerto?

El espíritu de las navidades futuras le transportó, como antes —aunque en una época distinta, pensó: verdaderamente, no parecía haber ningún orden en estas visiones, salvo que todas ellas se referían al futuro—, a los puntos de reunión de los hombres de negocios; pero tampoco se vio a sí mismo. En realidad, el espíritu no se detenía por nada, sino que continuaba adelante, como acercándose al fin, que ahora precisamente parecía más deseado, hasta que Scrooge le suplicó que se parara un momento.

—En este callejón —dijo Scrooge— por el que hemos pasado tan rápidamente, es donde está mi lugar de trabajo, donde he estado desde hace mucho, tiempo. Veo la casa. Permíteme contemplar lo que voy a ser en días venideros.

El espíritu se detuvo: la mano señalaba hacia otra parte.

—La casa está ahí —exclamó Scrooge—. ¿Por qué señalas a otra parte?

El inexorable dedo siguió apuntando sin cambiar de dirección.

Scrooge se acercó apresuradamente a la ventana de su oficina y miró al interior. Seguía siendo una oficina, pero no la suya. Los muebles no eran los mismos, y el hombre que estaba sentado en la silla, no era él. El fantasma continuó señalando como antes.

Scrooge se unió a él de nuevo y, preguntándose qué habría sido de sí mismo y a dónde podría haber ido, le acompañó hasta llegar a un portón de hierro. Se paró, antes de entrar, y miró a su alrededor.

Un cementerio. Aquí, pues, yacía bajo tierra el despreciable individuo cuyo nombre iba ahora a conocer. Era un lugar digno de él: cercado por casas, invadido por la hierba y la maleza, productos de una vegetación muerta, no viva; saturado de enterramientos; henchido por un inagotable apetito. ¡Un lugar digno de él!

El espíritu permanecía de pie entre las tumbas y apuntaba a una. Scrooge avanzó hacia ella, temblando. El fantasma era exactamente el mismo de antes; pero él temió ver un nuevo significado en su solemne figura.

—Antes de acercarme a esa losa que estás señalando —dijo Scrooge—, respóndeme a una pregunta. ¿Son éstas las sombras de las cosas que van a suceder, o solamente de las que es posible que sucedan?

Pero el espectro aún apuntaba hacia la tumba junto a la cual se había detenido.

—Las vidas de los hombres presagian los finales a los que se verán conducidos si perseveran en su conducta —dijo Scrooge—. Pero, si se apartan de esas formas de vida, los finales habrán de cambiar. ¡Dime que es así lo que tú me muestras!

El espíritu permaneció tan inmóvil como siempre.

Scrooge se deslizó, temblando como antes, hacia la losa; y, siguiendo la dirección del dedo, leyó, sobre la piedra de la descuidada tumba, su propio nombre:

EBENEZER SCROOGE

—¿Era yo aquel hombre que yacía en el lecho? —exclamó, cayendo de rodillas.

El dedo apuntó hacia él y, luego, otra vez, hacia la tumba.

—¡No, espíritu! ¡Oh, no, no!

El dedo aún seguía apuntando.

—¡Espíritu! —gritó, asiéndose fuertemente a la túnica del fantasma—. ¡Escúchame! ¡Ya no soy el que era! ¡Ya no soy el hombre que hubiera sido sin tu intercesión! Si no me queda ninguna esperanza, ¿por qué me enseñas todo esto?

Por vez primera, la mano pareció agitarse.

—Buen espíritu —prosiguió Scrooge, que continuaba arrodillado—, tu naturaleza intercede por mí y me compadece. ¡Asegúrame que, cambiando de vida, aún puedo hacer cambiar estas sombras que me has mostrado!

La bondadosa mano tembló.

—Honraré a la Navidad en mi corazón e intentaré mantener su espíritu todo el año. Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro. Los tres espíritus actuarán dentro de mí. No cerraré la puerta a las lecciones que me han enseñado. ¡Oh, dime que puedo borrar el nombre escrito en esa losa!

En su angustia, se aferró a la mano espectral. Se esforzó ésta por liberarse; pero la súplica le daba fuerzas a Scrooge, y la retuvo. El espíritu, con más fuerza aún, le rechazó.

Uniendo sus manos en una última plegaria para que cambiara su destino, advirtió que la capucha y la túnica del fantasma experimentaban una transformación. El espectro se encogió, menguó y se redujo de tamaño hasta convertirse en la columna de una cama.

Quinta estrofa

El final de la historia



¡Sí! Y la columna era la de su cama. La cama era su propia cama, y el dormitorio, el suyo. ¡Y lo mejor y más venturoso de todo era que el tiempo que tenía por delante, para enmendarse, también era suyo!

—¡Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro! —repitió Scrooge, saltando de la cama—. Los tres espíritus actuarán dentro de mí. ¡Oh, Jacob Marley! ¡Alabados sean por ello el Cielo y la Navidad! ¡Lo digo de rodillas, viejo Jacob, de rodillas!

Estaba tan nervioso y tan entusiasmado con sus buenos propósitos que su voz quebrada apenas podía expresarlos. Había sollozado intensamente en su pugna con el espíritu, y tenía el rostro empapado de lágrimas.

—¡No las han arrancado! —exclamó Scrooge, tomando entre sus brazos una de las cortinas de la cama—. No las han arrancado, ni tampoco las anillas. Están aquí. Yo también estoy aquí. Las sombras de las cosas que habrían sucedido pueden disiparse. Y se disiparán. ¡Claro que sí!

Estaba, mientras tanto, ocupado en vestirse: volvía las prendas del revés, se ponía lo de arriba para abajo, las rompía, se las colocaba mal, haciéndolas partícipes de toda clase de extravagancias.

—¡No sé lo que hago! —dijo Scrooge, riendo y llorando al mismo tiempo y enredándose en sus medias como un perfecto Laocoonte[62]—. Me siento tan ligero como una pluma, tan feliz como un ángel, tan alegre como un colegial. Estoy tan aturdido como un borracho. ¡Felices pascuas a todos! ¡Feliz año nuevo a todo el mundo! ¡Eh, aquí! ¡Yuupi! ¡Hola!

Había entrado, brincando, en su cuarto de estar, y ahora se encontraba allí, resoplando con fuerza.

—¡Aquí está la cacerola con las gachas! —exclamó, saltando de nuevo y brincando alrededor de la chimenea—. ¡Esta es la puerta por la que entró el fantasma de Jacob Marley! ¡En este rincón se sentó el espectro de la Navidad presente! ¡Por esta ventana vi a los espíritus errantes! ¡Todo está bien, todo es cierto, todo ha sucedido de verdad! ¡Ja, ja, ja!

En realidad, para tratarse de un hombre que no había practicado la risa durante muchos años, fue una carcajada espléndida, una carcajada de lo más ilustre: progenitora de una larga, larga serie de brillantes carcajadas.

—¡No sé qué día del mes es hoy! —dijo Scrooge—. No sé cuánto tiempo he pasado entre los espíritus. No sé nada. Soy como un niño. No importa. No me preocupa. Prefiero ser un niño. ¡Eh! ¡Yuupi! ¡Hola, aquí!

Fue interrumpido en sus transportes de alegría por el repique de campanas más gozoso que oyera en su vida. Golpea, tintinea, martillea, din, don, suena la campana. ¡Suena la campana, din, don, martillea, tintinea, golpea! ¡Oh, qué magnífico, qué magnífico!

Corrió a la ventana y, abriéndola, sacó la cabeza al exterior. Ni niebla, ni bruma; un día claro, radiante, jovial, excitante, frío; cálido, si hervía la sangre; luz dorada del sol; cielo divino; dulce aire fresco; alegres campanas. ¡Oh, qué magnífico, qué magnífico!

—¿Qué día es hoy? —gritó Scrooge a un muchacho con traje de domingo, que tal vez se había demorado para observarle.

—¿Qué? —respondió el muchacho con una expresión de absoluto asombro.

—¿Qué día es hoy, amiguito? —repitió Scrooge.

—¿Hoy? —replicó el muchacho—. Hoy es Navidad.

—¡Es Navidad! —se dijo Scrooge—. Aún no me la he perdido. Los espíritus lo han hecho todo en una sola noche. Pueden hacer lo que quieren. Claro que pueden. Naturalmente que pueden. ¡Eh, amiguito!

—¿Qué? —respondió el muchacho.

—¿Conoces la pollería, no la que está en la esquina de esta calle, sino en la siguiente?

—Creo que sí —contestó el chico.

—¡Inteligente muchacho! —dijo Scrooge—. ¡Extraordinario muchacho! ¿Sabes si han vendido ya el pavo que estaba allí colgado? No el pavo pequeño; el grande.

—¿Cuál: uno tan grande como yo? —respondió el muchacho.

—¡Qué muchacho más agradable! —dijo Scrooge—. Da gusto hablar con él. ¡Sí, jovencito!

—Aún sigue allí colgado —contestó el muchacho.

—¿Aún está allí? —dijo Scrooge—. Ve y cómpralo.

—¡Vamos, ande! —exclamó el muchacho.

—No, no —repuso Scrooge—, te lo digo en serio. Ve y cómpralo, y diles que lo traigan aquí para que pueda darles la dirección a donde tienen que llevarlo. Vuelve con el tendero, y te daré un chelín. ¡Y si vuelves con él en menos de cinco minutos, te daré media corona!

El muchacho salió disparado como una bala. Habría de tener la mano firme en el gatillo quien pretendiera disparar una bala con la mitad de rapidez.

—¡Se lo enviaré a Bob Cratchit! —murmuró Scrooge, frotándose las manos y partiéndose de risa—. No sabrá quién se lo envía. Tiene dos veces el tamaño de Tiny Tim. ¡Joe Miller[63] nunca gastó una broma comparable a la de enviarle ese pavo a Bob!

La mano con que escribió la dirección no era muy firme; pero de un modo u otro la escribió. Y bajó las escaleras para abrir la puerta de la calle, esperando la llegada del tendero de la pollería. Mientras estaba allí, aguardando, se fijó en el aldabón.

—¡Lo querré mientras viva! —exclamó Scrooge, acariciándolo con su mano—. Antes apenas había reparado en él. ¡Qué expresión de honradez hay en su cara! ¡Es un aldabón maravilloso! ¡Ah, aquí está el pavo! ¡Hola! ¿Cómo está usted? ¡Felices pascuas!

¡Aquello sí que era un pavo! Aquel ave nunca habría podido mantenerse sobre sus patas. Se le hubieran quebrado al instante, como barritas de lacre.

—Vaya, es imposible llevar esto a Camden Town —dijo Scrooge—. Necesitará un coche de alquiler.

La risita con que dijo esto, la risita con que pagó el pavo, la risita con que pagó el coche de alquiler y la risita con que recompensó al muchacho sólo fueron superadas por la risita ahogada con que se sentó de nuevo en su silla; risita que duró hasta que, de nuevo, se echó a llorar.

Afeitarse no le fue tarea fácil, pues su mano continuaba temblando mucho; y afeitarse requiere atención, aun cuando uno no baile mientras se

afeita. Pero, si se hubiera cortado la punta de la nariz, se habría puesto encima un trozo de esparadrapo y se habría quedado tan satisfecho.

Se vistió «con sus mejores galas» y, por fin, salió a la calle. Las gentes, a esa hora, pululaban por todas partes, como ya lo había visto en compañía del espíritu de la Navidad presente; paseando con las manos a la espalda, Scrooge miraba a todo el mundo con una placentera sonrisa. En una palabra: parecía tan irresistiblemente feliz que tres o cuatro individuos joviales le abordaron: «¡Buenos días, señor! ¡Que tenga unas felices pascuas!». Y Scrooge, pasado el tiempo, aseguraría con frecuencia que, de todos los sonidos jubilosos que oyera en su vida, aquéllos fueron los más gratos a sus oídos.

No había ido muy lejos cuando observó que venía en dirección contraria el distinguido caballero que le había visitado el día anterior en su despacho y le había dicho: «¿Scrooge y Marley?, supongo». Sintió angustia en su corazón al pensar cómo le miraría ese anciano caballero cuando ambos se cruzaran; pero Scrooge sabía qué camino le conduciría directamente hasta él, y lo tomó.

—Mi querido señor —dijo Scrooge, apresurando el paso y estrechando entre las suyas la mano del anciano caballero—, ¿cómo está usted? Espero que ayer obtuviera éxito en su tarea. Fue muy humanitario por su parte. ¡Felices pascuas, señor!

—¿El señor Scrooge?

—Sí —respondió Scrooge—. Ese es mi nombre, y temo que no le agrade mucho oírlo. Permítame que le pida perdón. Y tenga usted la bondad… —y, aquí, Scrooge cuchicheó a su oído.

—¡Dios me bendiga! —gritó el caballero, como si le faltara el aliento—. Mi querido señor Scrooge, ¿habla usted en serio?

—Si usted no tiene inconveniente —dijo Scrooge—. Ni un cuarto de penique menos. En esa cifra van incluidos muchos pagos atrasados, se lo aseguro. ¿Querrá usted hacerme ese favor?

—Mi querido señor —dijo el otro, estrechándole la mano—, no sé qué decir para agradecerle tanta genero…

—No diga nada, por favor —le interrumpió Scrooge—. Venga a visitarme. Vendrá usted, ¿verdad?

—¡Iré! —exclamó el caballero. Y estaba claro lo que esto significaba para él.

—Gracias —dijo Scrooge—. Le estoy muy agradecido. Le doy mil veces las gracias. ¡Que Dios le bendiga!

Fue a la iglesia, y paseó por las calles, y contempló a las gentes que iban y venían presurosas, y acarició las cabezas de los niños, y charló con los

mendigos, y miró, por las ventanas de los sótanos, las cocinas de las casas, y escudriñó el interior por las de la planta baja; y descubrió que todo le producía placer. Nunca había imaginado que un paseo —que nada— le proporcionara tanta felicidad. A primera hora de la tarde encaminó sus pasos hacia la casa de su sobrino.

Pasó una docena de veces por delante de la puerta, antes de atreverse a subir y llamar. Pero, al fin, se decidió y llamó:

—¿Está el señor en casa, hija mía? —preguntó Scrooge a la criada. ¡Guapa muchacha! Muy guapa.

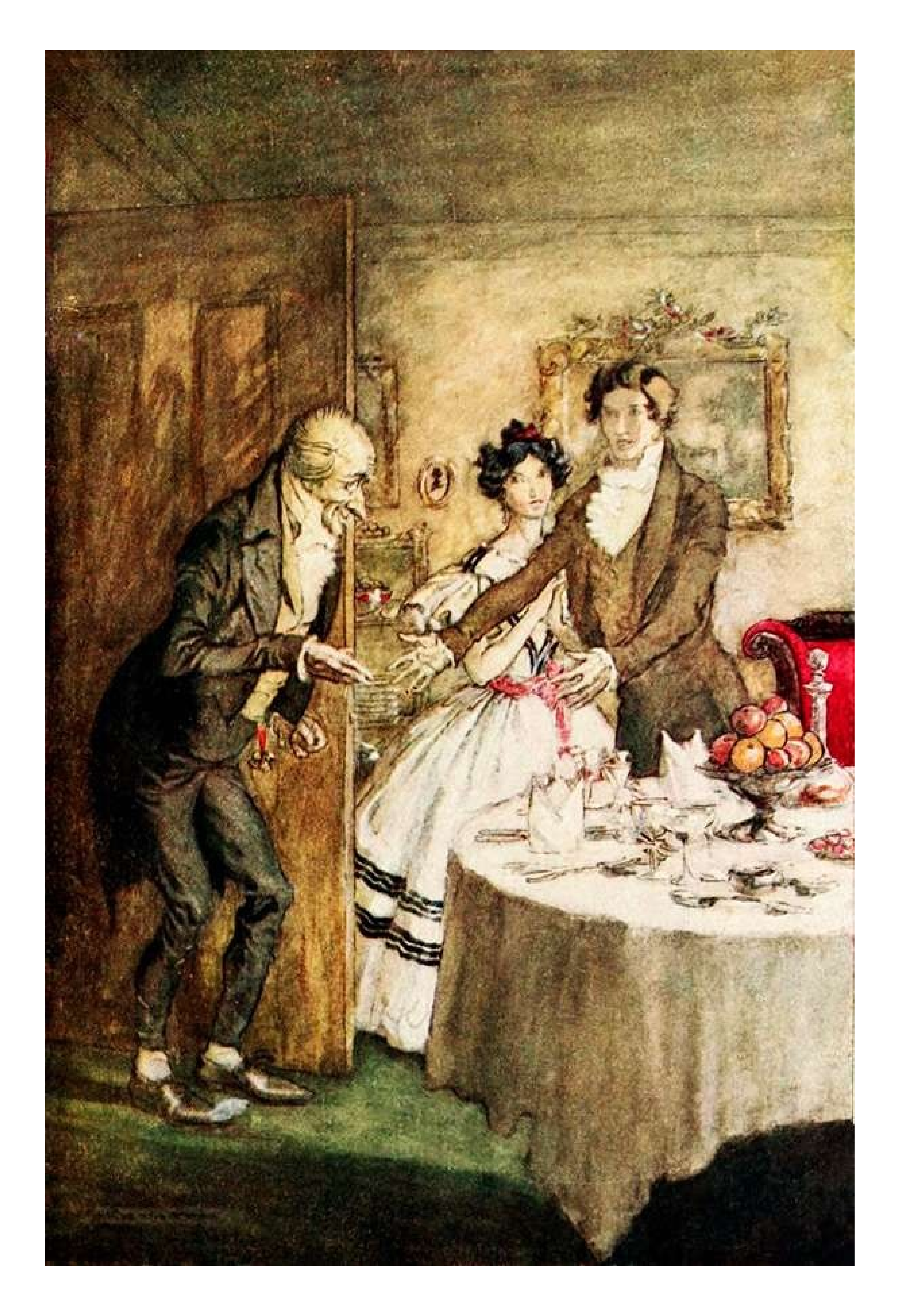
—Sí, señor.

—¿Dónde está, querida? —dijo Scrooge.

—Está en el comedor, señor, con la señora. Le conduciré arriba, si usted quiere.

—Gracias. Él me conoce —dijo Scrooge, con la mano ya en el picaporte del comedor—. Voy a entrar, hijita.

Hizo girar el picaporte y, asomando la cabeza, miró a su alrededor. Ambos estaban contemplando la mesa (adornada con todo lujo), pues estos jóvenes amos de casa se ponen siempre nerviosos con tales detalles y les agrada comprobar que todo está bien.



—¡Fred! —dijo Scrooge.

¡Caramba, qué sobresalto se llevó su sobrina política! Scrooge había olvidado momentáneamente que ella estaba sentada en un rincón, con los pies en un escabel, pues de lo contrario no habría actuado así bajo ningún concepto.

—¡Dios bendito! —exclamó Fred—. ¿Qué es esto?

—Soy yo, tu tío Scrooge. He venido a comer. ¿Puedo quedarme, Fred?

¡Que si podía quedarse! Tuvo suerte de que no le arrancaran un brazo para sujetarlo. A los cinco minutos se sentía como en su propia casa. Ninguna acogida podría haber sido más cordial. Su sobrina le miraba de modo entrañable. Lo mismo hizo Topper, cuando llegó. Y la hermana regordeta, cuando vino. Y así hicieron todos los que fueron llegando. ¡Qué maravillosa reunión, que maravillosos juegos, qué maravillosa armonía, que ma-ra-vi-llo-sa felicidad!

Sin embargo, al día siguiente, se presentó muy temprano en la oficina. Oh, sí, estaba allí muy temprano. ¡Sólo si él llegaba el primero, sorprendería a Cratchit llegando tarde! Eso era lo que se había propuesto.

Y así lo hizo. ¡Sí, así lo hizo! El reloj dio las nueve. Bob no apareció. Las nueve y cuarto. Ni rastro de Bob. Se retrasaba ya dieciocho minutos y medio. Scrooge estaba sentado con la puerta de su despacho abierta, para poder ver a Bob entrar en su cubil.

Bob se quitó el sombrero antes de abrir la puerta; también, la bufanda. Ocupó su taburete en un santiamén; *y empezó* a tirar de pluma, como si intentara recuperar el tiempo de retraso.

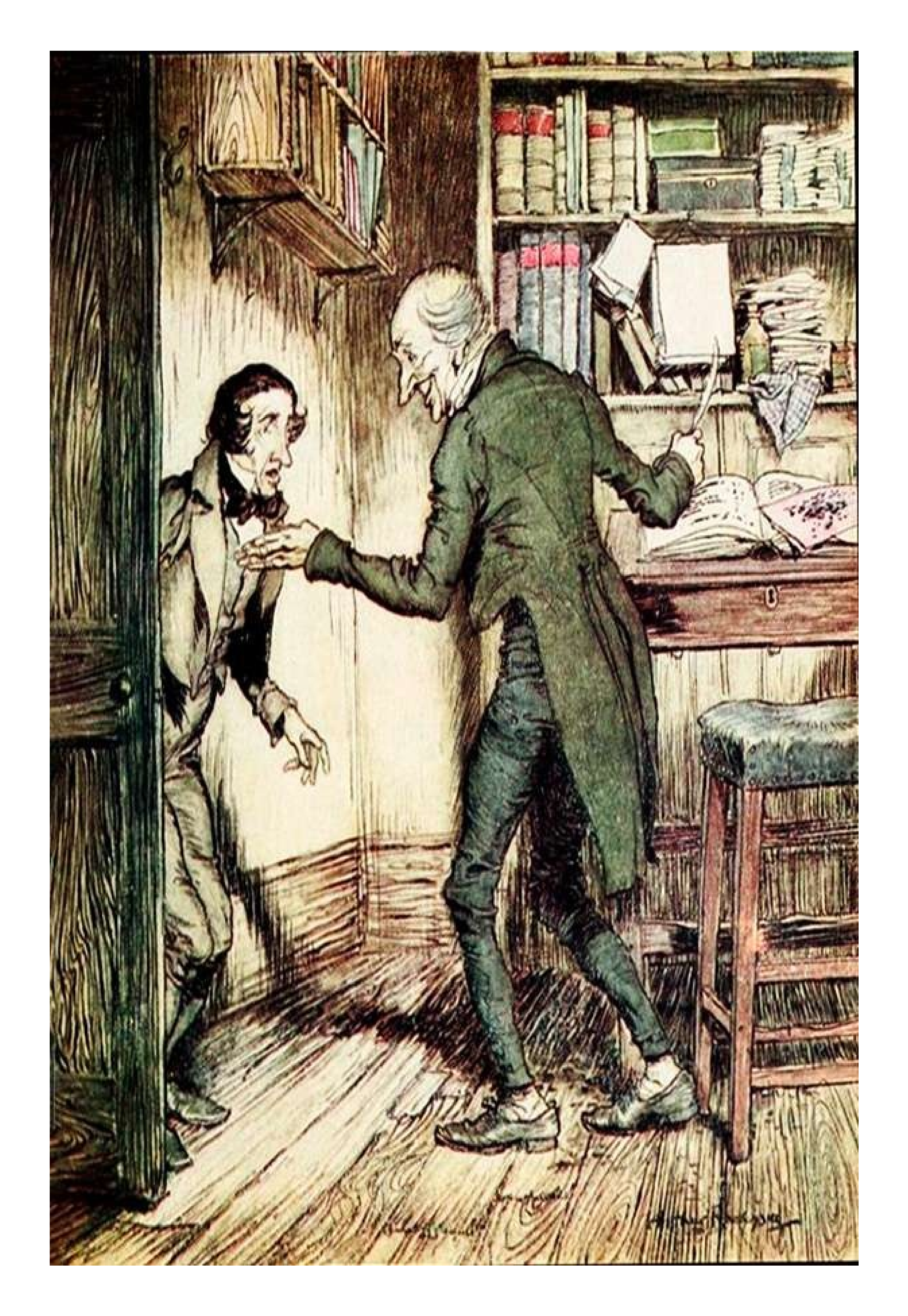
—¡Hola! —gruñó Scrooge, imitando como pudo el tono de voz con el que habitualmente hablaba—. ¿Qué significa eso de llegar aquí a estas horas?

—Lo siento mucho, señor —dijo Bob—. Me he retrasado.

—¿Retrasado? —repitió Scrooge—. Sí, ya veo que se ha retrasado. Venga acá, por favor.

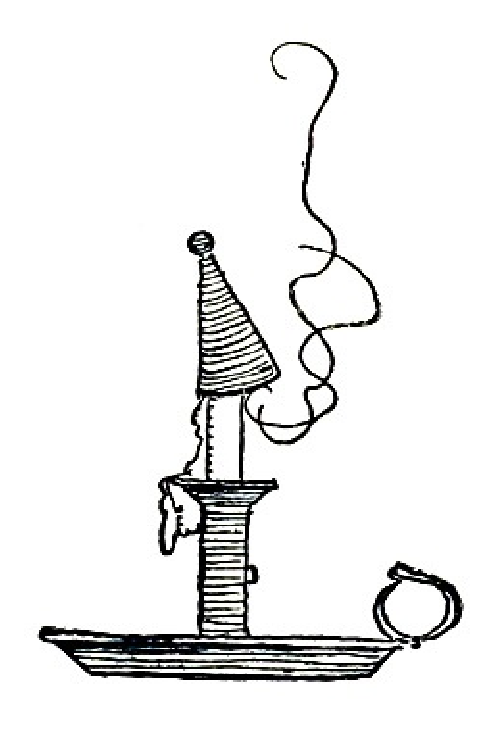
—Es sólo una vez al año, señor —se disculpó Bob, saliendo del cuchitril —. No se repetirá. Ayer me divertí un poco, señor.

—Ahora voy a decirle un par de cosas, amigo mío —dijo Scrooge—. No estoy dispuesto a tolerar por más tiempo esta situación. Por tanto —continuó, saltando de su taburete y dando a Bob tal empujón en la pechera que éste penetró de nuevo, bamboleándose, en el interior del cubil—; por tanto, ¡voy a subirle el sueldo!



Bob tembló y se acercó un poco más a donde tenía la regla. Por un momento tuvo la idea de golpear con ella a Scrooge, sujetarlo y llamar a los viandantes pidiendo socorro y una camisa de fuerza.

—¡Felices pascuas, Bob! —dijo Scrooge con una sinceridad que no dejaba lugar a dudas y dándole palmadas en la espalda—. ¡Felices pascuas, Bob, mi buen compañero! ¡Las más felices que he podido desearle en muchos años! Le subiré el sueldo y haré todo lo posible por ayudar a su familia, y esta misma tarde hablaremos de sus problemas ante un buen vaso de ponche humeante**[64]**. ¡Encienda las chimeneas y compre otro saco de carbón antes de que le vea escribir otra *i*, Bob Cratchit!



* * *

Scrooge fue aún mejor de lo que había prometido. Cumplió todo lo que había dicho e infinitamente más; y para Tiny Tim, que no murió, fue como un segundo padre. Llegó a ser tan buen amigo, tan buen patrono y tan buen hombre como el mejor que hubiera conocido la vieja ciudad o cualquier otra vieja ciudad, urbe o villa de este viejo mundo. Algunas personas se rieron al ver su transformación; pero él las dejaba reír y les prestaba muy poca atención, pues era lo suficientemente sabio para comprender que, en este mundo, nada había sucedido, por bueno que fuese, que no hubiera hecho reír

al principio a algunas gentes; y, sabiendo que tales gentes siempre estarían ciegas, pensaba que era preferible que anduvieran guiñando los ojos con muecas, a que mostraran sus dolencias de forma menos atractiva. Su propio corazón reía; y eso le bastaba.

No volvió a tener tratos con espíritus, pero vivió durante mucho tiempo según el principio de la más absoluta sobriedad; y siempre se dijo de él que sabía celebrar la Navidad como nadie, si es que algún ser vivo poseyó alguna vez esa sabiduría. ¡Ojalá pueda decirse lo mismo de nosotros, de todos nosotros! Y así, como dijo Tiny Tim, ¡que Dios nos bendiga a todos!

Apéndice

La época

La «era victoriana»

No abundan, en la historia de las naciones, las épocas con nombre propio. La denominada «era victoriana» inglesa es una de ellas. La expresión acota y define cabalmente el período que va desde 1837 hasta el comienzo de nuestro siglo. Si la conversión de Inglaterra en potencia europea se produjo durante el largo reinado de una mujer excepcional, Elizabeth I (1558-1603), la consolidación de su grandeza política y su esplendor colonial tendría lugar bajo otro extenso y singular reinado: el de Victoria.

Sin embargo, como suele acontecer en estos casos, el término «era victoriana» no se limita a calificar una simple etapa política. El adjetivo puede y debe aplicarse a todos o casi todos los aspectos vitales del país: a las ideas y a las costumbres, a la moral y a las artes, a las estructuras económicas y a las relaciones sociales. «La etiqueta *victoriana* —ha señalado el historiador John Burke— se halla firmemente fijada a ese lapso de sesenta y tres años que las generaciones posteriores han considerado, según sus predilecciones, como una época de estabilidad o de petulancia, de elevada moralidad o de hipocresía, de progreso material o de arrogante explotación, de horroroso mal gusto estético o de feliz conjunción del Arte y la Moral (ambas, implícitamente, con mayúsculas)».[65]

Unos y otros, los apologistas y los detractores, tienen razón. Porque la «era victoriana» fue, sustancialmente, una era de contrastes. La injusticia y la miseria son, con harta frecuencia, el reverso de la grandeza: recuérdense (por citar dos épocas con nombre propio) la España de Felipe II, dominada por la intolerancia religiosa, o la Francia napoleónica, desangrada por guerras incesantes.

No obstante, y pese a todas sus contradicciones, la «era victoriana» poseyó una personalidad específica e intransferible: un modo de ser, un

peculiar estilo de vida, una rara armonía basada quizás en la irreductible disparidad de los elementos sociales y culturales que la componían.

No sería hiperbólico afirmar que la joven Victoria llegó de carambola al trono de Inglaterra.

Victoria Regina

Al morir George III en 1820, heredó la corona su primogénito, George IV, más conocido por el título de «Príncipe Regente», pues venía desempeñando tal función desde 1811 a causa de la grave dolencia mental que padecía su padre. Famoso por sus costumbres sibaríticas y por haber dado su título principesco a un estilo de arquitectura, George IV falleció en 1830; y, puesto que en esa fecha ya había muerto su única hija, la corona pasó al tercero de sus hermanos, que reinaría siete años con el nombre, hoy casi olvidado si no lo llevara una prestigiosa marca de mostaza, de William IV. Como éste tampoco tenía descendientes directos, fue declarada heredera del trono su sobrina carnal Alexandrina Victoria, hija de su hermano menor, Edward, duque de Kent, ya fallecido, y de Maria Louisa Victoria de Saxe-Coburg, hermana de Leopold, futuro rey de Bélgica. William IV murió en la noche del 21 de junio de 1837; y esa misma noche, a una hora intempestiva, Alexandrina Victoria fue proclamada reina de Inglaterra.

Victoria acababa de cumplir dieciocho años (había nacido en el palacio de Kensington, en Londres, el 24 de mayo de 1819). Era una jovencita alegre, menuda, de facciones correctas y acaso algo proclive a la obesidad; iba, al recibir la noticia, descalza y en camisón, como una ninfa del *Sueño de una noche de verano*; y no imaginaba ni por asomo que su reinado habría de ser el más largo y glorioso de la historia de Inglaterra.

Los consejeros

Victoria era, sin duda, demasiado joven e inexperta para ceñir la corona de Inglaterra. Necesitaba apoyo y consejo. Y los tuvo, aunque no siempre desinteresados.

Sir John Conroy, militar irlandés y albacea testamentario del difunto y casi arruinado duque de Kent, fue el primer consejero de la joven princesa. Las malas lenguas insinuaban que el albacea mantenía relaciones excesivamente íntimas con la duquesa viuda. Lo cierto es que Conroy no obraba movido por altruismo. En 1835 Victoria sufrió un acceso de fiebre tifoidea; Conroy se presentó con papel y pluma ante el lecho de la enferma para que ésta suscribiera su nombramiento de secretario privado. Victoria, dando por primera vez una muestra de su futura terquedad, se negó rotundamente a firmar.

Victoria tomó esa decisión siguiendo, al parecer, los consejos de la baronesa Lehzen, dama originaria de Hannover, que había sido su preceptora. Seca, puritana y desconfiada, Louise Lehzen influyó decisivamente en la formación del carácter de la princesa y la sirvió con machacona y, a veces, entrometida lealtad hasta el fin de sus días.

«Il mio secondo padre»

Otro, quizás el más influyente, de sus consejeros particulares fue su tío Leopold. Le unía con ella un doble lazo de parentesco, ya que, además de ser hermano de la duquesa viuda de Kent, había estado casado con Charlotte, la única hija del «Príncipe Regente». Leopold visitaba con asiduidad el palacio de Kensington y en más de una ocasión había sacado de apuros económicos al difunto duque. Victoria solía referirse a él como «il mio secondo padre». Cuando en 1830 aceptó el trono de Bélgica, país que acababa de recuperar su independencia, escasearon lógicamente sus visitas a Kensington; pero, en contrapartida, intensificó la ya copiosa relación epistolar con su sobrina. Por si fuera poco, en 1836 envió a Londres a su propio médico y consejero, el barón Stockmar, para que actuara como asesor privado de Victoria.

Entre los miembros de la camarilla de sir John Conroy, se encontraba lady Flora Hastings, dama de compañía de la duquesa. Ambos habían persuadido a ésta de que, si el rey William IV moría antes de que Victoria cumpliese los dieciocho años, tendría derecho a ser declarada regente. No llegó, como sabemos, a producirse tal eventualidad; y, de haberse producido, la baronesa Lehzen y el barón Stockmar, enemigos irreconciliables de Conroy y Flora Hastings, sin duda habrían ejercido todo tipo de presiones para evitar dicho nombramiento.

Al margen de estos consejeros de ámbito palaciego, la joven reina depositaría su plena confianza en el entonces primer ministro del gabinete: lord Melbourne.

Lord Melbourne

William Lamb, vizconde de Melbourne, había nacido en 1779 y «se había criado en el seno de aquella esplendorosa sociedad que, durante el último cuarto del siglo XVIII, agrupó en torno a sí misma los supremos refinamientos y perfecciones de cien años de aristocracia triunfante».**[66]** Había estado casado con la frívola y atolondrada lady Caroline Lamb, que fuera amante y pertinaz acosadora de lord Byron; y ahora, en los umbrales de la vejez, era un hombre lúcido, benevolente y desengañado. Aristócrata de nacimiento y conservador por convicción, llegó paradójicamente al poder como jefe del partido *Whig* (liberal), promotor de las reformas más progresivas de la legislación inglesa.

Victoria quedó inmediatamente fascinada por la personalidad de lord Melbourne; y el viejo lord sintió, recíprocamente, una extraña mezcla de ternura y respeto por su joven soberana. Las buenas relaciones entre ambos eran tan notorias que, en el hipódromo de Ascot, las damas del partido *Tory* (conservador) se permitieron zaherir a la reina apodándole «mistress Melbourne».

En 1839, lord Conroy y lady Flora Hastings desaparecieron de escena a causa de un escándalo provocado por el supuesto embarazo de la dama. Aunque se demostró médicamente la inocencia de lady Flora, nunca más volvería a servir a la reina. Sir Robert Peel, jefe del partido *Tory*, quiso aprovechar la ocasión para introducir en la corte a damas de tendencias conservadoras. Pero Victoria, apoyada por lord Melbourne y en un nuevo gesto de terquedad, rechazó tal pretensión.

Lord Melbourne fue primer ministro hasta 1841, fecha en que subió al poder el segundo gabinete conservador de sir Robert Peel (que ya había gobernado en 1834-1835). Sin embargo, un año antes, el viejo aristócrata ya había sido desplazado del corazón y de la mente de Victoria por el hombre que, desde entonces, habría de ser su íntimo y exclusivo consejero: el príncipe Albert de Saxe-Coburg-Gotha.

Victoria & Albert

Cuando la princesa Alexandrina Victoria tenía dieciséis años, recibió la visita de sus jóvenes primos Ernest y Albert, hijos del duque de Saxe-Coburg, hermano mayor de su madre. «Albert —escribió en su diario— es el más reflexivo de los dos, y le gusta mucho hablar de cosas serias e instructivas»[67].

Cuatro años más tarde, sin contar en principio con la aquiescencia de la interesada (lo que no dejaba de ser normal en tales casos), el rey Leopold de Bélgica y su hermana, la duquesa de Kent, decidieron que sería muy conveniente casar a Victoria con su primo Albert. La duquesa viuda de Coburg, abuela de ambos jóvenes y cabeza visible de la familia, también aprobaba el enlace. En 1839, Albert visitó de nuevo Inglaterra. Y los posibles recelos de Victoria se desmoronaron como un castillo de naipes al ver a su primo; en las páginas de su diario, llenas hasta entonces de referencias a sus frecuentes conversaciones con lord Melbourne, anotó que Albert tenía «hermosos ojos azules, una nariz exquisita y una boca muy fina, con delicados bigotes y ligeras, muy ligeras patillas»[68]. El compromiso quedó fijado el 15 de octubre de 1839. Y la boda se celebró el 10 de febrero del año siguiente.

Un

matrimonio sólido y ejemplar

Fue, el suyo, un matrimonio sólido y ejemplar. Victoria siempre amó y admiró a su reflexivo, agraciado y culto marido; él, por su parte, aunque nunca estuvo enamorado de su esposa, supo respetarla y hacerla feliz. El perfecto funcionamiento del matrimonio se debió, en gran medida, a que Victoria y Albert poseían muchas cualidades comunes: ambos eran honestos, laboriosos, dignos, formales y carentes de sentido del humor. Tuvieron nueve hijos: cuatro varones y cinco hembras. La primogénita se casaría con el emperador de Alemania y sería madre del futuro káiser Wilhelm II, causante de la guerra de 1914. El segundo, y primero de los varones, fue Albert Edward, el jovial, hedonista y casi perpetuo Príncipe de Gales, que subiría al trono en 1901, a los cincuenta y nueve años de edad, con el nombre de Edward VII.

«Príncipe consorte»

Albert supo, además, ganarse paulatinamente, si no el afecto, al menos la consideración de sus súbditos ingleses, quienes, al principio, sentían una clara desconfianza hacia el joven alemán. Hubo asimismo arduos problemas sobre el título oficial que debía ostentar. Victoria propuso el de «Rey Consorte»; a lord Melbourne le pareció desaconsejable, y el parlamento rechazó la propuesta. Finalmente, ya en 1857, se le concedió, merced a una patente de nobleza de la propia reina, el título con el que habría de pasar a la posteridad: «Príncipe Consorte».

Los veinte años de reinado de Victoria y Albert conocieron un gran número de acontecimientos históricos. No será ocioso repasar sucintamente los más destacados.

En 1840 tuvo lugar la reforma postal y el establecimiento del franqueo uniforme: el *penny black* («penique negro»), nombre dado popularmente a la estampilla de color negro con la efigie de la reina Victoria y con un valor de un penique, fue el primer sello de correos de la historia. Hoy es una joya filatélica.

La ley del Trigo

La caída del gobierno *Whig* en 1841 había tenido su principal origen en una controversia sobre las Corn Laws (Leyes del Trigo) de 1815. La del gabinete *Tory* de sir Robert Peel se debería primordialmente a la abolición, en 1846, de las citadas Leyes. En 1839, un caballero de Sussex, Richard Cobden, y un cuáquero de Rochdale, John Bright, habían fundado la «National Anti-Corn Law League» (Liga Nacional contra la Ley del Trigo); la Liga aspiraba a suprimir el sistema proteccionista en la producción de cereales, como ya se había suprimido o reducido en otros artículos. El fracaso de la cosecha patatera de 1845 en Irlanda fue la oportunidad que justificó la derogación. La medida llegó

demasiado tarde: durante los cinco años siguientes murieron de hambre casi un millón de irlandeses y otros tantos emigraron a América.

La gran Exposición Universal

En 1851 se celebró en Londres la Gran Exposición Universal. El promotor de la idea fue el príncipe Albert, lo que determinó que muchos se opusieran a ella. En Hyde Park se construyó un gigantesco Palacio de Cristal diseñado por Joseph Paxton. La exposición fue oficialmente inaugurada el día l.º de mayo por la reina Victoria y su consorte. Atraídas por las novedades técnicas y artísticas que se exhibían en el Crystal Palace, miles de personas procedentes de las Islas Británicas y del extranjero, algunas de las cuales utilizaban por vez primera el ferrocarril, visitaron la exposición. El beneficio económico obtenido (más de 180.000 libras) se emplearía en la adquisición de terrenos en South Kensington para el establecimiento de colegios, centros culturales y museos: uno de éstos sería el hoy célebre y concurrido Victoria & Albert Museum. El fantástico Crystal Palace fue trasladado, pieza por pieza, a Sydenham, barrio del sudeste de Londres, donde permaneció hasta que un incendio lo destruyera en 1936. La Gran Exposición fue, sin duda alguna, un éxito personal del príncipe Albert: Victoria tuvo sobrados motivos para sentirse orgullosa de su marido.

La guerra de Crimea

En 1854 estalló la guerra de Crimea. El conflicto tuvo su origen en la reclamación por Napoleón III de ciertos antiguos derechos franceses sobre los Santos Lugares. El sultán de Turquía accedió a la reclamación. E inmediatamente Rusia se autodesignó protectora de los intereses cristianos en Palestina y envió sus ejércitos a ocupar los territorios de la desembocadura del Danubio sometidos a la administración turca. Inglaterra, que se había visto amenazada por movimientos de tropas rusas en la frontera afganoindia, decidió apoyar las pretensiones de Francia. Una fuerza combinada de sesenta mil hombres (británicos, franceses, turcos y un pequeño cuerpo expedicionario de italianos) desembarcó en la península de Crimea con el objetivo de tomar o destruir la base naval rusa de Sebastopol. El episodio más memorable de aquella guerra fue la carga de la Brigada Ligera inglesa en la batalla de Balaklava: a causa de varios errores y malentendidos, seiscientos jinetes protagonizaron un galope suicida contra la artillería rusa; los errores militares serían, más tarde, piadosamente encubiertos, y el desastre, transformado en una gloriosa proeza que inmortalizaría el poeta oficial, Alfred Lord Tennyson, en sonoros versos. Cayó, al fin, Sebastopol. Y en 1856 se firmó, en París, un tratado de paz declarando la neutralidad del Mar Negro. La guerra de Crimea

fue, en opinión de Gladstone, una guerra «justa, pero innecesaria»; sin embargo, el ejército, inglés había tenido ocasión de mostrar, una vez más, su heroísmo. Y eso, al parecer, era suficiente.

El motín de la India

Un año después, en mayo de 1857, tuvo lugar el trágico motín de la India. Se ha repetido hasta la saciedad que los causantes del amotinamiento de las tropas nativas fueron los cartuchos que les suministraba la administración militar inglesa: si tales cartuchos, en vez de estar lubricados con manteca de vaca o de cerdo, hubieran sido engrasados con aceite, los ortodoxos hindúes o musulmanes no habrían tenido reparos en utilizarlos. Las verdaderas causas deben rastrearse en inquietudes nacionalistas, sociales y, cómo no, también religiosas. Lo cierto es que la rebelión originó crueles matanzas (particularmente atroces en Cawnpore y Lucknow) y costó miles de vidas a ambas partes del litigio. El motín fue dominado en marzo de 1858. Pero nunca sería olvidado: la brecha de incomprensión abierta entre indios y europeos perduraría hasta 1947.

El príncipe Albert murió, a consecuencia de una fiebre tifoidea, el 14 de diciembre de 1861. Algunos historiadores aseguran que pronunció en alemán sus últimas palabras.

Victoria, recordémoslo, tenía entonces cuarenta y dos años. Había engordado, como era previsible, y mostraba una expresión severa, acentuada por la curvatura de la nariz y los pesados mofletes. Diríase que, a partir de esa fecha, acaso por efecto de la viudez, fue empequeñeciendo hasta convertirse en una enana de rasgos secos y voz agria.

La inconsolable viuda

Continuó, claro está, participando activamente en las tareas del gobierno: los sucesivos primeros ministros de Inglaterra (el liberal y escéptico lord John Russell, el sensato lord Palmerston, el sinuoso Disraeli, el enérgico y aburrido mister Gladstone, el ingenuo lord Beaconsfield, el conservador y cerebral lord Salisbury) conocieron más de una vez la dureza y la terquedad de aquella menguante dama enlutada.

Sin embargo, redujo sus apariciones públicas. Se recluía en sus habitaciones del palacio de Windsor, o vagaba por las mansiones que Albert y ella habían construido o acondicionado para sus períodos de descanso: Osborne, en la isla de Wight, y Balmoral, en Escocia. De cuando en cuando, regañaba a su hijo Bertie, el ya maduro Príncipe de Gales, por su conducta mundana. Con cierta frecuencia paseaba a caballo en compañía de un criado escocés, John Brown, de quien se llegó incluso a murmurar que era su amante. En 1882 sufrió un atentado: un jovenzuelo llamado Roderick

Maclean le disparó una pistola cuando ella se dirigía desde el tren, en la estación de Windsor, a su carruaje. Sería el último de los siete atentados que, sin consecuencias lesivas, se cometieron contra Victoria a lo largo de su reinado.

Disraeli, en 1876, había conseguido que el parlamento la proclamara Emperatriz de la India. Veintiún años más tarde, en 1897, Inglaterra celebró solemnemente el Jubileo de su soberana: la minúscula viejecita de pelo blanco paseó en carroza por las calles de Londres sus sesenta años de reinado. La actitud del pueblo inglés hacia ella había cambiado: ya no era, como al principio, crítica y hostil, sino sinceramente afectuosa.

Victoria se extinguió poco a poco. Su numerosa familia (prácticamente, la mayoría de las testas coronadas de Europa) se congregó en torno a ella. Y murió silenciosa, apaciblemente, en Osborne, el 22 de enero de 1901. Morían, a la vez, una mujer, una época y una manera de vivir.

La sociedad inglesa en la «era victoriana»

A comienzos del siglo XIX, Gran Bretaña tenía una población aproximada de nueve millones de habitantes; en 1901, la población británica había alcanzado los treinta y dos millones. Aunque el incremento demográfico no es un signo infalible de bienestar social, revela al menos la existencia de ciertos factores objetivos: aumento de la natalidad, disminución de la mortalidad, progreso material, mejora de las condiciones de alimentación e higiene, etcétera.

Sin embargo, durante la «era victoriana» la estructura de la sociedad inglesa continuó siendo tan aristocrática como en el siglo XVIII. La revolución industrial no modificó sustancialmente la distribución de la riqueza. «Un puñado de nobles y hacendados poseía la mayor parte de la tierra; las clases medias eran proporcionalmente más reducidas que en la actualidad; y la clase trabajadora constituía el grupo más numeroso de la población»[69].

La aristocracia

La posición de la aristocracia era sorprendentemente privilegiada. Los nobles y hacendados rurales, cuyo número no sobrepasaba los tres mil, eran los grandes propietarios de la nación. En 1871, una cuarta parte del territorio inglés pertenecía a sólo 1.200 individuos. Pero, en contraste con los latifundistas de otros países, los terratenientes británicos invertían además en empresas comerciales e industriales, aumentando así sus fuentes de riqueza. Naturalmente, la aristocracia dominaba la política y la vida parlamentaria.

Las «clases medias»

No es fácil caracterizar a las llamadas «clases medias». Sus miembros oscilaban entre adinerados hombres de negocios

(que en algunos casos hubieran podido codearse con la aristocracia) y humildes rentistas, empleados y trabajadores autónomos que apenas se diferenciaban, en cuanto a nivel económico, de los obreros. En el *Christmas Carol* de Dickens se nos presentan dos tipos extremos de individuos pertenecientes a la «clase media»: el acaudalado míster Scrooge y su pobre escribiente, Bob Cratchit.

El proletariado

Resulta desconcertante comprobar que, a mediados del siglo XIX, con un censo de veinte millones de habitantes, el mayor número de obreros (1.790.000) aún se dedicaba a la agricultura; y no menos asombroso, advertir que el segundo grupo cuantitativamente más nutrido (1.039.000) lo formaban los sirvientes domésticos[70]. La situación de los obreros agrícolas era, en general, muy dura; a menos que vivieran en zonas en las que la industria compitiese con la agricultura, proporcionándoles ofertas de empleo, sus salarios eran miserables, sus formas de vida, inhumanas, y sus horas de trabajo, excesivas. La condición de los obreros industriales de las ciudades variaba sensiblemente. En el extremo inferior de la escala social proliferaban la miseria, la ignorancia, la brutalidad, el alcoholismo y la degeneración. En el otro extremo había obreros especializados o semiespecializados que formaban una clase decente y respetable y que vivían con unas modestas comodidades.

La conciencia social

«Frente a la época anterior —ha escrito E. L. Woodward—, la era victoriana se nos muestra como un amplio e inesperado despertar de la conciencia social y como un intento, si bien imperfecto, de aplicar la ética cristiana a las circunstancias contemporáneas. Muchas cosas que hoy nos parecen intolerables, fueron aceptadas como irremediables. Aunque tales cosas debieron haber sido calificadas de intolerables en esa época, al menos un creciente sentido de la responsabilidad y de la capacidad para enfrentarse con la miseria social fueron algunas de sus novedades».[71] La Factory Act (Ley de las Fábricas) de 1802 había limitado la jornada laboral de los aprendices a doce horas diarias; una Ley de 1819 extendió esa limitación horaria a todos los menores de dieciséis años empleados en fábricas de algodón y prohibió el trabajo a los menores de nueve años. En 1839, los Cartistas presentaron al parlamento su *People's Charter* (Manifiesto del Pueblo). Y en 1868 se reunió el primer Congreso Sindical.

La «era victoriana» no fue, evidentemente, una época feliz; quizás no ha habido nunca épocas felices en la historia. Pero fue, eso sí, una época optimista: los victorianos tenían fe en su propia valía, en la dignidad de su

mundo y en la idea de progreso. Tal vez por ello, el tono de la época fue, a pesar de ciertas apariencias, decididamente materialista. Casi antiestético.

Arte y Literatura

El mal gusto fue, por desgracia, la característica predominante en las artes visuales de la Inglaterra victoriana. La arquitectura fluctuaba entre un vacilante experimentalismo basado en las posibilidades de los nuevos materiales constructivos (del que sería un buen ejemplo el mencionado Crystal Palace) y un retorno sistemático a los estilos del pasado (abundan en Gran Bretaña las iglesias neogóticas a las que los rigores del clima han proporcionado una engañosa pátina medieval). La escultura recaía en temas y modelos de la antigüedad clásica. Y la pintura se refugiaba en obras de género, retratos y escenas de costumbres; el grupo o «hermandad» de los Prerrafaelitas (John Everet Millais, Dante Gabriel Rossetti, Ford Madox Brown, William Holman Hunt y, hasta cierto punto, William Morris) constituyó una singular y discutible excepción.

La «literatura victoriana»

La apabullante mediocridad de las artes plásticas tendría su compensación en la abundancia y calidad de las creaciones literarias. Si pudo denominarse «literatura isabelina» a la escrita o representada en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVI, sería igualmente justo referirse al siglo XIX inglés como el siglo de la «literatura victoriana». Ensayistas como John Stuart Mill, Thomas Carlyle, Charles Lamb, John Ruskin, Mathew Arnold y Herbert Spencer; historiadores como H. T. Buckle y Thomas B. Macaulay; poetas como Alfred Tennyson, Algernon Charles Swinburne, Dante Gabriel Rossetti (que compaginaba la poesía con la pintura), Robert Browning y Elizabeth Barrett; traductores-creadores como Edward Fitzgerald (autor de una admirable versión de las *Rubaiyat* de Ornar Khayam) y Richard Francis Burton; escritores científicos como Charles Darwin y Thomas Huxley; y, en fin, narradores como George Meredith, William Makepeace Thackeray (cuya *Feria de las vanidades* puede ser considerada una obra maestra de la literatura universal), George Eliot (seudónimo de Mary Ann Evans), las hermanas Bronté, Elizabeth Gaskell, Lewis Carroll (genio inclasificable y desconcertante) y Robert Louis Stevenson, dieron a su país una gloria mucho más imperecedera y plausible que la proporcionada por sus militares, políticos, industriales y colonizadores.

«Una característica desagradable para el lector moderno —ha apuntado D. H. Willson— es el papel de sabio o de profeta asumido por algunos autores

populares. Pero los Victorianos, que buscaban seriamente una guía de conducta, esperaban eso de sus hombres de letras»[72].

Si en el concurrido olimpo de la literatura victoriana hubo un profeta mayor, un santón supremo, ése fue, sin lugar a dudas, Charles Dickens.



Charles Dickens según Harry Furniss en su libro *Algunos hombres Victorianos* (v. nota 77).

El autor

Infancia y juventud

Charles John Huffam Dickens nació en Portsmouth el 7 de febrero de 1812. Su padre, John Dickens, era funcionario civil de la Armada; su ineptitud y extravagancias (reflejadas cariñosamente en el personaje «Mr. Micawber» de la novela *David Copperfield*) llevaron con frecuencia a la familia a situaciones embarazosas.

En 1817, los Dickens se trasladaron a Chatham, suburbio industrial de Rochester, al sudeste de Londres, donde el pequeño Charles pasaría los años más felices de su infancia. Se mudaron a Londres en 1822. Y, dos años más tarde, sobrevino el previsible desastre familiar: John Dickens ingresó temporalmente en la cárcel por deudas, y Charles dejó sus estudios y, por

decisión de su madre (a quien nunca se lo perdonaría), empezó a trabajar como aprendiz en una fábrica de betún para zapatos. Este primer contacto de Dickens con el mundo penitenciario y con las clases obreras determinaría su ulterior e inalterable simpatía hacia los oprimidos.

Volvió a la escuela; pero la abandonó definitivamente a los quince años de edad. A partir de ese momento, hubo de ganarse la vida por sí mismo. Trabajó, primero, como escribiente en el despacho de un abogado. Fue, a continuación, periodista-taquígrafo en los tribunales de justicia; y, finalmente, cronista parlamentario y colaborador del periódico liberal *Morning Chronicle*. Adquirió, en esa época, una perdurable devoción por el periodismo y un intenso desprecio por las actividades jurídicas y parlamentarias, cuyo léxico emplearía a menudo y con notable precisión en sus futuras novelas.

Nacimiento de un escritor y de un personaje

En 1833, Dickens había comenzado a publicar en periódicos y revistas una serie de narraciones breves y ensayos descriptivos con el seudónimo de «Boz». En vista de la buena acogida por parte de los lectores y la crítica, en febrero de 1836 fueron reimpresos en un volumen con el título *Sketches by «Boz»* («Bosquejos por Boz»). Ese mismo mes recibió la oferta de publicar un serial narrativo en entregas mensuales con ilustraciones de prestigiosos dibujantes. Aceptó. Y siete semanas más tarde, el 31 de marzo de 1836, aparecía la primera entrega de los *Pickwick Papers* («Papeles de Pickwick»). El ingenuo, amable y quijotesco Mr. Pickwick conquistó desde el primer momento el fervor del público. Antes de fin de año, los editores Chapman y Hall vendían 40.000 ejemplares mensuales. Y, en la actualidad, es posiblemente una de las obras más populares y traducidas de la literatura inglesa.

«*Pickwick Papers* —ha escrito el novelista Angus Wilson— es uno de esos libros tan universalmente famosos, tan malo en algunas partes, tan diferente en todas a lo que un lector adulto de nuestro siglo espera leer, que cualquier crítico honesto debería aproximarse hoy con cierto escepticismo a su reputación. Es un libro que, salvo unos pocos entusiastas, todos recuerdan desde la infancia, habitualmente con placer, ocasionalmente con irritación. Creo que cualquier persona sensible y sin prejuicios que lo relea con cuidado, al final habrá de darse cuenta de que es un libro excepcional, realmente maravilloso»[73].

Agrada, divierte imaginar que, la noche del 21 de junio de 1837, una jovencita llamada Alexandrina Victoria estaba en su cama, leyendo una

entrega de los *Pickwick Papers*, cuando fue bruscamente interrumpida por la noticia de que se había convertido en reina de Inglaterra.

Los *Pickwick Papers* también conocieron la transformación de la vida privada de Dickens. Dos días después del nacimiento de Mr. Pickwick, el 2 de abril de 1836, Charles Dickens se casaba con Catherine Hogarth en la iglesia de Saint Luke, de Chelsea. A diferencia del de Victoria y Albert, no sería, el de Dickens, un matrimonio feliz.

Las primeras novelas

Estimulado por el éxito de los *Pickwick Papers*, Dickens repitió la fórmula de entregas mensuales en sus dos novelas siguientes: *Oliver Twist* (1837-1839), melodramática descripción de la vida de un niño huérfano en los bajos fondos londinenses, y *Nicholas Nickleby* (1838-1839), narración de las aventuras de un muchacho que, tras haber pasado por una horrible escuela, comparte las inquietudes y andanzas de una humilde compañía de cómicos de la legua. A la vista de los buenos resultados obtenidos, y confiando, como siempre confiaría, en su prodigiosa capacidad de trabajo, Dickens redujo la periodicidad de las entregas, publicando en plazos semanales *The Old Curiosity Shop* («La tienda de antigüedades») (1840-1841), lacrimosa historia de una delicada niña, Little Nell, y su abuelo, y *Barnaby Budge* (1841), la primera de sus novelas «históricas».

Viaje a América

Agotado por el esfuerzo, decidió tomarse un período de descanso y hacer un viaje a América. En los Estados Unidos fue recibido con toda clase de honores; y él aprovechó su influencia y su popularidad para protestar públicamente contra la indefensión de los escritores por la ausencia de derechos de autor, lo que causó algún malestar en el sector editorial norteamericano. A Dickens no le agradó América; detestaba su vulgaridad y su feroz utilitarismo. Y así lo daría a entender, a su regreso, en *American Notes* (1842), libro de recuerdos viajeros, y en una de sus mejores novelas: *Martín Chuzzlewit* (1843-1844).

A finales del otoño de 1843, mientras redactaba las entregas de *Martín Chuzzlewit*, escribió en pocas semanas *A Christmas Carol* («Canción de Navidad»), la primera y más famosa de una serie de narraciones sobre temas navideños. En la última parte de este apéndice se tratará con cierto detalle de la obra que el lector, si ha llegado hasta aquí, tiene en sus manos.

Impulsado por su viva vocación periodística, en 1846 fundó y editó el *Daily News*, diario que pronto se convertiría en el más influyente órgano liberal del país. Esta empresa, sin embargo, no le produjo tantas satisfacciones literarias como él esperaba.

Durante esos años, Dickens efectuó nuevos viajes: por Italia, Suiza y Francia. Se encontraba en Suiza cuando inició la publicación, también por entregas, de *Dombey and Son* («Dombey e hijo») (1846-1848), novela que la crítica ha considerado crucial en el desarrollo de su producción literaria. Con el personaje del pequeño «Paul Dombey», Dickens alcanza un grado increíble de perfección en el análisis de la vida a través de la sensibilidad infantil.

Años de madurez e incertidumbre

No deja de ser paradójico emplear el término «madurez» para referirse a un hombre que, a los veinticuatro años, había escrito los *Pickwick Papers*. Pero de alguna manera convencional hemos de distinguir el período que media entre la publicación de *David Copperfield* y la última y agotadora década de la vida de su autor.

Dickens albergaba el proyecto de escribir una autobiografía; nunca lo llevaría a cabo. Sin embargo, muchos de los materiales que había reunido para tal fin pasaron, convenientemente «disfrazados», a las páginas de *David Copperfield* (1849-1850), tal vez (si se exceptúan los *Pickwick Papers* y el *Christmas Carol*) el libro más popular de Dickens y, según confesión propia, su «hijo predilecto»**[74]**. Sería absurdo atribuir únicamente el éxito y la difusión de *David Copperfield* a su palpable carácter autobiográfico. La novela, narrada en primera persona —técnica que Dickens no había utilizado hasta entonces—, posee intrínsecos valores literarios, describe situaciones fascinantes y presenta caracteres inolvidables: la bondadosa criada «Peggoty», el pintoresco «Mr. Micawber» (trasunto, como ya se ha indicado, de John Dickens), la impulsiva «tía Betsy», el farisaico «Uriah Heep» y el extravagante «Mr. Dick». No exagera, a mi entender, Angus Wilson al calificarla de «novela proustiana en la que los aspectos de la vida se muestran a través de los ecos y las profecías de la memoria**[75]**».

Periodismo

Las ambiciones periodísticas de Dickens, insatisfechas con la edición del *Daily News*, cristalizaron, al fin, en *Household Words* («Palabras Domésticas») (1850-1859) y *All the Year Round* («El Año Entero») (1859-1888), sucesivas publicaciones semanales que contenían ensayos, reportajes, poemas y novelas por entregas. El propio Dickens colaboró regularmente en tales semanarios con algunos ensayos y novelas: la no muy afortunada *Child's History of England* («Historia de Inglaterra para los niños») (1851-1853); *Hard Times* («Tiempos difíciles») (1854), crítica despiadada de la sociedad victoriana y de la situación de la clase trabajadora; y *A Tale of two Cities* («Historia de dos

ciudades») (1859), segunda y última de sus novelas «históricas», ambientada en la época de la revolución francesa, de la que llegó a realizarse una versión teatral.

También por el sistema de entregas, aunque no bajo su propio control editorial, publicó *Neak House* («Casa desierta») (1852-1853), vasto y deprimente retablo social presidido por el ominoso símbolo de la niebla, y *Little Dorrit* («La pequeña Dorrit») (1855-1857), descripción harto lacrimógena de los padecimientos y humillaciones de una virtuosa muchacha.

Problemas familiares

Esa etapa de la vida de Dickens estuvo marcada por el pesimismo y la incertidumbre afectiva. En una carta de 1854 a John Forster, su íntimo amigo y biógrafo, aludiría por vez primera a su infelicidad conyugal: dicha infelicidad se remontaba, según el propio Dickens, a 1838, un año después de su boda. En cartas posteriores, confesaba que Catherine tenía ciertas «peculiaridades de temperamento» que le hacían «sentirse incapacitada para la vida que debía llevar como esposa», y que no se ocupaba en absoluto de él ni de sus hijos[76]. Sin embargo, y pese a la incompatibilidad de sus respectivos caracteres, Charles Dickens y Catherine Hogarth habían tenido diez hijos; y ella, además, había sufrido varios abortos.

En 1855, Dickens creyó encandilarse de nuevo por un amor de su juventud, Maria Beadnell, que le había servido de modelo para la «Dora Spenlow» de David Copperfield; el infructuoso, rápido y previsible desenlace del asunto desbarató sus nostálgicas ilusiones. Dickens debía de ser hombre enamoradizo; algunos biógrafos le atribuyen equívocos sentimientos amorosos por sus dos cuñadas: Mary Hogarth, muerta en 1837, a los diecisiete años de edad (e inspiradora de la «Little Nell» de *Old Curiosity Shop*) y Georgina, que convivió con el escritor hasta su muerte.

Por esas fechas trabó amistad con la actriz Ellen Teman, veintisiete años más joven que él. Dickens era un fervoroso amante del teatro; dirigió incluso una compañía profesional e interpretó con brillantez algunos papeles. En agosto de 1857, ambos actuaron juntos en *The Frozen Deep* («El abismo helado»), drama de Wilkie Collins, amigo personal de Dickens y colaborador habitual de *Household Words*. El afecto de Dickens por Ellen se transformó en pasión; aunque no se sabe con certeza si llegaron a ser amantes.

El caso es que, a partir de mayo de 1858, Charles Dickens y Catherine Hogarth vivieron separados. El escándalo (una separación conyugal era un grave escándalo en la Inglaterra victoriana) redujo el círculo de amistades del

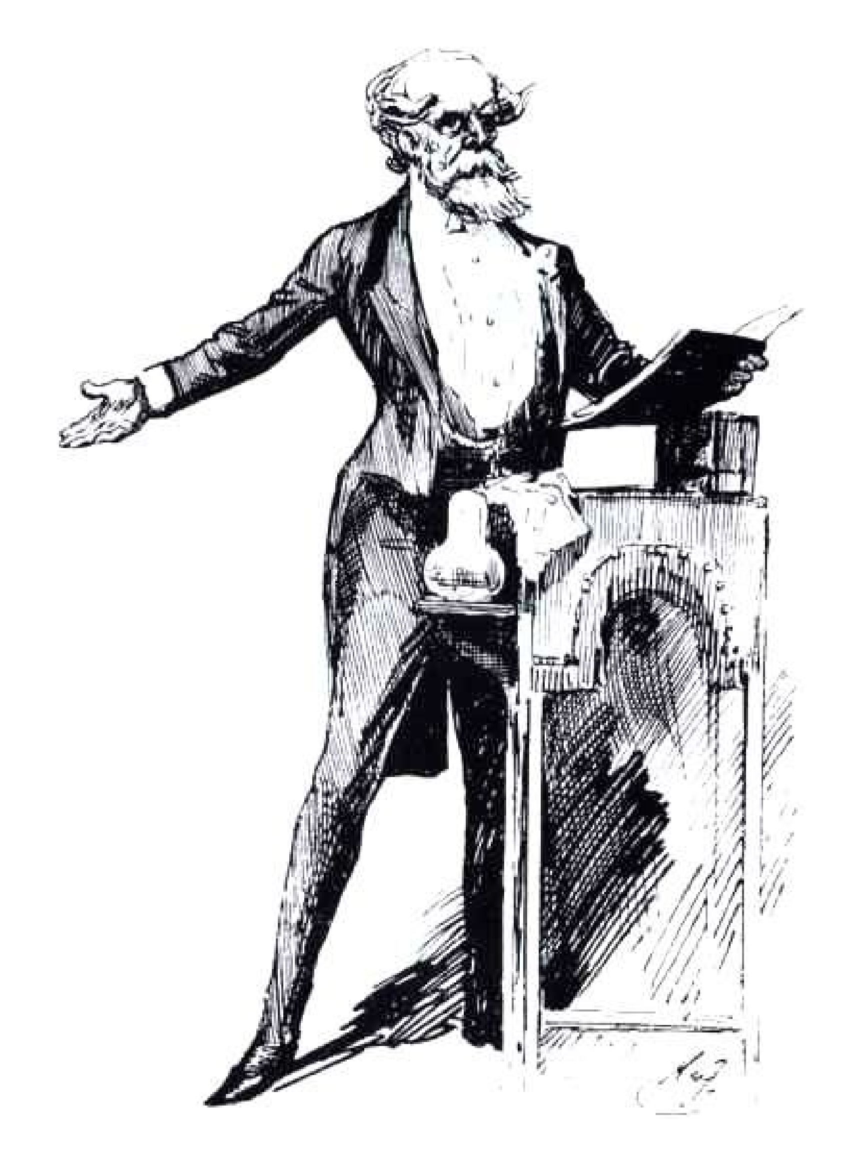
escritor; pero, paradójicamente, no mermó su popularidad ni menoscabó su sólido prestigio social.

El conferenciante

Ya se ha dicho que Dickens poseía un gran talento histriónico. En 1853, después de haber pronunciado una conferencia ocasional con fines caritativos, empezó a germinar en él la idea de obtener dinero como conferenciante y lector de sus propias obras. En 1858 ofreció la primera serie de lecturas; en su repertorio incluía, cómo no, el *Christmas Carol*. El éxito fue clamoroso. Dickens era un lector excepcional: petrificaba, seducía, hechizaba a sus oyentes. El único contemporáneo que, en ese terreno, pudo comparársele fue el escritor norteamericano Mark Twain, quien admitía noblemente la preeminencia de Dickens.



Dickens ensayando (H. Furniss).



Dickens leyendo en público sus propias obras (H. Furniss).

Últimos años

Había envejecido muy de prisa. Ya no era aquel petimetre imberbe y atildado que escribiera los *Pickwick Papers*, sino un anciano prematuro, de cabellos blancos y ojos hundidos y febriles. Prodigaba en exceso las conferencias y lecturas. Durante un nuevo viaje a los Estados Unidos (1867-1868), llegó a actuar públicamente en 471 ocasiones. Seguía cautivando a los espectadores; pero a cambio de un esfuerzo sobrehumano. En un conocido dibujo de Harry Furniss, aparece tendido en un diván, con visible extenuación, después de una lectura pública[77]. Dickens estaba muy, muy cansado.

No obstante, seguía escribiendo. En 1860 comenzaba a publicar las entregas de *Great Expectations* («Grandes esperanzas»), acaso la novela más imaginativa, poética e inteligentemente estructurada de su autor, aunque no la más apreciada por los lectores. En *Our Mutual Friend* («Nuestro amigo mutuo») (1864-1865), persistió en su crítica de los valores sociales y

económicos de la «era victoriana». Inició en 1870 la publicación de *The Mystery of Edwin Drood* («El misterio de Edwin Drood»), novela cuyo argumento se adentraba por los ámbitos del crimen, las drogas y la anormalidad psicológica; pero no llegaría a concluirla.

El 15 de marzo de 1870 leyó el *Christmas Carol* ante un auditorio de más de dos mil personas. Al final, cuando las ovaciones incesantes le obligaron a salir, una y otra vez, a saludar, rogó silencio y dijo: «Desde estas luces deslumbrantes, me desvanezco para siempre con un cordial, agradecido, respetuoso, cariñoso adiós».[78] Fue su última actuación pública.



Dickens extenuado tras una de sus lecturas (H. Furniss).

El 8 de junio, escribió durante todo el día. Por la noche, antes de cenar, sufrió un colapso. Georgina Hogarth y los criados lo llevaron a la cama. El doctor Frank Beard, avisado con urgencia, diagnosticó un derrame cerebral.

La muerte

Al día siguiente, poco después de las seis de la tarde, Dickens lanzó un profundo suspiro. Tenía los ojos cerrados; pero una lágrima brotó de su ojo derecho y resbaló por su mejilla. Acababa de morir[79].

El 14 de junio de 1870 fue enterrado, junto a Haendel y Milton, en el «Rincón de los Poetas» de la Abadía de Westminster. El deán Arthur Stanley, en su oración fúnebre, repitió las frases que Dickens pronunciara en su última intervención pública. Miles de personas, la mayoría de las cuales hubo de permanecer en el exterior del templo, acudieron a despedir a Charles Dickens. No iban a decir su «cordial, agradecido, respetuoso, cariñoso adiós» al insigne personaje, sino al viejo y entrañable amigo que, día a día, página a página, les había enseñado a llorar y a reír, a ver el mundo con ojos más humanos, a conocerse mejor, a creer en la siempre amenazada y siempre irrenunciable dignidad humana.

Nadie dudó, en su tiempo, de que Charles Dickens fuera el más grande de todos los novelistas ingleses. «Es un acontecimiento universal —escribió Carlyle a John Forster pocos días después de la muerte de Dickens—: un talento *único* se ha extinguido repentinamente y ha eclipsado (también podemos decirlo) la inocente alegría de las naciones**[80]**».



Dickens pronunciando un discurso (H. Furniss).

Post mortem

Pero, con el paso de los años, comenzaron a surgir voces discrepantes. Casi podría afirmarse que, a principios de nuestro siglo, se puso de moda desprestigiar a Dickens. Se le comparaba con Thackeray y se oponía el exagerado, plebeyo apasionamiento de Dickens a la elegante frialdad del autor de *Vanity Fair*. Se criticaban sus ideas filantrópicas, su excesivo sentimentalismo, su propensión a la caricatura, sus fallos de ritmo narrativo (comprensibles en un novelista por entregas), su ingenuidad, su exuberancia. Había quienes lo consideraban un «escritor para adolescentes»: curiosa imputación que también recaería sobre otros maestros de la literatura inglesa como Robert Louis Stevenson, Rudyard Kipling o Joseph Conrad.

Sin embargo, se continuaba leyendo a Dickens: en secreto, como quien comete un pecado vergonzoso, o abiertamente, sin temor a las opiniones de ciertos intelectuales. Esas opiniones fueron cambiando gradualmente. Y, a la postre, Dickens prevaleció sobre sus efímeros detractores.

Admitamos (¿por qué negarlo?) que en Dickens hay fácil sentimentalismo, arritmias, deformidades, ingenuidad, exuberancia: desmesura e imperfección, en suma. Pero la desmesura y la imperfección sólo pueden convivir con la belleza en la obra de aquellos seres geniales que han sido capaces de crear mundos. También encontramos esas cualidades en Shakespeare, en Beethoven, en Miguel Angel. Todos los mundos que conocemos son desmesuradamente bellos e imperfectos. El de Shakespeare. El de Dickens. E incluso, lo sabemos por experiencia, el que suele atribuirse a un capricho de Dios.

La obra

Los orígenes del «Christmas Carol»

El 5 de octubre de 1843, Charles Dickens, que a sus treinta y un años era el escritor más famoso y apreciado de Inglaterra, presidía la reunión anual del Manchester Athenaeum, institución filantrópica que aspiraba a proporcionar recursos culturales y «esparcimiento intachable y racional» a las clases trabajadoras. Dickens había visitado con anterioridad algunas cárceles, fábricas e instituciones docentes, y, horrorizado por la situación de la infancia proletaria, ofreció a los miembros del caritativo Manchester Athenaeum redactar y publicar un opúsculo que habría de titularse *An Appeal to the*

People of England on behalf of the Poor Man's Child («Un llamamiento al pueblo de Inglaterra en defensa del niño pobre»)[81].

Pero, mientras se hallaba aún en Manchester, cambió de idea: un relato de tema navideño, se dijo, sería más eficaz que cualquier panfleto. Y, de regreso a Londres, se puso manos a la obra.

En realidad, ya tenía un precedente argumental: siete años antes, en la entrega de los *Pickwick Papers* de diciembre de 1836, había narrado incidentalmente la historia del sacristán y sepulturero «Gabriel Grub», un individuo amargado y huraño que, tras haber sido hechizado por los duendes de la Navidad, modificaba su talante y su conducta[82].

Dickens hubo de robarle tiempo a las entregas mensuales de *Martin Chusyfewit*, cuya redacción le tenía ocupado por aquellas fechas. Y, a finales de noviembre, después de unas semanas de trabajo febril, «llorando y riendo, y llorando de nuevo, y excitado del modo más extraordinario»[83], concluyó el relato titulado *A Christmas Carol in Prose, being a Ghost Story of Christmas* («Villancico en prosa, o historia espectral de Navidad»), conocido habitual y abreviadamente en nuestro idioma como «Canción de Navidad».

La primera edición

El librito, editado por Chapman y Hall, encuadernado en carmesí y oro e ilustrado con cuatro dibujos de John Leech, salió a la calle el 17 de diciembre de 1843. Su precio era bastante elevado: cinco chelines[84]. El éxito fue, sin embargo, fulminante. El 24 de diciembre, los editores comunicaban a Dickens que ya se habían vendido unos seis mil ejemplares y que, en vista de los encargos recibidos de todo el país, era necesario hacer pronto una nueva impresión.

Las críticas fueron también unánimemente elogiosas. El semanario conservador *Britannia* comparó a Dickens con el célebre doctor Johnson, patriarca de las letras inglesas del siglo XVIII, por «su simpatía hacia el sufrimiento humano…, no por angustias imaginarias y ficticias, sino por las desgracias realmente onerosas de la vida» (23 de diciembre de 1843). El *Sunday Times* no se recató en calificar al libro de «sublime» (7 de enero de 1844). Y William Thackeray, en las páginas del *Fraser's Magazine* de febrero de 1844, declaró con generosa nobleza que el *Christmas Carol* le parecía «un beneficio para la nación y un favor particular para cualquier hombre o mujer que lo lea»[85].

Los «Christmas Books»

La calurosa acogida dispensada al *Christmas Carol* y, sobre todo, la avalancha de demostraciones populares de afecto y gratitud que cayó sobre Dickens, le incitaron a repetir la fórmula. Al año siguiente, por navidades, publicó *The Chimes*

(«Las campanas»), con ilustraciones de artistas pertenecientes a su círculo de amistades: Daniel Maclise (autor de un excelente retrato juvenil del escritor), Clarkson Stanfield (paisajista y escenógrafo del teatro Drury Lane), Richard Doyle (tío carnal de Arthur Conan Doyle, el creador de «Sherlock Holmes») y, de nuevo, John Leech. Hasta 1848, todos los años (con la excepción de 1847, en que se vio agobiado por las entregas de *Dombey and Son*) publicaría un relato navideño: *The Cricket on the Hearth* («El grillo del hogar»), *The Battle of Life* («La batalla de la vida») y *The Haunted Man* («El hombre hechizado»). Estos cinco títulos forman, en sentido estricto, el conjunto de obras dickensianas tradicionalmente denominado *Christmas Books* («Libros de Navidad»).

Sin embargo, a partir de 1850, siendo ya editor de la revista *Household Words* y, más tarde, de *All the Year Round*, incluiría regularmente en dichos semanarios, hasta el fin de su vida, una colaboración especial con motivo de las fiestas navideñas. Los títulos más representativos de esta nueva serie son: *The Christmas Tree* («El árbol de Navidad»), de carácter autobiográfico, *The Seven Poor Travellers* («Los siete pobres viajeros»), *Mrs. Lirriper's Lodgings* («La casa de huéspedes de la señora Lirriper»), *Mugby Junction* («La bifurcación de Mugby») y, en colaboración con Wilkie Collins, *No Thoroughfare* («Prohibido el paso»).

«Pero, en general —como acertadamente ha señalado Angus Wilson—, el genio de Dickens no se acomodaba a los relatos breves: el humor, truncado, se convierte en mera extravagancia; los rasgos conmovedores, aislados de un contexto social más amplio, se transforman en sentimentalismo; faltan todas esas armonías de significados que se acumulaban en las grandes novelas a partir de unos esquemas temáticos; las historias resultantes pocas veces parecen otra cosa que insípidos fragmentos de un semanario, sin llegar a poseer, salvo en la que colaborara Collins, la capacidad de asombrar y la viveza de acción que caracterizaron a las mejores narraciones de las revistas victorianas. (…) La única de estas empresas navideñas que ha mantenido su popularidad es la primera, *A Christmas Carol*, y con toda justicia, pues tiene vigor, claridad de diálogo y un argumento que se beneficia de la forma abreviada»[86].

La Navidad según Dickens

Al margen del cuestionable y desigual valor de los títulos mencionados, debería hacerse hincapié en un hecho de dimensiones extraliterarias: los relatos navideños de Dickens configuraron y sirvieron de modelo a la celebración de la Navidad en Gran Bretaña e, indirectamente, en casi todos los países

occidentales. Seguramente sin proponérselo, pues no era ningún experto en antropología cultural, Dickens reagrupó elementos folklóricos y costumbres ancestrales de origen muy diverso, y se los ofreció, armónicamente ensamblados, a sus lectores; y éstos, sin vacilar, los aceptaron como suyos: en parte, acaso, porque algunos ya lo eran y, en parte, también, porque provenían de Dickens. Quienes hoy practican, por Navidad, determinados ritos domésticos (colocación de un árbol con velas, envío de tarjetas ilustradas de felicitación, uso ornamental del acebo y del muérdago, entrega de regalos, etcétera), rinden, posiblemente sin saberlo, un tácito homenaje a la fantasía sintetizadora de Dickens. La misma idea, tan extendida por los países cristianos, de mantener a lo largo de todo el año el «espíritu de la Navidad» (entendido como sinónimo de una actitud benevolente y caritativa hacia el prójimo en general y hacia los necesitados en particular) procede en gran medida de las inquietudes y obsesiones de Charles Dickens. Inquietudes y obsesiones que habían cristalizado en esa pequeña obra maestra titulada *A Christmas Carol*.

Una pequeña obra maestra

No parecería necesario insistir en ello. Máxime cuando es razonable suponer que el lector, al haber llegado a este punto, ha asistido hace un rato a la feliz metamorfosis navideña de Ebenezer Scrooge.

Podría hablarse, naturalmente, de la eficacia expresiva del relato, de su impecable ritmo narrativo (determinado por la circunstancia, inusual en Dickens, de que la obra fue escrita sin las interrupciones propias de la novela por entregas), del admirable esbozo de algunos personajes, de su sincero patetismo y de su regocijante humor. Pero nada, o muy poco, se añadiría —estoy seguro— a la impresión causada en el lector. Impresión que, sin duda, tiene un significado excepcional, pues no se trata de un libro inédito o desconocido, sino de una vieja historia que todos han leído o escuchado alguna vez y que, sin embargo, vuelve a producir, en cada nueva lectura, un irreprimible escalofrío de emoción.

Las ideas sociales de Dickens

Podría igualmente contemplarse el *Christmas Carol* como resumen y quintaesencia de las ideas sociales de Dickens. El sistema económico liberal había racionalizado el espíritu de lucro: la libre competencia mercantil garantizaba, según los teóricos del sistema, el equilibrio y la justicia social. Los ricos creían cumplir sus deberes humanitarios contribuyendo, con el pago de sus impuestos, al mantenimiento de las instituciones benéficas. Los parados e indigentes eran ciudadanos improductivos y ociosos: seres que incrementaban el alarmante

exceso de población y que harían mejor en morirse. Dickens, que aborrecía esos principios, convirtió a «Mr. Scrooge» en arquetipo y caricatura del *homo oeconomicus* de su tiempo: cualquier sentimiento de generosidad o de ternura, cualquier ligereza de la imaginación, cualquier actividad que no se tradujera en beneficio pecuniario, no eran, para él, sino «paparruchas».

Dickens creía asimismo que la violencia, la desigualdad y la miseria provenían esencialmente de la ignorancia. Un pueblo liberado del analfabetismo y la incultura no podría, según él, caer en un estado tan bajo. Por eso, en el *Christmas Carol*, presenta a dos niños monstruosos que simbolizan los peores males de la sociedad: la Ignorancia y la Indigencia.

«Me pregunto —escribía Robert Louis Stevenson a un amigo— si usted ha leído los *Christmas Books* de Dickens. Hay muchos quizá. Por ahora sólo he leído dos; pero he llorado a lágrima viva y he tenido que hacer un terrible esfuerzo para no sollozar. Porque, ¡oh, Dios mío!, son *buenos*. Y yo me siento mejor después de haberlos leído… Haré el bien y no perderé el tiempo. Deseo salir a la calle y consolar a alguien. Deseo *dar* dinero a alguien. ¡Oh, qué hermoso es para un hombre haber escrito libros como ésos y llenar de piedad los corazones de las gentes!**[87]**»

No obstante, la verdadera grandeza de *A Christmas Carol* radica más en sus intrínsecos valores literarios (valores que lo elevan a la categoría de «clásico») que en los nobles propósitos que sin duda lo inspiraron. «Las buenas intenciones —afirmaba Gustave Flaubert— suelen producir mala literatura». El *Christmas Carol* es una gloriosa excepción a ese retruécano.

La estructura musical del «Christmas Carol»

Se acostumbra, con frecuencia erróneamente, atribuir significados literarios a las obras musicales; no es tan habitual la interpretación recíproca. Por ello, y aun a riesgo de que pueda parecer un capricho personal, me gustaría llamar la atención del lector sobre la estructura musical del *Christmas Carol*. A pesar de su nombre y de su división en estrofas, el *Christmas Carol* no es, a mi entender, un villancico, sino una *suite* en cinco movimientos para solista y orquesta.

El solista, Mr. Scrooge, es un instrumento de tonos graves y secos, capaz de producir sonidos desagradables y grotescos: un fagot, por ejemplo. No es difícil adjudicar otras sonoridades concretas a los personajes principales: el espectro de Jacob Marley bien pudiera ser un contrabajo (el arco, al rechinar sobre las cuerdas, daría la sensación de arrastre de cadenas); el espíritu de las navidades pasadas sería un melancólico oboe; el de las navidades presentes, una vibrante trompa de caza; y el silencioso espíritu del futuro carecería

lógicamente de voz (o anunciaría su presencia con un suave y tenebroso redoble de timbales); Fred, el sobrino de Scrooge, es una alegre, ruidosa trompeta; Bob Cratchit, un sereno violonchelo; su esposa, una dulce viola; los dos pequeños Cratchit, un par de flautas; y Tiny Tim, un aterciopelado y grácil violín con sordina. Los personajes secundarios refuerzan, de acuerdo con sus respectivos caracteres, los grupos instrumentales de cuerda, viento y percusión. Ya tenemos formada la orquesta.

Cinco movimientos

El primer movimiento de la *suite* («El espectro de Marley») es una obertura que va presentando temas sucesivos; destaca, sobre ellos, una frase breve, cortada, en tonos graves, que constituye el *leitmotiv* del fagot solista: *humbug!* («¡paparruchas!»). El segundo movimiento («El primero de los tres espíritus») es lento y nostálgico; el oboe regula el orden de los temas y dosifica su desarrollo y duración. Hay, en esta parte, un cambio accidental de ritmo: la escena de la fiesta en el almacén del señor Fezziwig se acomoda a un vivo compás de danza (una giga o una folia) dominado por los enloquecidos arpegios de un violín sin sordina. El tercer movimiento («El segundo de los tres espíritus») es un *allegro espressivo*: el fagot dialoga a menudo con la trompa de caza; las cuerdas, apoyadas por los trinos de las dos flautas, componen la velada navideña en el hogar de los Cratchit; y la trompeta lleva luego la voz cantante en un *scherzando* que describe la alegre reunión en casa del sobrino de Scrooge. Al final, la sonoridad de la trompa se debilita; y la siniestra aparición de los dos niños que simbolizan la Ignorancia y la Indigencia preludia, en tonos patéticos, la inminente llegada del espíritu de las navidades futuras. El cuarto movimiento («El último de los tres espíritus») es un lúgubre *adagio* en el que la tesitura del fagot, oprimida por los redobles del timbal, se hace cada vez más grave. Y el quinto movimiento («El final de la historia») es, de nuevo, rápido: un *molto vivace* en el que, tras un jubiloso repique de campanas, van reapareciendo los temas de la obertura. La *suite* no concluye, como podría suponerse, con un *tutti* orquestal, sino con un solo del violín, que, liberado finalmente de su sordina, proclama con voz firme: «¡Que Dios nos bendiga a todos!». Una vez extinguidos los ecos de la música, la frase permanece en nuestros corazones.

Supervivencia del «Christmas Carol»

Y no sólo la frase final de Tiny Tim: las situaciones, el ambiente, los personajes, sus palabras y sus gestos han perdurado en el corazón de millones de seres. *Christmas Carol* no es una obra de circunstancias, una fábula moral para una época, una sociedad y un país determinados. Podría incluso

afirmarse que la fábula se escapó de las páginas del libro y empezó a vivir por su cuenta. Porque, en realidad, muchos de los que creen conocer el *Christmas Carol,* conocen simplemente una versión más o menos espuria: un resumen «para niños», una adaptación teatral, una historieta en dibujos, una película, una narración oída en la infancia.

El *Christmas Carol* ha sido traducido a casi todos los idiomas del planeta. Y también ha sufrido, como les suele acontecer a las obras clásicas, centenares de versiones que poco o nada tienen que ver con la literatura. Ya en tiempos de Dickens, el propio autor ofrecía lecturas —es decir, interpretaciones verbales y escénicas— de su obra. Sabemos que aquel gran histrión subyugaba a sus oyentes fingiendo las voces de los espectros y simulando los gruñidos de Mr. Scrooge.

Poco imaginaba que «Mr. Scrooge» habría de convertirse, junto al «Harpagon» de Moliere, en prototipo universal del avaro[88]. No creo que Dickens hubiera leído a Moliere antes de esbozar los rasgos de su personaje. Se lo sacó, como a tantos otros, de la manga: aquella prodigiosa manga que bien pudiera compararse al cuerno de la abundancia del «espíritu de las navidades presentes». Y lo bautizó «Ebenezer Scrooge», recordando acaso que, en algunos dialectos septentrionales de Gran Bretaña, la palabra *scrog* se emplea para designar a una rama seca, torcida o raquítica de un árbol[89]. Al fin y al cabo, «Mr. Scrooge» era una rama nociva, deforme e indeseable del árbol de la humanidad.

Tal vez por eso continúa viviendo. Porque las cualidades negativas que lo conformaron —la avaricia, la falta de imaginación, la crueldad— siguen hoy firmemente adheridas a los huesos de muchos de nuestros contemporáneos.

Nota sobre la traducción

He utilizado, para esta traducción, la edición de los *Christmas Books* de la Penguin English Library (London, 1971), preparada por Michael Slater, cuyas notas (procedentes en su mayoría de T. W. Hill, secretario y tesorero de la Dickens Fellowhsip) me han proporcionado una ayuda inestimable para redactar las que aparecen en este volumen.

Aunque he conservado el título convencional «Canción de Navidad», he agregado el original *A Christmas Carol in Prose, being a Ghost Story of Christmas*, traduciéndolo como «Villancico en prosa o cuento navideño de espectros». Me he negado, naturalmente, a traducir los nombres propios.

Santiago R. Santerbás

*Bibliografía**

* Gran parte de la obra de Dickens fue traducida en el siglo XIX, y en la década de los 40-50. Aguilar publicó sus *Obras completas*. Así pues, en la columna de traducciones sólo damos algunas de las más significativas, anteriores a las de las *Obras completas*, con su año de aparición.

[1] Incluyen la primera obra publicada por Dickens: *A Dinner at Poplar Walk* (1833).

[2] Traducción de Manuel Ortega y Gasset.

[3] Suele incluirse como apéndice a los *Sketches by «Boz»*.

[4] Vid. nota anterior.

[5] Escrita por Dickens para sus hijos, no fue publicada en forma de libro hasta 1934.

[6] También titulado, en ocasiones, *The Holly-Tree Inn* (La posada del acebo).

[7] Escrito en colaboración con Wilkie Collins.

[8] Recolección de obras publicadas en *Household Words* (1850-56).

[9] Traducción de Manuel Vellvé, con el título *Grandes ilusiones*.

[10] Ampliado en 1868.

[11] En colaboración con Wilkie Collins.

[12] Novela incompleta.

[13] Editadas por R. H. Shepherd.

[14] Editada por B. W. Matz.

[15] Editados por Harry Stone.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1836	Sketches by «Boz»[1]	Bosquejos por «Boz»
1837	The Picwick Papers	*Los papeles póstumos del Club Pickwick*[2] (1922)
1838	Sketches of Young Gentlemen[3]	Bosquejos de jóvenes caballeros
1838	Oliver Twist	*Las aventuras de Oliver Twist* (1931)
1839	Nicholas Nickleby	*Vida y aventuras de Nicholas Nickleby* (1930)
1840	Sketches of Young Couples[4]	Bosquejos de jóvenes parejas
1840	The Old Curiosity Shop	*Almacén de antigüedades* (1886)
1841	Barnaby Pudge	Barnaby Rudge
1842	American Notes	Notas americanas
1843	A Christmas Carol	*Canción de Navidad* (1883)
1844	Martin Chuzzlewit	*Vida y aventuras de Martin Chuzzlewitt* (1898)
1845	The Chimes	*La voz de las campanas* (1910)
1846	The Cricket on the Heart	*El grillo del hogar*[2] (1920)

1846	Pictures from Italy	Cuadros de Italia
1846	The Battle of Life	*La batalla de la vida* (1887)
1848	Dombey and Son	Dombey e hijo
1848	The Haunted Man	El hombre hechizado
1849	The Life of Our Lord[5]	La vida de Nuestro Señor
1850	David Copperfield	*David Copperfield* (1924)
1850	A Christmas Tree	Un árbol de Navidad
1851	What Christmas is as We grow Older	Cómo es la Navidad cuando nos hacemos mayores
1852	A Child’s History of England	Historia de Inglaterra para niños
1852	The Poor Relation’s Story	La historia del pariente pobre
1853	Bleak House	*Casa por alquilar* (1910)
1853	Nobody's Story	Historia de nadie
1854	Hard Times	*Tiempos difíciles* (1906)
1854	The Seven Poor Travellers	Los siete pobres viajeros
1855	The Holly-Tree[6]	El acebo
1856	The Wreck of Golden Mary	El naufragio del Golden Mary
1857	The Perils of Certain English Prisoners	Los peligros de algunos prisioneros ingleses
1857	Little Dorrit	*La niña Dorrit* (1885)
1857	The Lazy Tour of Two Idle Apprentices[7]	El perezoso viaje de dos aprendices ociosos
1858	Going into Society	Entrar en sociedad
1858	Reprinted Pieces[8]	Obras reimpresas
1859	A Tale of Two Cities	Historia de dos ciudades
1859	The Haunted House	La casa encantada
1860	A Message from the Sea	Mensaje desde el mar
1861	Great Expectations	*Grandes esperanzas*[9] (1930)
1861	Tom Tiddler's Ground	La tierra de Tom Tiddler
1861	The Uncommercial Traveller[10]	El viajero no comercial
1862	Somebody's Luggage	El equipaje de alguien
1863	Mrs. Lirriper’s Lodgings	La casa de huéspedes de la señora Lirriper
1864	Mrs. Lirriper’s Legacy	La herencia de la señora Lirriper
1865	Our Mutual Friend	Nuestro amigo mutuo
1865	Doctor Marigold	El doctor Marigold
1866	Mugby Junction	La bifurcación de Mugby
1867	No Thoroughfare[11]	Prohibido el paso
1867	George Silverman's Explanation	La explicación de George Silverman
1868	Holiday Romance	Romance de vacaciones
1870	The Mistery of Edwin Drood[12]	El misterio de Edwin Drood
1885	Plays and Poems[13]	Obras teatrales y poemas
1908	Miscellaneous Papers[14]	Miscelánea
1908	Uncollected Writings[15]	Escritos inéditos



CHARLES DICKENS (Portsmouth, Inglaterra, 7 de febrero de 1812 – Gads Hill Place, Inglaterra, 9 de junio de 1870) fue un famoso novelista inglés, uno de los más conocidos de la literatura universal, y el principal de la era victoriana. Fue maestro del género narrativo, al que imprimió ciertas dosis de humor e ironía, practicando a la vez una aguda crítica social. En su obra destacan las descripciones de gente y lugares, tanto reales como imaginarios. Utilizó en ocasiones el seudónimo *Boz*.

Sus novelas y relatos cortos disfrutaron de gran popularidad en vida del escritor, y aún hoy se editan continuamente. Dickens escribió novelas por entregas, el formato usual en la ficción en su época, por la simple razón de que no todo el mundo poseía los recursos económicos necesarios para comprar un libro, y cada nueva entrega de sus historias era esperada con gran entusiasmo por sus lectores, nacionales e internacionales. Dickens fue y sigue siendo venerado como un ídolo literario por escritores de todo el mundo.

Notas

[1] «The man who liked Dickens» («El hombre a quien le gustaba Dickens»). Relato traducido por Aurora Martí para la antología *Las mejores historias insólitas*, Bruguera, Barcelona, 1966. En *A Handful of dust* («Un puñado de polvo»), novela de E. Waugh, traducida y editada en Madrid, 1972, Alianza, «L. B.» 424, el protagonista vive el relato y la pesadilla dickensiana tal y como está en el cuento, con algunos nombres cambiados. Evidentemente, a Waugh le gustaba Dickens, y le gustaba tanto su propio relato que lo utilizó dos veces. <<

[2] La película que hace llorar a Santerbás tanto como *A Christmas Carol*, fue dirigida por Victor Fleming en 1937. Interpretada nada menos que por Spencer Tracy, Lionel Barrymore, Melvyn Douglas, Freddie Bartholomew y Mickey Rooney, es una adaptación típicamente hollywoodense de *Captains Courageous*, de Rudyard Kipling (1897). <<

[3] S. R. Santerbás (1937) ha sido traductor de Stevenson, Charles Lamb, Téophile Gautier, Virginia Woolf y Lewis Carroll, entre otros. Ha publicado *Tres pastiches victorianos* —tres relatos al modo de Dickens, Carroll y Conan Doyle que detallamos en la Introducción—, *La vuelta al mundo en ochenta mundos*, una novela: *La inmortalidad del cangrejo*, y el cuento *Román y yo* (Anaya, Col. «Luna de papel»). **<<**

[4] Edgar Allan Poe. Ensayo crítico sobre *Barnaby Rudge*, novela de la que denuncia indecisiones, lagunas arguméntales, desviaciones de propósitos, males todos típicos del folletinista, e indudablemente frecuentes en Dickens. En E. A. Poe, *Ensayos y criticas* (trad. de Julio Cortázar), Alianza Editorial, Madrid, 1973. <<

[5] E. A. Poe, en el mismo ensayo antes citado. <<

[6] Edward Morgan Forster, *Aspectos de la novela* (trad. de Guillermo Lorenzo), Debate, Madrid, 1983. Wells es, por supuesto, H. G. Wells. <<

[7] E. M. Forster, en el libro antes citado. <<

[8] John Boynton Priestley, *Charles Dickens and his World*. Traducido como *Dickens*, de J. B. Priestley, en versión de Camila Batllés, Salvat, Barcelona, 1984. <<

[9] Gilbert Keith Chesterton, *Life of Dickens*. Traducida por Emilio Gómez Orbaneja, en el tomo IV de las *Obras Completas* de G. K. Chesterton, Plaza y Janés, Barcelona, 1970. <<

[10] Extraído de *Teoría y Técnica Cinematográficas* (trad. de María de Quadra), Rialp, Madrid, 1957. <<

[11] Obra citada de S. M. Eisenstein. <<

[12] *Ibid.* Nosotros añadiríamos al cine el parecido con la relación que hoy tiene el público con la televisión. **<<**

[13] Existe versión castellana en *Obras Completas* de S. Zweig, Juventud, Barcelona, 1952 («Biografías», t. II), y en edición argentina, Editorial Tor, Buenos Aires, 1941. <<

[14] Apodo cariñoso que daban a Dickens sus primeros lectores, pues fue el seudónimo que utilizó en sus primeras publicaciones periodísticas. <<

[15] R. L. Stevenson, *Oraciones de Vailima y Sermón de Navidad*, Hiperión, Madrid, 1986. <<

[16] En uno de los dibujos de Rackham se ve al mismo diablo disputando a Scrooge una bolsa. <<

[17] *El enigmático M. Quin*, traducida, como todas las novelas de A. Christie, en Ed. Molino. El tal míster Harley Quin es, nada menos, que Arlequín. **<<**

[18] André Maurois, *Charles Dickens* (trad. de Rafael Vázquez-Zamora), Ediciones G. P., Barcelona, 1958. <<

[19] Escribió Chesterton: «*Pickwick* fue una obra proyectada parcialmente por otros, pero completada finalmente por Dickens. *Edwin Drood*, su último libro, fue un libro proyectado por Dickens, pero completado finalmente por otros. *Pickwick* mostró cuánto podía hacer Dickens con las sugestiones de otras personas. *Edwin Drood* muestra qué poco pueden otras personas hacer con las sugestiones de Dickens». <<

[20] Steven Spielberg es, como los jóvenes lectores de hoy saben de sobra, el director y productor, o ambas cosas, de las películas de entretenimiento más taquilleras de los años ochenta. <<

[21] Esta incompleta nómina de personajes, inexistente en la primera edición de *A Christmas Carol,* aparecerá en ediciones posteriores y, concretamente, en la ilustrada por Arthur Rackham. Obsérvese que, de acuerdo con los criterios que imperaban en la época al componer los repartos de obras teatrales, los personajes masculinos preceden rigurosamente a los femeninos. <<

[22] *Door-nail*: es, o era (según el *Oxford English Dictionary*), un clavo de gran cabeza con el que antiguamente se adornaban las puertas. El vocablo se ha utilizado tradicionalmente en frases proverbiales: *deaf as a door-nail* («sordo como el clavo de una puerta» = sordo como una tapia), *dead as a door-nail* («muerto como el clavo de una puerta»), etc. <<

[23] El cementerio de San Pablo estuvo situado junto a la célebre catedral del mismo nombre, en lo alto de la colina de Ludgate. Actualmente lleva el nombre de Saint Paul’s Churchyard (Cementerio de San Pablo) la calle que bordea el flanco meridional de dicho templo. No es, pese a lo que afirma Dickens, un lugar especialmente ventoso. <<

[24] En el original: *what the knowing ones call «nuts»* (literalmente: «lo que suele llamarse nueces»). En este caso, la palabra «nueces» significa, en sentido figurado, «dulce», «golosina» o, más ampliamente, «placer». <<

[25] Los «asilos de la Unión» (*Union Workhouses*) fueron una consecuencia de la *Poor Eaw Amendment Act* (Ley de Reforma de los Pobres) de 1834, que dividía a Inglaterra y Gales en veintiún distritos, en cada uno de los cuales había un comisario con facultades legales para formar «uniones de pobres» mediante la agrupación de parroquias y construir asilos para indigentes. El término «Unión» llegó a ser empleado como sinónimo de «asilo». <<

[26] No existe, que yo sepa, ningún vocablo castellano para traducir literalmente la palabra *treadmill*, especie de noria o rueda de molino movida por tracción humana; la expresión «molino de sangre», aplicada por la Real Academia a los molinos accionados por tracción animal, ofrece unas connotaciones excesivamente melodramáticas. Los referidos molinos fueron utilizados antiguamente (sobre todo, en el imperio romano) como instrumentos carcelarios. <<

[27] La Ley de Pobres (*Poor Law Amendment Act*) fue aprobada por el Parlamento en 1834 (cf. supra: nota 4). Su aplicación dio lugar a la creación de verdaderos «ghettos» en los que vivían forzosamente separados entre sí los miembros de las familias pobres. Disraeli afirmó que la *Poor Law* ultrajaba los sentimientos del pueblo. Y Dickens la atacó ferozmente en varios pasajes de *Oliver Twist*. **<<**

[28] Mr. Scrooge hace aquí referencia al célebre *Essay on the Principle of Population* («Ensayo sobre el principio de población») del economista británico Thomas Robert Malthus (1766-1834). Publicado en 1803, sembró en Gran Bretaña la creencia de que había un exceso de bocas que alimentar y que, consecuentemente, debía restringirse la natalidad. <<

[29] San Dunstan (909-988), monje benedictino, llegó a ser consejero real y arzobispo de Canterbury. El propio Dickens, en su Child’s History of England («Historia de Inglaterra para niños»), narra esta leyenda:

> «Dunstan era un ingenioso herrero… Solía contar las más extraordinarias mentiras acerca de demonios y espíritus que, según él, venían a acosarlo. Relataba, por ejemplo, que un día, cuando estaba trabajando, el diablo se le apareció en el ventanuco de su herrería y pretendió tentarlo para que llevara una vida de ocioso placer; a lo que Dunstan, cogiendo las tenazas que estaban en el fuego, al rojo vivo, asió con ellas al diablo por la nariz, produciéndole tal dolor que sus bramidos se oyeron a muchas millas de distancia». <<

[30] El 26 de diciembre, conocido tradicionalmente como *Boxing Day* (*box*=«caja»), por la costumbre de hacer regalos metidos en cajas, era día laborable hasta que una Ley de 1871 lo convirtió en festivo con el nombre de *Bank Holiday*. <<

[31] *Cornhill*: una de las principales arterias mercantiles de la City. Parte de la encrucijada donde se encuentran el Stock Exchange (Bolsa), la Mansion House (residencia oficial del Alcalde de Londres) y el Banco de Inglaterra. <<

[32] *Camden Town*: barrio popular, situado al nordeste de Regent’s Park. Cabe indicar que, en Camden Town, residieron numerosos exiliados españoles de ideología liberal durante los períodos absolutistas del reinado de Fernando VII. <<

[33] La City corresponde históricamente a la primitiva ciudad amurallada de Londres. Limitaba al norte con los actuales Barbican y London Wall; al oeste, con Ludgate; al este, con la Torre de Londres; y al sur, con el Támesis. Al extenderse la ciudad y desaparecer las murallas, la City se fue convirtiendo en sede de bancos y empresas mercantiles, carácter que conserva en nuestros días. <<

[34] En el original, *gruel*: alimento líquido resultante de hervir harina de avena u otra sustancia farinácea en agua o leche (según el *Oxford English Dictionary*). Evidentemente, debe traducirse por «gachas» o «papillas». No se advierte, sin embargo, su eficacia terapéutica en casos de catarro. <<

[35] Alusión a la vara del profeta Aarón, hermano de Moisés, que, transformada milagrosamente en serpiente, devoró a las otras serpientes creadas, de forma sobrenatural por los magos del faraón (Exodo 7, 12). <<

[36] En el original: *There's more of gravy than of grave about you, whatever you are!* (literalmente: «¡Hay más de grasa que de tumba en ti, quienquiera que seas!»). El juego de palabras, basado en la similitud fonética entre *gravy* (salsa, grasa) y *grave* (tumba), es prácticamente intraducible. <<

[37] La Guardia (*the Ward*): cuerpo de vigilantes que patrullaban de noche por las calles de Londres hasta la creación, en 1829, por sir Robert Peel, de la Policía Metropolitana. <<

[38] A partir de 1830, los Estados de la Unión (no el Gobierno Federal de Norteamérica) pidieron numerosos préstamos a capitalistas extranjeros, y en especial a ingleses, para financiar la realización de obras públicas, tales como líneas ferroviarias y construcción de canales. La crisis financiera americana de 1837 obligó a muchos Estados a cancelar unilateralmente sus deudas, procedimiento que fue muy criticado por la prensa británica. <<

[39] En el original: *bonneted*, forma verbal imaginaria derivada del sustantivo *bonnet* («gorra», «cofia»). <<

[40] «Y no es que los ecos latentes en la casa…», etc.: Kathleen Tillotson, en su ensayo «The Middle Years: from the *Carol* to *Copperfield*» (Dickens Memorial Lectures, Ed. Dickens Fellowship, Londres, 1970), ha advertido que gran parte de los detalles de esta descripción provienen del poema de Tennyson «Mariana», incluido en el volumen *Poems chiefly Lyrical* (1830). <<

[41] «Valentín… y su salvaje hermano Orson» son los personajes de un antiguo relato francés que Henry Watson dio a conocer en Inglaterra, a mediados del siglo XVI, con el título de *History of two Valyannte Brethren, Valentyne and Orson*. La historia narra las aventuras de dos hermanos, uno de los cuales, Valentín, es educado en la corte, mientras el otro, Orson, es raptado por un oso y se convierte en un hombre salvaje. **<<**

[42] Dickens se refiere aquí al episodio de *Las mil y una noches* titulado «Historia del visir Nur al-Din y su hijo, y de su hermano Sams al-Din y su hija» (noches decimonovena a vigésimo cuarta, inclusive). <<

[43] Dickens alude, como es evidente, a episodios de *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, uno de los libros predilectos de su infancia. (Publicado en el número 22 de esta misma Colección). <<

[44] Una *Welch wig* («peluca galesa») no era, en rigor, una peluca, sino una especie de gorra confeccionada con tejido de estambre. También la usa otro personaje de Dickens: Solomon Gills, el vendedor de instrumentos náuticos, en la novela *Dombey and Son*. No obstante, los ilustradores de *Christmas Carol* (John Leech, Arthur Rackham) colocan sobre la cabeza del señor Fezziwig una peluca normal. **<<**

[45] *Órgano de la benevolencia*: Dickens utiliza irónicamente una expresión procedente de la frenología pseudocientífica de la época victoriana, según la cual cada facultad intelectual o moral del individuo radicaría en uno de los cuarenta «órganos» o secciones en que se dividía el cerebro. El «órgano de la benevolencia» estaba situado en la parte superior de la frente. <<

[46] En el original: *before a man can say Jack Robinson* («antes de que un hombre pueda decir: Jack Robinson»). Equivale a: «muy rápidamente», «en un santiamén», etc. El origen de la expresión es incierto. Aparece citada por vez primera con carácter literario en la novela *Evelina* (1778), de Fanny Burney. <<

[47] *Sir Roger de Coverley*: personaje imaginario descrito por el poeta y publicista inglés Joseph Addison (1672-1719) en el periódico *The Spectator* (1711-1714). Según Addison, el abuelo del citado personaje, también llamado sir Roger de Coverley, había inventado una célebre danza popular que llevaría su nombre. <<

[48] Según el *Oxford English Dictionary*, «cortar» (*to cut*), en términos de danza, significa «saltar desde el suelo y, en el aire, entrecruzar alternativamente los pies con gran rapidez». Correspondería, pues, a la figura de ballet clásico denominada «entrechat». <<

[49] Alusión a unos versos del célebre poema «Written in March», de William Wordsworth:

The cattle are grazing,
Their heads never raising;
There are forty feeding like one!

Las reses están pastando,
nunca alzan sus cabezas;
¡son cuarenta comiendo como una sola! <<

[50] *Combustión espontánea*: en la primera mitad del siglo XIX, la ciencia médica admitía la idea de que los elementos químicos del cuerpo humano podían llegar a corromperse hasta tal punto que produjeran la muerte repentina a causa de una conflagración auto-generada. En su novela *Bleak House* («Casa desierta»), Dickens hace morir al alcohólico Mr. Krook de combustión espontánea; esa circunstancia dio lugar a una curiosa polémica entre Dickens y George Henry Lewes (1817-1878), versátil escritor y amante de la célebre novelista Mary Ann Evans (más conocida por su seudónimo: George Eliot). <<

[51] En el original, Norfolk biffins: especie de manzanas del condado de Norfolk que, al ser asadas a fuego lento, adquieren un color rojizo herrumbroso. Dickens las menciona con delectación en numerosas ocasiones. <<

[52] Dickens parafrasea burlonamente la primera escena del acto primero de *Othello*, de Shakespeare:

But I will wear my heart upon my sleeve
For daws to peck at…

Pero llevaré mi corazón sobre mi manga
para que lo picoteen las cornejas… <<

[53] Los domingos y el día de Navidad estaba legalmente prohibido cocer pan en las tahonas. Las gentes de las clases humildes solían aprovechar esa circunstancia para llevar a asar carne a las panaderías. <<

[54] Entre 1832 y 1837, sir Andrew Agnew hizo repetidos esfuerzos para que la Cámara de los Comunes aprobara un proyecto de Ley de Observancia del Domingo. Este proyecto consideraba prohibidas muchas de las diversiones dominicales de las clases populares, pero no afectaba a las clases acomodadas. En junio de 1836, bajo el seudónimo de «Timothy Sparks», Dickens publicó un furibundo ataque contra sir Andrew Agnew titulado *Sunday under Three Heads* («Domingo en tres secciones»). <<

[55] *Bob*: término popular, de origen desconocido, para designar a las monedas de un chelín. **<<**

[56] Cf. Estrofa primera, nota 7. <<

[57] *Whitechapel*: barrio popular situado al este de Londres, junto a la Torre. El barrio es famoso por el mercadillo dominical de Petticoat Lane y por haber sido, a finales del pasado siglo, escenario de los crímenes de Jack el Destripador. **<<**

[58] Dickens alude a la segunda escena del acto segundo de *Measure for Measure* («Medida por medida»), de Shakespeare:

> … *But man, proud man,*
> *dressed in a little brief authority…*
>
> … *Pero el hombre, orgulloso hombre,*
> *revestido de una pequeña y efímera autoridad…* <<

[59] En el original: *Scratch*. Además de significar «rasguño», «arañazo», etc., *Scratch* era un apodo utilizado antaño para designar al diablo. La palabra procede del noruego antiguo *skratta* («duende», «trasgo»). <<

[60] En el original, *stair-rod*: barra con que se sujetan las alfombras a los tramos de una escalera. No existe un vocablo equivalente en castellano. **<<**

[61] La frase procede del Evangelio de San Mateo, 8, 2. <<

[62] Sacerdote troyano que intentó disuadir a sus compatriotas de que metieran el caballo de madera en el interior de Troya. La diosa Atenea hizo que dos grandes serpientes salieran del mar y se enrollaran en torno a Laocoonte y sus dos hijos hasta matarlos. Dickens conocía sin duda copias o reproducciones de la famosa escultura helenística del Museo Vaticano que describe esa escena. <<

[63] *Joe Miller*: Joseph o Josiah Miller (1684-1738) fue un famoso actor y humorista que actuó durante casi toda su vida en el teatro Drury Lane de Londres. Después de su muerte, el biógrafo y dramaturgo John Mortley publicó, en 1739, *Joe Miller's Jests* («Bromas de Joe Miller»), que alcanzó gran éxito popular, convirtiendo en proverbial la expresión «una broma de Joe Miller». <<

[64] En el original, *bishop*: literalmente, «obispo», y, en sentido figurado, bebida hecha vertiendo vino tinto caliente en naranjas amargas y añadiendo azúcar y especias. El color púrpura de la bebida justifica su nombre. <<

[65] John Burke, *An Illustraded History of England*, Ed. Cillins, London, 1974. <<

[66] Lytton Strachey, *Queen Victoria*, Ed. Chatto & Windus, London, 1921. Existe una antigua edición española: *La reina Victoria* (traducción de José Torroba), Ed. Fernando Calleja, Colección «La Nave», Madrid, 1934. <<

[67] Citado por Lytton Strachey, *op. cit.* <<

[68] Cf. nota 3. <<

[69] David Harris Willson, *A History of England*, Ed. The Dryden Press, Inc. Hinsdale, Illinois, 1972. <<

[70] G. Kitson Clark, *The Making of Victorian England*, Ed. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1962. **<<**

[71] E. L. Woodward, *History of England*, Ed. Methuen & Co., Ltd. London, 1966. Existe edición española: *Historia de Inglaterra* (traducción de Eugenio Gallego), Alianza Editorial, Colección «El libro de bolsillo», Madrid, 1974. <<

[72] D. H. Willson, *op. cit.* <<

[73] Angus Wilson, *The World of Charles Dickens*, Ed. Seeker & Warburg, Ltd. London, 1970. <<

[74] Edgard Johnson, *Charles Dickens. His Tragedy and Triumph* (2 vols.), Ed. Allan Lane, London, 1977. <<

[75] Angus Wilson, *op. cit.* <<

[76] John Forster, *The Life of Charles Dickens*, Ed. The Dickens Society, London, s. f. **<<**

[77] Harry Furniss, *Some Victorian Men*, Ed. The Bodley Head Ltd. London, 1924. <<

[78] Edgard Johnson, *op. cit.* <<

[79] Edgard Johnson, *op. cit.* <<

[80] John Forster, *op. cit.* <<

[81] Michael Slater, *Introduction to «A Christmas Carol»*. En Charles Dickens, *The Christmas Books*, Ed. Penguin English Library, London, 1971. <<

[82] Charles Dickens, *Pickwick Papers*, cap. XXIX. **<<**

[83] Carta de Charles Dickens a su amigo norteamericano Cornelius Felton (citada por John Forster, *op. cit.* **<<**

[84] Recuérdese, a título indicativo, que Bob Cratchit percibía un sueldo de quince chelines semanales. En términos comparativos, de acuerdo con los salarios existentes en nuestro país, el librito costaría hoy, en España, unas 3.000 pesetas. <<

[85] Citado por Michael Slater, *op. cit.* **<<**

[86] Angus Wilson, *op. cit.* <<

[87] Carta de Robert Louis Stevenson a una persona no identificada (citada en *The Dickensian*, vol. XVI, London, 1920). <<

[88] Tampoco imaginó Dickens que «Mr. Scrooge» pudiera dar su nombre a un personaje de historietas: el tío del pato «Donald», de Walt Disney, que en España es conocido como «tío Gilito» y en Italia como «zio Paperone», se llama originariamente «uncle Scrooge». Mucho menos pudo barruntar que *Scrooge* es la denominación en clave dada por la OTAN a unos misiles estratégicos rusos. <<

[89] Cabría admitir otro posible origen del apellido. Dickens lo habría tomado de un personaje histórico, Sir William Scroggs (1623-1683), abogado y lord Chief-Justice, que en numerosas ocasiones desplegó un celo brutal en favor de la causa protestante (según el Dictionary of National Biography). Recuérdese la animadversión de Dickens hacia juristas y leguleyos. <<